

SALIDAS DEL LABERINTO CAPITALISTA

Decrecimiento y
postextractivismo

Alberto Acosta y
Ulrich Brand



SALIDAS DEL LABERINTO CAPITALISTA

Decrecimiento y
postextractivismo

Alberto Acosta y
Ulrich Brand

SALIDAS DEL LABERINTO CAPITALISTA

Decrecimiento y postextractivismo

2da edición: Fundación Rosa Luxemburg
Miravalle N24-728 y Zaldumbide
(La Floresta)
Telf.: (593-2) 255 3771
Quito - Ecuador
info.andina@rosalux.org
www.rosalux.org.ec

Autores: Alberto Acosta y Ulrich Brand
Corrección de textos: Sandra Ojeda Salvador y María del Pilar Cobo
Diseño de portada: Angie Vanessita
Diseño y diagramación: Freddy Coello
Coordinación técnica: Ana Robayo
Impresión: Artes Gráficas SILVA

ISBN: 978-9942-8539-3-6

Impreso en Ecuador, mayo de 2018

Esta publicación, de distribución gratuita, fue auspiciada por la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ).



ÍNDICE

Presentación	7
Karin Gabbert	
Prólogo	
La difícil tarea de pensar alternativas al capitalismo	9
Maristella Svampa	
Para empezar	15
Alberto Acosta y Ulrich Brand	
1. Un viejo debate en ciernes	17
2. Contextos históricos comunes y divergentes	29
2.1. América Latina: el neoextractivismo como expresión de una modalidad de acumulación primario-exportadora	33
2.1.1. Las principales patologías del extractivismo	37
2.1.2. Del extractivismo colonial al neoextractivismo contemporáneo	49
2.1.3. ¿Renacimiento tecnológico del extractivismo? ...	56
2.2. Europa: crisis y política de austeridad, persistencia del “modo de vida imperial”	61
2.2.1. Crisis múltiple y “desvalorización interna”	62
2.2.2. Estabilización mediante el “modo de vida imperial”	69
2.2.3. El desperdicio entre el negocio y la crisis planetaria	72
2.3. Alcances de la Cumbre de Cambio Climático, COP 21 (París, 2015)	78
3. Elementos centrales de la perspectiva del decrecimiento	85
3.1. Consideraciones acerca de la economía ecológica y de la ecología política	87

3.2. El decrecimiento como opción, movimiento y horizonte político en construcción	93
3.3. Ambivalencias de la perspectiva del decrecimiento ...	103
3.4. Decrecimiento, ¿una perspectiva para el Sur global?	110
4. Postextractivismo como concepto nuevo y condición para un Buen Vivir	115
4.1. Buen Vivir y postextractivismo	117
4.2. Elementos centrales del postextractivismo	121
4.3. Un paréntesis necesario: los límites de la Iniciativa Yasuní-ITT, una propuesta revolucionaria	129
5. Postextractivismo y decrecimiento: hacia una aproximación compartida	135
5.1. Decrecimiento y postextractivismo: puntos de encuentro	137
5.2. Diálogos y experiencias transnacionales	139
6. ¿Cómo salir del laberinto? Perspectivas y preguntas abiertas	149
Bibliografía	161
7. Comentarios a la publicación	201
7.1 No hay soluciones, solo hay intentos	203
Christa Müller	
7.2 Hacia la conjugación de alternativas para el Norte y Sur globales en pos de una sustentabilidad ecológica planetaria	209
Ivette Vallejo	
7.3 Una salida al laberinto capitalista desde lo local: el postextractivismo más allá del discurso	219
Carlos Larrea	

PRESENTACIÓN

Karin Gabbert*

Con este libro de Alberto Acosta y Ulrich Brand sobre decrecimiento y postextractivismo, la Oficina Región Andina de la Fundación Rosa Luxemburg busca aportar al pensamiento conjunto entre el Norte global y el Sur global acerca de cómo salir del laberinto capitalista. Nos parece una contribución valiosa para consolidar un espacio de reflexión común. Estamos convencidos de que hoy la superación del capitalismo solo es viable globalmente, considerando las interdependencias y tomando en cuenta las múltiples posibilidades, experiencias y propuestas locales, regionales y supranacionales de las cuales dan cuenta los dos conceptos abordados aquí: postextractivismo, desde América Latina, y decrecimiento, desde Europa.

Queremos aportar a superar las visiones que existen en el Norte acerca de los gobiernos progresistas latinoamericanos como proyectos de salida al capitalismo, que no consideran sus límites internacionales ni los internos. Más bien, creemos que es necesario desarrollar en el Norte mismo formas de debilitar la dominación capitalista y cuestionar los privilegios que de allí resultan. Y, por otro lado, también nos proponemos refutar las autopercepciones en el Sur de que las salidas propias, gestadas desde este, siempre son mutiladas desde el Norte global –sean los Estados Unidos, Europa o China– y que no tienen más posibilidades que sobrevivir en nichos.

El dúo decrecimiento y postextractivismo, además de reunir conceptos complementarios, se refiere a luchas y debates críticos concretos del presente, radicales, muy distintos, pero que comparten la búsqueda de otro mundo y la resistencia al despojo capitalista. Estos conceptos nos pueden abrir perspectivas para pensar en posibles salidas del modelo capitalista, tanto en relación con la economía como con las formas de vida, en las que el Sur y el Norte global caminen

* Directora de la Oficina Región Andina de Fundación Rosa Luxemburg. Es PhD en sociología de la Universidad de Bielefeld, investigadora y autora de textos sobre género, decrecimiento y coyuntura política.

conjuntamente y no por separado, construyendo alternativas que aseguren que ninguna nación o persona viva a costa de las otras.

Hemos apostado a tales salidas desde que empezamos a trabajar las alternativas al desarrollo en el Grupo Permanente de Trabajo, conformado en el año 2011 por la Oficina Región Andina de la Fundación Rosa Luxemburg. Hemos intentado poner en diálogo al Norte y al Sur, visibilizando resistencias y alternativas también en el Norte. Estas nos muestran que también en las sociedades “industrializadas” o supuestamente “desarrolladas” están aumentando el malestar, la desigualdad y el despojo. Y, si bien hay una aspiración en el Norte y en el Sur al modo de vida imperial (como se discute en este libro), este modo de vida es imposible para las mayorías y además desplaza otras formas de vida que podrían ser construidas o recuperadas, y que no se basan en la explotación de otras personas y de la naturaleza.

Está claro que el crecimiento capitalista –desde sus modos de producción de vida hasta las subjetividades– sigue dependiendo de las materias primas que venden las economías extractivistas en condiciones de desventaja. Estas estructuras de dominación mundiales son el obstáculo central para que las alternativas –el postextractivismo y el decrecimiento– puedan prosperar. Eso nos remite a la necesidad de debilitar las múltiples estructuras de dominación¹ desde el Sur y el Norte simultáneamente, partiendo de las necesidades, utopías y luchas de las comunidades afectadas.

En esta segunda edición de *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, hemos incluido los comentarios que se hicieron al libro durante sus presentaciones públicas en las ciudades ecuatorianas de Cayambe y Quito, el 31 de enero y el 1 de febrero de 2018, respectivamente.

Agradecemos mucho a Alberto Acosta y a Ulrich Brand por entrelazar a cuatro manos estos dos horizontes alternativos –contrahegemónicos–, y por poner en práctica esta búsqueda urgente, compartida entre el Norte y el Sur globales.

1 Otros libros publicados por la Fundación Rosa Luxemburg Oficina Región Andina y por el Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo donde se aborda la relación Norte-Sur: *Alternativas al Capitalismo/Colonialismo del siglo XXI*, 2013, y *¿Cómo Transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*, 2015.

PRÓLOGO

La difícil tarea de pensar alternativas al capitalismo

Maristella Svampa *

Decrecimiento y postextractivismo son dos conceptos contemporáneos asociados con el campo contestatario, de carácter multidimensional, que comparten diferentes rasgos o elementos críticos: por ejemplo, ambos aportan un diagnóstico crítico sobre el capitalismo actual, no solo en términos de crisis económica y cultural, sino también desde un enfoque más global, entendida esta como “una crisis socioecológica de alcance civilizatorio”. Ambos realizan una crítica a los límites ecológicos del planeta, al tiempo que enfatizan en la insustentabilidad de los modelos de consumo imperial, difundidos a escala global, tanto en el Norte como en el Sur. Por último, son nociones que constituyen el punto de partida para pensar nuevos horizontes de cambio y alternativas civilizatorias, basadas en otra racionalidad ambiental, diferente de la economicista, que impulsa el proceso de mercantilización de la vida en sus diferentes aspectos.

En este libro, Alberto Acosta y Ulrich Brand, reconocidos intelectuales críticos, nos invitan a explorar estos dos conceptos que, pese a sus afinidades electivas, poseen orígenes políticos y geográficos diferentes. El concepto de decrecimiento nació en Europa y tiene raíces más académicas, aun si en la actualidad es retomado y recreado por diferentes organizaciones sociales contestatarias; mientras el postextractivismo es latinoamericano, y nació al calor de las luchas contra el extractivismo de los últimos veinte años, paradójicamente durante el ciclo progresista.

El texto cuenta con indudables méritos. En primer lugar, antes de comenzar a tender puentes, los autores buscan profundizar las características de los contextos divergentes que dieron origen a

* Maristella Svampa es socióloga, escritora e investigadora. Es licenciada en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Francia). Investigadora Principal del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Forma parte del Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo.

estos conceptos. Así, en América Latina fueron, primero, las grandes movilizaciones antineoliberales de principios del siglo XXI, y, posteriormente, las patologías del extractivismo, visibles durante el ciclo progresista, las que dieron origen a la necesidad de pensar en una nueva gramática política acorde con las problemáticas enfrentadas. Sin embargo, el progresismo instaló nuevos dilemas al pensamiento emancipatorio en ciernes, sobre todo en países como Bolivia y Ecuador, que concentraron una gran expectativa de cambio en términos políticos, a través de la propuesta de creación de un Estado plurinacional, la reivindicación de la autonomía y el Buen Vivir. En Europa, en cambio, las múltiples dimensiones de la crisis entremezclan el cuestionamiento y fracaso del neoliberalismo, visibles en la exclusión de vastos sectores no contenidos por una globalización capitalista cada vez más excluyente y desigual, con la estabilización de un modo de vida imperial, que impulsa el aceleramiento de metabolismo social del capital (la exigencia de materias primas y de energía). En el marco de una crisis no solo política y económica, sino también cultural, reaparece en Europa la noción de decrecimiento, la cual había sido lanzada hacia los años setenta, y conoce, a partir de 2008, lo que podemos denominar “una suerte de segunda vida”.

El segundo mérito del libro es que los autores indagan sobre el decrecimiento y el postextractivismo sin dogmatismos, a través de un diálogo abierto y frontal, que no teme eludir las dificultades ni las limitaciones que presenta un pensamiento de transición. Por supuesto, el texto nos habla de experiencias innovadoras en Europa, que dan cuenta de una multiplicidad de enfoques económicos alternativos en el ámbito comunitario (ciudades de transición), y que efectivamente expresan una apuesta real y concreta por el decrecimiento. De igual modo, en América Latina se advierte que tanto el giro ecoterritorial de las luchas, como las experiencias ligadas con la economía social y el conocimiento ancestral de los pueblos originarios pujan por dotar de espesor al principio del Buen Vivir o la Buena Vida, aun si la opción extractivista es claramente dominante en la región.

No obstante, también afloran las preocupaciones acerca de las ambivalencias y limitaciones del concepto de decrecimiento, en su cuestionamiento de la lógica de dominación o, incluso, en la

persistencia de una visión antropocéntrica, que no cuestiona la división sociedad-naturaleza. En la misma línea, se reconoce que en América Latina las actuales propuestas del Buen Vivir no han sido acompañadas de un decrecimiento (en el sentido de desmaterialización, desmercantilización y descentralización); más aún, este es un concepto-obús que además tiene dificultades para ser avizorado como una salida a la crisis, en sociedades con altos niveles de pobreza. A esto agregan los autores que “a diferencia del debate europeo, en América Latina se habla muy poco de consumo o conducta individual, aunque de cuando en cuando sí surgen críticas respecto del marcado consumismo del nuevo estrato medio urbano. Sin embargo, en general, los modos de vida alternativos se conciben más a nivel social y colectivo global, y menos a escala individual”.

Así, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo* está lejos de ser un libro que plantee una crítica lineal a la modernidad hegemónica o propicie nuevos dogmatismos; antes bien, nos conmina a pensar en la incomodidad, adentrándonos en las ambivalencias y la complejidad que nos proponen los dilemas aparentemente irresolubles de la sociedad actual. Efectivamente, nada indica que será fácil salir del extractivismo y de la sociedad del crecimiento y del desperdicio sin un cambio cultural profundo de las estructuras mentales y cognitivas, asociadas con los patrones consumistas del modo de vida imperial, dominantes tanto en el Norte como en el Sur global. Lejos estamos, sobre todo en América Latina, de la descolonización del imaginario del consumo, tan vinculada con el éxito social y la construcción de la subjetividad. Asimismo, este conjunto de procesos exige una transformación ineludible de las estructuras de dominación imperialista, que hoy imponen una nueva geografía de la extracción e incrementan la deuda ecológica que el Norte global tiene —históricamente— en relación con los países del Sur periféricos.

En suma, el objetivo de este libro breve, ameno y profundamente rico en conceptos, es proveernos de herramientas críticas, pero también ayudarnos a pensar en qué medida dichos conceptos pueden constituirse en el punto de partida para pensar la salida del laberinto capitalista. En esa línea, decrecimiento y postextractivismo son

considerados conceptos necesarios, pero no suficientes. Incluso, para propiciar un diálogo común, hacia el final del libro los autores no dudan en plantear si no debemos deshacernos de dichos conceptos, que tienen un “escaso atractivo simbólico”, para retomar aquellos otros que efectivamente presentan lo que podríamos denominar, siguiendo a M. Bloch, “un principio esperanza”, como el de Buen Vivir o el de Bien Común de la Humanidad.

En una época de crisis de las utopías, en la cual, según Fredric Jameson, luego de la caída del muro de Berlín “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”, el objetivo de repensar un horizonte emancipatorio, sin caer en las ciegas repeticiones del pasado o en nuevos dogmatismos, ni tampoco quedar atrapado en la figura del desencanto o en la melancolía paralizante de ciertas izquierdas, esta apuesta abierta y relacional, en clave de diálogo Norte-Sur, no es un desafío menor. Parafraseando a Mariátegui, el pensador marxista más grande de América, este libro no nos proporciona un itinerario, “sino una brújula en el viaje”, pues lo que necesitamos a la hora actual es “pensar con libertad” y “la primera condición es abandonar la preocupación de la libertad absoluta. El pensamiento tiene la necesidad estricta de rumbo y objeto. Pensar bien es, en gran parte, una cuestión de dirección o de órbita”.²

Buenos Aires, 31 de enero de 2017

2 Mariátegui, *En defensa del marxismo*.

*Marx había dicho que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial.
Pero tal vez las cosas se presenten de manera completamente diferente.
Es posible que las revoluciones sean, para la Humanidad que viaja en ese tren,
el acto de accionar los frenos de emergencia.*

Walter Benjamin

PARA EMPEZAR

Alberto Acosta*

Ulrich Brand**

En la actualidad, varios debates critican, a grandes rasgos, las tendencias dominantes –económicas, culturales y sociopolíticas–, y plantean interesantes alternativas al capitalismo realmente existente. Nos referimos, sobre todo, a dos de ellas: el debate europeo del decrecimiento y la discusión latinoamericana del postextractivismo. A pesar de sus semejanzas, ambas perspectivas no se han sintonizado entre sí. Ese es el objetivo del presente libro: mostrar las posibilidades de un debate conjunto entre estas dos opciones, para comprender mejor el mundo contemporáneo y proponer alternativas que, incluso, puedan tener elementos comunes. Tales posibilidades dependen de cómo se aborden estas cuestiones y se tiendan puentes para explorar y analizar cambios sociales reales, así como para transformar interrelaciones y circunstancias políticas, socioeconómicas y culturales internacionales.

Este ensayo esboza los diferentes contextos histórico-contemporáneos de las regiones de donde provienen ambas propuestas (decrecimiento y postextractivismo), para luego presentar, de manera sucinta, sus elementos centrales. Un punto común entre decrecimiento y postextractivismo es que tratan, fundamentalmente, de encontrar nuevas comprensiones y nuevas prácticas para alcanzar una vida digna para todos los humanos (y no humanos), más allá del crecimiento económico, o sea, del decrecimiento capitalista accionado por la competencia geoeconómica. A continuación, se entabla un diálogo

Nota: El texto, de aquí en adelante, corresponde a la última versión del libro revisada por los autores a inicios de 2017.

- * Alberto Acosta, economista ecuatoriano; exministro de Energía y Minas; expresidente de la Asamblea Constituyente 2007. Autor de numerosas publicaciones.
- ** Ulrich Brand, profesor e investigador de la Universidad de Viena. Miembro del comité de expertos del Parlamento alemán sobre Crecimiento, Bienestar y Calidad de Vida (enero 2011 a junio 2013), de la Fundación Rosa Luxemburg, Berlín, y del Consejo Asesor Científico de ATTAC, en Alemania.

entre estas perspectivas, se identifican fortalezas y debilidades, se incentivan nuevos debates y precisiones, y se señalan sus temas abiertos. En síntesis, con este esfuerzo se pretende ampliar la discusión y generación de alternativas frente a los paradigmas económicos y políticos dominantes, en particular los neoliberales y neoextractivistas.

El presente texto encontró su origen formal en los debates suscitados durante la Conferencia sobre el Decrecimiento, celebrada en la ciudad alemana de Leipzig, en 2014, en donde intervinieron Alberto Acosta y Ulrich Brand. Por supuesto, este libro parte de varios estudios anteriores de los autores. Ulrich Brand reconoce el aporte del trabajo que ha efectuado con Kristina Dietz, Miriam Lang y Markus Wissen, así como de las discusiones en el grupo de investigación Sociedades Post-Crecimiento, de la Universidad de Jena, financiado por la Asociación Alemana para la Investigación (DFG siglas en alemán). En ese sentido, agradece a Klaus Dörre, Dennis Eversberg, Michael Hofmann, Steffen Liebig, Christine Schickert y Johanna Sittel, del grupo de trabajo en Jena, por sus comentarios a una versión anterior del presente texto.

Los dos autores dejan constancia también del valioso debate en el marco del Grupo de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo de la Fundación Rosa Luxemburg, en el que participan personas de muchas regiones del planeta y que está activo desde el año 2011. El texto, asimismo, se nutre de reflexiones en los espacios antes mencionados y en otros muchos, e, indirectamente, a través de las redes sociales. De igual manera, ambos autores reconocen los valiosos y precisos aportes del economista Jürgen Schuldt, las contribuciones y críticas de los economistas David Barkin y John Cajas-Guijarro, así como las puntualizaciones del sociólogo José María Tortosa, a quienes les expresamos nuestra complacencia. Gracias a Cordy Thöny por la excelente traducción al castellano de algunos aportes en alemán de Ulrich Brand, a Sandra Ojeda por su estupendo trabajo editorial del manuscrito, y a Karin Gabbert y al equipo de la Fundación Rosa Luxemburg en Quito, por el apoyo imprescindible para cristalizar este libro y otras actividades relacionadas con los temas que nos conmueven en estos tiempos apasionantes.

1. UN VIEJO DEBATE EN CIERNES

El capitalismo, sobre todo durante sus crisis recurrentes, afecta aún más a grandes grupos de la población, al no poder asegurarles una “vida buena y atractiva”. Las clases subalternas ya no están cómodas con la estructura social impuesta por las clases dominantes. Esto genera que el carácter hegemónico del capitalismo se desgaste y se vuelva más autoritario. En la actualidad, buena parte de Europa y América Latina experimenta esta reacción.

Los escenarios en donde la crisis se muestra son diversos. En el “viejo continente”, con la crisis iniciada en 2008, las políticas de austeridad han pasado a predominar e, incluso, a imponerse sobre países que intentaron salirse del libreto (p.e. Grecia). En la mayoría de los países, se fortalece la ultraderecha, con su discurso xenófobo. Esta es una tendencia que se mantiene e incluso se profundiza: el triunfo de Donald Trump en los Estados Unidos ratifica esta aseveración. Frente a la derechización de la política internacional, es cada vez más urgente la necesidad de construir alternativas radicales, cuya viabilidad deberá ser cristalizada por la lucha política.

Mientras tanto, en varios países latinoamericanos emergieron regímenes “progresistas”, como alternativa al neoliberalismo (vigente todavía, de manera explícita, en algunos países con gobiernos conservadores). Sin embargo, hoy esa alternativa se ha transformado en una suerte de “neoliberalismo transgénico”, en tanto se aplican políticas propias del neoliberalismo duro, instrumentadas por el propio “progresismo” latinoamericano. Y, para lograrlo, se utiliza la fortaleza del Estado, reconstituida por los mismos “progresismos”. Basta considerar cómo interviene el Estado en esos países para imponer una ampliación y profundización de los extractivismos, que ha llegado a niveles no alcanzados por los anteriores gobiernos neoliberales.

En particular, durante los períodos de crisis, el propio debilitamiento de la hegemonía capitalista ha alimentado crecientemente la discusión respecto de alternativas al sistema dominante. Desde la

crisis económica –en especial, financiera– de la primera década del presente siglo, en Europa se intensificaron los debates sobre alternativas al capitalismo, sobre todo en su versión neoliberal. En América Latina, al menos en los países “progresistas”, esta discusión parecía casi superada luego de la crisis neoliberal; pero hoy, nuevamente, va tomando fuerza, ante el agotamiento del ciclo “progresista” y la renovada arremetida conservadora, que fue alimentada por los propios gobiernos “progresistas”. Las crisis, hay que reconocerlo, no suceden de manera simultánea, sino que se expanden con diversas velocidades, más que nada, desde los centros metropolitanos del capitalismo hacia las periferias.

Para las clases dominantes, las propuestas del neoliberalismo siguen gozando de buena salud, mientras que para las clases subalternas, los problemas sociales, económicos, ambientales y políticos se agravan en ambos continentes. Esto genera motivos más que suficientes para seguir buscando alternativas de fondo, que no solo cuestionen la fase neoliberal del capitalismo, sino que critiquen al propio capitalismo.

Entre esas alternativas de fondo, identificamos estos dos debates prometedores:

- El decrecimiento (*degrowth* en inglés, *décroissance* en francés, *decrecita* en italiano; no hay un concepto similar en alemán...) –también denominado postcrecimiento– en varios países industrializados, pero sobre todo en Europa.
- El postextractivismo en América Latina y también en otras regiones del mal llamado “mundo subdesarrollado”. Esta discusión viene de la mano de los debates sobre el postdesarrollo.

Hasta ahora son escasas las interrelaciones entre estas dos perspectivas, así como insuficientes los intercambios de experiencias y estrategias correspondientes. Ello, sin duda, resulta sorprendente, pues decrecimiento y postextractivismo están estrechamente vinculados. La sangre que fluye en las venas de los modos de producción y de vida imperiales en el Norte global proviene, ni más ni menos, de las lógicas extractivistas aplicadas en el Sur global, originadas hace cientos de años. Dichos modos de producción y de vida imperiales

están presentes entre las élites dominantes del Sur. Esta realidad en el mundo empobrecido crea implicaciones socioestructurales muy duras y complejas en sus sociedades. La conservación de estos modos de producción y de vida es un obstáculo fundamental para transitar a cualquier alternativa.

Empecemos, entonces, por anotar que, en la actualidad, el capitalismo global vive una crisis múltiple (asimétrica como todas).³ En realidad, desde tiempo atrás, se extiende por todos los continentes esta crisis generalizada, multifacética e interrelacionada, además de sistémica. Nunca antes afloraron tantas facetas críticas de manera tan simultánea, que no se agotan solo en lo económico, particularmente financiero e inmobiliario. Sus manifestaciones, influenciadas por una suerte de “virus mutante” (Sapir, 2004), aparecen en otros campos: político, ético, social, ambiental, energético, alimentario y, por supuesto, cultural. También vivimos una crisis ideológica. Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía 2001, ya la avizó oportunamente en los prolegómenos de la crisis de 2008, cuando afirmó que “la verdad es que la mayoría de los errores individuales se reducen a solo uno: la creencia en que los mercados se ajustan solos y que el papel del gobierno debiera ser mínimo” (2008). En síntesis, todo esto es una clara muestra de una profunda y prolongada crisis del capitalismo, en tanto civilización dominante.

Varios indicios muestran que, en la terminología de la teoría de la regulación, la crisis actual no es coyuntural o “pequeña”, es decir, manejable con las instituciones y constelaciones existentes; al contrario, es una “crisis grande”, que requiere una reestructuración profunda. Ahora bien, ¿cuán profunda es esta crisis? ¿Nos encontramos actualmente en una fase de transformación (o, como dice Antonio Gramsci: en un *interregno*, en el que “no acaba de morir lo viejo y lo nuevo aún no puede nacer”, 1981 [1930], p. 37)? ¿Estamos en medio de una nueva crisis de sobreproducción y de burbujas financieras, debido a la falta de oportunidades de invertir y valorizar al capital; en una crisis final del neoliberalismo/postfordismo o, incluso, en una crisis existencial del capitalismo?

3 Sobre el concepto de la crisis múltiple, véase Demirovic, Alex, Julia Dück, Florian Becker, y Pauline Bader (2011).

Estas interrogantes son objeto de diversos debates altamente controvertidos. Y, al ser una crisis demasiado compleja, las posibles soluciones también lo son. Así las cosas, todavía no está claro hasta qué punto la crisis económica se traduce en una crisis política, que pone en entredicho la razón del mismo Estado. Lo que sí se observa es una intensa discusión sobre las formas predominantes de gestión coyuntural de la crisis, sobre su alcance en el corto plazo, con algunas reflexiones respecto de su dimensión internacional (el papel de China y de otros países recientemente industrializados, por ejemplo). En este contexto, es fundamental entender la valoración de la aceleración económica, política y cultural, como otra causa de la crisis, y la forma en la que esta se maneja (Rosa, 2012).

Si aceptamos su carácter civilizatorio, para remontar la crisis hace falta una “gran transformación”, como lo planteó, en 1944, Karl Polanyi (2004), al analizar el surgimiento del capitalismo industrial. Hoy en día, las referencias al paradigma de Polanyi se centran más en un sentido político-estratégico: esa gran transformación deberá ser polifacética. Esto significa que la transformación será económica, política y social, ecológica, sin marginar para nada lo cultural. La conciencia sobre esta necesidad crece en el planeta. Por un lado, la cuestión radica en vincular los procesos existentes en el Norte y en el Sur y, por otro lado, en definir dónde comenzar las transformaciones, cuánto intervenir en las actuales estructuras sociales e institucionales, y quién se supone que puede o debe hacerlo. El qué hacer y el cómo hacer son claves, tanto como identificar quién lo haría, aunque no es descartable que lo que suceda carezca de un actor consciente.

Estos esfuerzos requieren estrategias que viabilicen las transformaciones indispensables. A pesar de eso, y sin minimizar la urgencia que demandan estos empeños, es bueno reconocer que, de la noche a la mañana, no cambiarán las sociedades, menos aún, el mundo. Además, todos los cambios radicales tendrán lugar de maneras no simultáneas respecto de regiones, temporalidades y ámbitos, como el estatal, la economía, o más específicos aún, como la alimentación y vivienda, la comunicación y la movilidad, el vestuario, etc.

Así, la solución de los problemas inmediatos –derivados de la crisis múltiple– es apremiante y, a la vez, muy compleja. No basta

poner parches; tampoco, reactivar la economía con mayor demanda y creciente inversión pública, como ha ocurrido en otras crisis. Las respuestas de corto plazo deben necesariamente pensarse y desplegarse considerando los retos estructurales y las metas de mediano y largo plazos. No es posible retomar la senda perdida y confiar en que todo vuelva al anterior orden establecido.

Entonces, al atender la coyuntura hay que establecer bases estructurales sólidas para enfrentar varios y diversos retos interrelacionados, que amenazan a la Humanidad –de maneras muy desiguales entre diferentes clases, géneros y regiones– y a la Tierra misma. Por ejemplo, intentar recuperar el aparato productivo solo canalizando ingentes sumas de dinero a grandes empresas, y esperar retomar el camino del crecimiento económico perdido por los desajustes financieros, sin cambiar los patrones de producción y consumo ni las tecnologías utilizadas hasta ahora, agravarían otros problemas de creciente significación, como los ambientales, los energéticos, los alimentarios, incluso los sociales y los económicos, y se seguirían profundizando las inequidades y las desigualdades.

En síntesis, no se puede reducir la atención a la coyuntura. Cada vez urge más afrontar las estructuras, lo que exige una visión y períodos de maduración de largo plazo. Y esa no es una tarea de unos cuantos gobernantes, tampoco de algunos iluminados. En el mundo habrá que multiplicar espacios heterogéneos para discutir ampliamente estos problemas, así como para promover alternativas que se han destacado por sus logros y buscar la concertación, a fin de multiplicarlas, sin dejar de impulsar otras nuevas. Hay que cambiar profundamente las bases del sistema, y superarlo. Esto se conseguiría aprovechando, incluso, sus actuales dificultades coyunturales y, por cierto, las debilidades relativas de los centros de poder mundiales, sobre todo de aquellos enquistados en la cúspide de la financiarización global, que sintetiza el meollo de la actual crisis y de la putrefacción del capitalismo.

Este cambio no surgirá si se espera simplemente la acción de los países “desarrollados”, con el concurso de algunas economías emergentes (en especial, aquellas que conforman el bloque de los BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), apoyadas en los organismos

multilaterales del ámbito económico y político a escala global (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial de Comercio, entre los principales).

Para impulsar y activar esas reflexiones, hay que enfrentar las tesis de quienes esperan que, más pronto que tarde, las cosas retornarán a su “normalidad” (¿el *statu quo* del capital?). Que viene el lobo, se ha dicho repetidas veces sobre el fin de la normalidad capitalista. Podría ser que tampoco esta vez se produzca y que haya fuerzas para recuperar el sistema, aunque sea llevándolo a niveles cada vez mayores de autoritarismo y fascismo.

En esta ocasión, aceptemos que estamos frente a una crisis civilizatoria —hipótesis asumida anteriormente—. Ello implica que el sistema empezaría a transitar por una senda sin retorno, lo que no necesariamente significa que lo que viene no sea otra forma de barbarie. Por lo tanto, para no caer en una nueva barbarie, se precisan soluciones de fondo, hasta para evitar enormes colapsos especialmente políticos, sociales y también ambientales, que ya empiezan a sentirse en aquellas regiones más vulnerables del planeta.

Aun suponiendo que lo peor de la actual crisis financiera se superará en poco tiempo (cosa que no sucede), hay que pensar en otro mundo, pues solo “imaginando otros mundos, se acaba por cambiar también éste” (Eco, 2010, p. 100).

En intención normativo-estratégica, parte del debate sobre el cambio implica comprender cómo enfrentar la crisis global multifacética, desde una perspectiva de transformación socioecológica,⁴ pues las sociedades actuales —capitalistas— son incapaces de manejar adecuadamente las crisis del presente (en especial, la ecológica). Eso se confirma cada vez más.

Sin embargo, recordemos, desde un enfoque crítico, que por sus dinámicas inmanentes (p.e. competencia, lógica expansionista, concentración y centralización del capital, externalización, explotación, migraciones masivas, etc.), las contradicciones, los conflictos y las crisis sociales son inherentes a las sociedades capitalistas, que cambian y se acomodan permanentemente según las demandas

4 Muraca (2013), Prada (2013), Deutscher Bundestag / Parlamento Alemán (2013), Brie (2014), Lang, Cevallos, y López (2015), Brand (2016).

de acumulación del capital. Estas situaciones críticas, por lo demás, pueden fomentar estrategias progresistas.

La clave es entender estos cambios y brindar propuestas acotadas al momento, pero –insistimos– sin perder de vista la estructura.

La pregunta no es tanto si habrá cambios fundamentales, sino si estos se implementan de manera planificada o se producen en forma de una crisis de shock, si son impuestos de manera autoritaria o socialmente consensuados, si se guían por los intereses de ciertas élites o de los de las masas sociales (Zelik y Tauss, 2013, p. 9).

Sin duda, esta perspectiva tiene amplias consecuencias para el debate de las posibles alternativas. Y la respuesta se desconoce. Solo se imagina.

Por otra parte, las “quijotadas” (Marx)⁵ no llevan a ninguna parte. El idealismo analítico y el voluntarismo político suelen terminar en callejones sin salida. Hacen falta las condiciones materiales; sin embargo, no es fácil saber si estas se dan o no. Imaginarlas no es suficiente. Pero es cierto que si los actores sociales definen una situación como real, esta lo será en sus consecuencias –aunque en su origen no fuese real–, en tanto se alienten procesos que terminen por transformar lo anteriormente existente.

Vistas así las cosas, todo cambio alineado con el decrecimiento y el postextractivismo debe partir de situaciones y experiencias existentes, sobre las que habrá que trabajar para transformarlas, sin dejar de visualizar ese otro mundo que se quiere construir.

En este sentido, parece adecuado entender el decrecimiento también como un postrecimiento, que plantea la discusión de las estructuras productivas y enfrenta las experiencias del fordismo (no afectadas, en el fondo, por el postfordismo), que para muchas personas han sido positivas: producción y consumo de masas, ingresos crecientes, consumismo, planificabilidad, incremento del bienestar, Estado social. Estas experiencias han configurado un imaginario

5 “Si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas”. (Marx, 1857-61, p. 87).

colectivo que constituye una base muy sólida del *statu quo*, con un alcance cultural muy arraigado. Por lo tanto, las alternativas deberán desafiar esta situación y proponer opciones transformadoras y emancipadoras de dichas ataduras casi culturales.

Por su parte, el concepto del postextractivismo (no simplemente el antiextractivismo) nos remite a situaciones concretas. Incluso se vive una constelación ambivalente en América Latina. Se han registrado experiencias exitosas, como los avances en la lucha contra el hambre y la pobreza en todos los países de la región, sea con gobiernos neoliberales o progresistas. En estos últimos, ello también ha sido posible gracias al retroceso del neoliberalismo y al fortalecimiento del Estado. Y en ambos tipos de gobiernos, los logros en el campo de lo social se explican, en gran medida, debido a los elevados precios de las materias primas que generaron cuantiosos ingresos, provenientes de las exportaciones de ese tipo de productos; fenómeno también conocido como *Consenso de los Commodities*, al decir de Maristella Svampa (2015). Por cierto, si el fordismo contribuyó a sentar las bases culturales de lo que se podría definir como un modo imperial de vida, el extractivismo, con raíces centenarias en América Latina, se ha enquistado de tal manera que podríamos decir –figurativamente hablando– que en sus sociedades, empezando por sus élites, existe una suerte de “ADN extractivista”.

De todas maneras, los avances sociales registrados durante el *boom* de los *commodities*, al no afectar las estructuras propias del neoextractivismo de origen colonial⁶ y el capitalismo mismo, resultan insuficientes y no sustentables. Lo sucedido en países con gobiernos progresistas, como Venezuela, Ecuador, Brasil y Bolivia, ratifica lo dicho. En ellos, a la postre, de la mano de los regímenes progresistas, los extractivismos no solo se han fortalecido, sino que se han ampliado.⁷ Por si fuera poco, incluso se ha retornado al

6 Entre los muchos textos existentes sobre este asunto, invitamos a leer un libro que resulta imprescindible: *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea*, de Horacio Machado Aráoz (2014).

7 Ver el debate sobre postneoliberalismo en Brie (2009), Ceceña (2009), Gago y Sztulwark (2009), Webber (2010), Grugel y Riggiozzi (2012), Yates y Bakker (2014), Springer (2015), Andreucci y Radhuber (2015), Brand (2015).

neoliberalismo, aprovechando –como anotamos anteriormente– la recuperada fortaleza del Estado.⁸

En un primer momento, describiremos brevemente los contextos históricos en donde los conceptos o debates se intensificaron. Luego, analizaremos las claves de las dos líneas de debate. Para concluir, identificaremos sus posibles impulsos y debilidades mutuas. En efecto, dichas limitaciones se relacionan con experiencias históricas reales, contextos de debate, valoración de críticas necesarias y exitosas, enfoques políticos y momentos contingentes, y no tanto con imprecisiones analíticas o de definición (como a veces se acota).

A nuestro criterio, adelantando algo de la discusión posterior, tal como señalamos al inicio, un punto en común entre decrecimiento y postextractivismo es que ambos tratan fundamentalmente de encontrar nuevas comprensiones y nuevas prácticas para conseguir una vida digna para todos los humanos (y no humanos). Así, la descripción de ambas posiciones es, en primer lugar, determinante.

Las relaciones que estableceremos no son una comparación metodológicamente respaldada. Por eso, tampoco se define algún criterio de comparación. La intención es “crear resonancia” (Rosa, 2016) entre ambos enfoques, “entablar un diálogo amistoso”. Posteriormente, se deberá precisar y potenciar los impulsos mutuos que vayan surgiendo.

Metodológicamente, el trabajo se apoya en el estudio de la literatura especializada, pero –evidentemente en una presentación tan amplia–, las diferenciaciones y los detalles siempre serán abordados de manera insuficiente. Asimismo, cabe recalcar que no nos referiremos a la pregunta de hasta qué punto los movimientos sociales y las organizaciones políticas asumen posiciones coincidentes a nivel de la acción concreta. Una pregunta fundamental, por lo demás.

8 El caso ecuatoriano es paradigmático. Ver, por ejemplo, el artículo de Acosta y Cajas (2016) sobre el tema.

2. CONTEXTOS HISTÓRICOS COMUNES Y DIVERGENTES

Decrecimiento y postextractivismo son perspectivas para transformar la sociedad y sus relaciones sociales con la Naturaleza. Se trata de visibilizar críticas, resistencias y alternativas; ponerlas en un contexto amplio; condensarlas (no homogeneizarlas), y, según se necesite, ofrecer orientación para reflexionar, especificar y expandir nuevas ideas que surgirán de estas discusiones. De hecho, desde este ejercicio se formará y consolidará concertadamente la contrahegemonía.

Para actuar, es indispensable tener una visión de las actuales situaciones sociales que se pretende transformar. Eso no significa que los análisis coyunturales deban ser en extremo detallados. Recordemos que muchas resistencias y alternativas no tienen una idea integral de los contextos que atacan o critican y, pese a ello, tienen impacto. Con todo, una comprensión integral será útil, en especial cuando los actores sean bloqueados u obstaculizados en sus intentos de acción contrahegemónica.

En un texto tan corto, es difícil explicar minuciosamente las tendencias actuales. Por eso, aquí solo se presentan esbozos provisionarios, para fines de discusión. Para América Latina, el auge del pasado reciente y la crisis actual de las constelaciones “neextractivistas” plantea remozados retos. Y, para Europa, si las respuestas a las crisis –diversas en espacio y tiempo– se mantienen, o si surgen respuestas alternativas más o menos estables, pueden desembocar en nuevos paradigmas interpretativos y escenarios políticos, más aún en un ambiente en donde “el terrorismo” y “los estados de sitio” plantean situaciones cada vez más complejas.⁹ Al respecto, el cambio de gobierno en Grecia (fines de enero de 2015) y el referendo en julio del mismo año impulsaron un enorme debate sobre la política de crisis europea, que se intensificó a partir de junio de 2016, con el voto a favor del

9 Podríamos calificar como capitalismo verde. Véase Wallis (2010), Koch (2012), Tanuro (2013), Brand y Wissen (2015).

Brexit, en Gran Bretaña. Pero, a la postre, al menos hasta ahora, el ajuste neoliberal sigue imponiéndose.

Asimismo, “la determinación de una nueva formación de sociedad no depende tanto de la evolución “objetiva” de la situación real sino de los diferentes enfoques teóricos, sus criterios más importantes y de los instrumentos del análisis” (Candeias, 2004, p. 10), lo que no debe hacernos perder de vista que la clave está en las movilizaciones sociales. Sin duda, todos estos son temas interesantísimos para el diagnóstico de la actualidad, pero van más allá de los objetivos del presente trabajo.

Queremos enfatizar un aspecto que nos parece esencial para entender, después, las similitudes de los contextos y de las alternativas. La dinámica capitalista transforma más y más aspectos de la sociedad en mercancías comerciadas, para así constituir poder y dominación (Dörre, 2015; Luxemburg 1913,1951). Aparte de la Naturaleza, esta dinámica afecta –lo sabemos desde hace mucho tiempo– también a las personas, obligadas a vender su fuerza laboral, ya sea en empresas capitalistas privadas o en empresas públicas. En China y en la India, el fenómeno se celebra como el milagro económico, sin cuestionar el contenido social y el enorme peso que las personas sienten como un “poder ajeno, situado al margen de ellas” (Marx & Engels, 1970, p. 36). Sin embargo, también este aspecto, la cosificación de la fuerza laboral y de la Naturaleza, no es abordado de manera sistemática en el debate del decrecimiento. Klaus Dörre (2015) señala que a menos que se libere de su sello capitalista, aún una economía de estado estacionario (*steady-state economy*) puede mantener las tendencias de fomentar los procesos de cosificación y mercantilización.

Relacionado con esta cuestión, el sistema económico y social capitalista está ciego frente a las condiciones y consecuencias de la dinámica económica. Aquí es conveniente mencionar el debate feminista (Picchio, 2015), cuyo planteamiento señala que la economía capitalista ahonda la separación de los procesos de mercado formales de muchos elementos que los hacen posibles sin ser mercancías, como el trabajo no remunerado, sobre todo el trabajo de cuidado.

Así, la externalización es un “principio” (Biesecker y Von Winterfeld, 2010), que contribuye decisivamente en el funcionamiento

del capitalismo. De hecho, la estructura capitalista de la externalización, se entiende como la:

(...) desvalorización de lo separado (trabajo social no remunerado realizado por mujeres y prestaciones ecológicas de la Naturaleza) es la condición previa para su usurpación barata e incluso gratuita. Por lo tanto, la globalización del capitalismo implica también la globalización de este principio. Se expresa en nuevos procesos de usurpación actuales relacionados con nuevos límites (Biesecker y Von Winterfeld, 2010, p.1).

En este caso, a modo de ejemplo, se puede mencionar lo que acontece cada vez con mayor frecuencia en el mundo empresarial, a escala nacional e internacional, con la subcontratación, la externalización o la tercerización, conocida también como *outsourcing*, por su traducción en inglés. Un proceso en el que una empresa contrata a otras empresas, para que se hagan cargo de parte de su actividad o producción, con el propósito, normalmente, de abaratar los costos por el lado del trabajo.

Asimismo, el crecimiento económico está muy vinculado con un concepto occidental, racionalista, masculino en esencia que, en primer lugar y como parte de las constelaciones de dominación patriarcales, se orienta hacia la dominación de la Naturaleza (Von Winterfeld, 2006).¹⁰

2.1. América Latina: el neoextractivismo como expresión de una modalidad de acumulación primario-exportadora

Primero, cabe señalar que en Latinoamérica cambió la constelación económica de crisis, para transformarse en una bonanza pocas veces registrada con anterioridad: lo que Maristella Svampa (2015) definió como el *Consenso de los Commodities*. La crisis socioeconómica existente en el tornasiglo, para los países de esta región, concluyó con el incremento sostenido de los precios de las materias primas,

10 Una perspectiva feminista (desde el Norte) a la economía política puede consultarse en la obra de Gibson-Graham (2006).

particularmente por la vinculación de China con la economía mundial (Moreno, 2015). Así, en estos años, hasta 2014, no se volvió a hablar de crisis en esta región, contrario a lo que sucede en Europa desde hace tiempo en donde hay una conciencia y un discurso de crisis generalizados.¹¹

Los motivos son evidentes: en los últimos 10 a 15 años –hasta 2014–, hubo cambios dramáticos en los mercados mundiales. En muchos países latinoamericanos, el fuerte incremento de la demanda por recursos naturales y la consiguiente alza de los precios de recursos fósiles, minerales y agrícolas (en algunos casos, incluso, con situaciones de escasez real o esperada), aumentaron notablemente los ingresos por exportaciones y también de inversiones foráneas, lo que proporcionó un margen de acción política más amplio.

Estos mayores ingresos beneficiaron a gobiernos, empresas públicas y empresas privadas en toda la región. En algunos países, donde las luchas antineoliberales de la población llevaron a elegir gobiernos “progresistas”, se aprovechó el margen ampliado de acción para mejorar la distribución de los ingresos y reducir la pobreza; situación registrada también con los gobiernos conservadores. La legitimidad de todos los gobiernos latinoamericanos, más aún de los “progresistas”, estuvo estrechamente relacionada con las políticas redistributivas que ampliaron el consumo de muchos segmentos de la población. La enorme disponibilidad de ingresos financieros –exportaciones y paulatinamente créditos baratos–, contribuyó a una prolongada estabilidad económica, social y también política, facilitada por el abandono de las socialmente duras políticas neoliberales de estabilización y de “ajuste estructural” de los años ochenta y noventa.

Como resultado del mencionado incremento de los ingresos de exportación, gracias al aumento de los precios de los productos primarios, hubo enormes incentivos para ampliar el extractivismo en América Latina. Los elevados precios de las materias primas desataron inversiones masivas, sobre todo de empresas transnacionales, en las diversas actividades extractivistas, en especial mineras y petroleras.

11 Cuán inestable es el esquema extractivista y cuán rápidamente vuelven los discursos y las experiencias de crisis, se ha podido constatar con el desplome de los precios del crudo en el año 2014, especialmente en Venezuela.

Es cierto que estructuralmente los márgenes de acción de los gobiernos “progresistas” estaban constreñidos. Recuérdese, como peso punto de partida, la dependencia de las exportaciones al mercado mundial capitalista, la limitada industrialización o la debilidad de la agricultura para alimentar a sus respectivas poblaciones; es decir, la vigencia de una modalidad de acumulación primario-exportadora de origen colonial, con restringida orientación para satisfacer las demandas domésticas, tanto de consumo, como de insumos y bienes de capital. Sin embargo, muchas personas conocedoras coinciden en que el margen de acción de una política económica y social progresista independiente y autónoma, orientada a enfrentar el extractivismo, es más amplio de lo que se piensa, y podría haberse aprovechado más. En suma, en los años de la bonanza hasta 2014, en realidad, mediante el extractivismo exacerbado, se profundizó la dependencia exterior, incluyendo la orientación hacia la China. Pero vamos por partes.

Para entender esta peculiaridad, brindemos una definición comprensible. El extractivismo, en general y a lo largo de la historia, se refiere a actividades que remueven, la mayoría de veces de forma intensiva, grandes volúmenes de recursos naturales, y cultivan de manera agroindustrial con muchos insumos, sobre todo para exportar según la demanda de los países centrales, sin mayor procesamiento (o de manera limitada). Normalmente, requieren grandes montos de inversión y provocan efectos macroeconómicos relevantes, así como graves impactos sociales, ambientales y culturales en los territorios afectados (Gudynas, 2011).¹² El extractivismo no se limita a minerales o petróleo. Hay también extractivismo agrario, forestal, pesquero, incluso turístico (Machado, 2015).¹³ Así, en línea con Eduardo Gudynas (2016a) –quien propone esta definición–, es mejor hablar de “extractivismos”.

El concepto “extractivismo”, junto con conceptos como “acumulación originaria” (Carlos Marx), permiten explicar el saqueo, acumulación, concentración, devastación colonial y neocolonial, así como el origen del capitalismo moderno. Por otra parte, el

12 Por cierto, hay quienes sostienen, con buenos argumentos, que el extractivismo se articula con el *high-tech* en diversos ámbitos, como el agrario, por ejemplo. La megaminería es el sector con más capital y tecnología-intensiva.

13 Sobre el papel de América Latina en los flujos globales de recursos, véase Schaffartzik et al., 2014.

“extractivismo”, sumado a conceptos como “acaparamiento de tierras” (*landnahme*, en el sentido de Rosa Luxemburg),¹⁴ “acumulación por desposesión” (David Harvey) o “extrahección” (Eduardo Gudynas), ayudan a entender la evolución actual del capitalismo moderno e, incluso, el “desarrollo” y “subdesarrollo”, como dos caras del mismo proceso de expansión del sistema capitalista mundial.

Si bien el extractivismo comenzó hace más de 500 años, ni este ni la conquista y colonización (atados al extractivismo) concluyeron al finalizar la dominación europea en América Latina. Estos procesos siguen presentes en toda la región, sea en países con gobiernos neoliberales o “progresistas”;¹⁵ basta observar cómo con estos últimos gobiernos se expanden aceleradamente los extractivismos en la actualidad.

Con la conquista y colonización de América, África y Asia, empezó a estructurarse la economía-mundo: el sistema capitalista fue consolidando, como uno de sus elementos fundacionales, la modalidad de acumulación primario-exportadora, determinada, desde entonces, por las demandas de los nacientes centros capitalistas. Unas regiones –a partir de las ventajas comparativas estáticas–, se especializaron en extraer y producir principalmente materias primas, mientras que otras –sobre la base de costos comparativos dinámicos y economías de escala crecientes– pasaron a producir manufacturas y concentraron, desde entonces, el capital, el poder, así como el conocimiento científico y tecnológico (incluso usando los recursos naturales de los países empobrecidos por esta misma forma de relacionamiento en el mercado mundial).

En resumen, los países “desarrollados”, en su mayoría, son importadores netos de Naturaleza y los “subdesarrollados” son exportadores netos de Naturaleza, tal como lo han demostrado varios textos que se nutren de las reflexiones del “metabolismo social” (Vallejo, Martínez Alier, y Samaniego, 2015; Schaffartzik, Mayer, Gingrich, Eisenmenger, Loy, y Krausmann, 2014; Martínez Alier y Walter,

14 Biesecker y Von Winterfeld (2010), Mahnkopf (2013), Salleh (2013), y Dörre (2015), con vistas a las formas dominantes de manejo de crisis ecológicas.

15 No se puede confundir izquierda con progresismo. Al respecto, vale la pena recomendar la posición de Eduardo Gudynas en *Izquierda y progresismo: la gran divergencia* (diciembre de 2013b). Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/70074>

2015). Como saldo, en estos últimos, persiste la vigencia inamovible de modalidades de acumulación primario-exportadoras y del extractivismo, como su principal manifestación.

Más allá del discurso emancipador articulado desde los gobiernos “progresistas” de América Latina, la región sigue siendo estratégica para el capitalismo global, al cumplir el papel histórico asignado hace siglos, por la asimétrica división internacional del trabajo, que desembocó en el “desarrollo del subdesarrollo”, para usar el célebre eslogan de la llamada teoría de la dependencia (Frank, 1966). Basta constatar cómo se ha incrementado su potencial como proveedora de recursos enviados hacia países centrales y a las economías “emergentes”, como China e India. Esto ha incidido también en las infraestructuras, donde se han realizado importantes inversiones que, particularmente, buscan reducir costos y tiempos de extracción o transporte de materias primas para, con eso, acelerar la circulación del capital. Un ejemplo son las grandes represas hidroeléctricas, cuya energía está destinada, en su mayoría, a atender la demanda de proyectos extractivistas, sobre todo mineros y petroleros, o los mismos proyectos enmarcados en la neoliberal Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (Iirsa), que buscan integrar subordinadamente a América Latina con el mercado mundial (Ceceña, Aguilar, y Motto, 2007), y que se mantiene incluso por parte de los gobiernos “progresistas”.

2.1.1. Las principales patologías del extractivismo

Para plantear respuestas postextractivistas, hay que identificar los problemas por resolver y las capacidades disponibles para enfrentarlos. Conozcamos, pues, las patologías propias de las economías, donde gobernantes y élites dominantes apuestan por el extractivismo; aspectos que se enriquecen con la lectura de “los derrames” propios de los extractivismos, como los analiza Eduardo Gudynas (2016a).

Aquí se mencionan como puntos críticos, y asumiendo en particular las reflexiones de Jürgen Schuldt (2005),¹⁶ varias patologías

16 Sobre esta cuestión ha trabajado Alberto Acosta, uno de los autores de este ensayo, también junto con el propio Schuldt.

generadas por este esquema de acumulación, retroalimentado por círculos viciosos cada vez más perniciosos:

- Es normal que estas economías experimenten varias “enfermedades”, particularmente la “enfermedad holandesa”.¹⁷ El ingreso abrupto y masivo de divisas sobrevalúa el tipo de cambio, lo que resta competitividad y perjudica al sector manufacturero y agropecuario exportador. Como el tipo de cambio real se aprecia, los factores de producción migran de los sectores transables perjudicados (agropecuario e industrial) a los segmentos no transables (construcción, comercio importador, servicios), y a aquellos donde influye la actividad primario-exportadora en auge. Esto distorsiona la economía, al recortar los fondos de inversión que pudieran ir precisamente a los sectores que generan mayor valor agregado, más empleo, una mejor incorporación del avance tecnológico y encadenamientos productivos. Incluso, el ajuste posterior al *boom*, necesario para enfrentar la crisis, es visto como parte de dicha “enfermedad”.
- La especialización en las exportaciones primarias –a largo plazo– ha resultado muchas veces negativa, por el deterioro tendencial de los términos de intercambio (Prebisch, 1950). Este proceso favorece a los bienes industriales importados y perjudica a los bienes primarios exportados. Las materias primas poseen una baja elasticidad-ingreso, son sustituibles por sintéticos, tienen un bajo aporte tecnológico y escasísimo desarrollo innovador; hasta el contenido de materias primas en los productos manufacturados es cada vez menor. Por todo eso, sus precios se fijan, básicamente, por la lógica de la competencia en el mercado (son *commodities*). Esto impide a los países especializados en exportar mercancías altamente homogéneas (es decir, materias primas), participar plenamente en las ganancias del crecimiento económico y en el progreso técnico mundial.
- La elevada tasa de ganancia sostenida por rentas diferenciales o

17 Hay otros ingresos que pueden generar efectos similares; por ejemplo, remesas, inversión extranjera, ayuda al desarrollo, ingreso masivo de capitales privados, entre otros (Schuldt, 1994).

ricardianas (derivadas de la riqueza de la Naturaleza, más que del esfuerzo humano), que contienen los bienes primarios, motiva su sobreproducción, incluso cuando caen los precios de las materias primas. Además, tales rentas –más aún cuando no se cobran las regalías o impuestos correspondientes– crean sobre-ganancias que distorsionan la asignación de recursos en el país. De ahí la importancia de “nacionalizar los recursos naturales” (p.e. petróleo), para, al menos, mejorar la distribución de las ganancias extraordinarias y las rentas obtenidas por las empresas.

- La volatilidad propia de los precios de las materias primas en el mercado mundial ha ocasionado que las economías primario-exportadoras sufran problemas recurrentes en su balanza de pagos y en sus cuentas fiscales. Esto ha generado una gran dependencia financiera externa, y ha sometido a las actividades económica y sociopolítica nacionales a erráticas fluctuaciones. Todo esto se agrava con la caída de los precios en los mercados internacionales, lo que consolida la crisis de la balanza de pagos y la crisis fiscal. La situación se profundiza, muchas veces, por la fuga masiva de los capitales que aterrizaron para lucrar de los años de bonanza, acompañados por los –también huidizos– capitales locales. Con ello, se agudiza la restricción externa y la presión de recurrir al endeudamiento, que está presente ya desde la época de la bonanza.¹⁸
- Curiosamente, en años recientes no registramos esta fuga de capitales desde los países subdesarrollados en crisis, en la medida que los centros del capitalismo metropolitano tradicional también atraviesan situaciones muy críticas. Sus bancos, sacudidos por la crisis, no son tan confiables como antes, a pesar de los enormes salvatajes que se diseñaron a raíz de la crisis del 2008. De todas maneras, hemos visto que no todos los capitales fugan hacia dichos centros metropolitanos, pues hay otras opciones en donde se los puede refugiar: el caso de los papeles de Panamá es paradigmático; opciones que, no cabe duda alguna, funcionan en estrecha vinculación con la lógica de acumulación del capitalismo transnacionalizado.

18 Ver Acosta (1994 y 2001), por ejemplo.

- El auge de la exportación primaria también atrae a la siempre bien alerta banca internacional, que en la bonanza desembolsa préstamos a manos llenas, como si se tratara de un proceso sostenible; financiamiento que, además, es recibido con los brazos abiertos por gobernantes y empresarios creyentes en milagros permanentes. En esta época, la China ha pasado a ser el principal prestamista de la región. Así se acicatea aún más la sobreproducción de recursos primarios (p.e. vía facilidades petroleras), lo que aumenta las distorsiones sectoriales. Pero, a la postre, como muestra la experiencia histórica, se hipoteca el futuro de la economía, cuando llega el inevitable momento de servir la sobre-dimensionada deuda externa, contraída durante la euforia exportadora (en cantidades mayores y en condiciones muy onerosas, sobre todo en las crisis); servicio que se recrudece, precisamente, al caer los precios de exportación e incrementarse las tasas de interés en las economías metropolitanas.¹⁹
- La dependencia de los mercados foráneos, aunque paradójico, es todavía más marcada en épocas de crisis. Hay una suerte de bloqueo mental generalizado, empezando por los gobernantes de estos países. En este contexto, todas o casi todas las economías atadas a exportar recursos primarios caen en la trampa de forzar las tasas de extracción de sus recursos cuando los precios se debilitan. Buscan, a como dé lugar, sostener los ingresos provenientes de las exportaciones primarias. Esta realidad beneficia a los países centrales, pues un mayor suministro de materias primas –petróleo, minerales o alimentos–, en épocas de precios deprimidos, crea una sobreoferta, lo que debilita más sus precios. De esa manera, se produce un “crecimiento empobrecedor” (Bhagwati, 1958) y la sobre-explotación de las materias primas.
- La abundancia de recursos externos, alimentada por las exportaciones de petróleo o minerales (tal como se ha experimentado en los últimos años), crea un auge consumista que es cubierto, sobre todo, con importaciones. Así se desperdician recursos,

19 Sobre este tema existe una amplia bibliografía. Se recomiendan los aportes de Alberto Acosta (1994, 2001).

pues incluso se llega a sustituir productos nacionales por productos externos. Esta situación es atizada por la sobrevaluación cambiaria, ocasionada por el ingreso masivo de divisas. Una mayor inversión y gasto público, sin las debidas providencias, incentiva las importaciones y no necesariamente la producción doméstica. La historia nos ha enseñado que, normalmente, no hay un uso adecuado de los cuantiosos recursos disponibles, y es muy común el apareamiento de los conocidos “elefantes blancos”: aquellas obras monumentales que muchas veces están inutilizadas o muy poco aprovechadas.

- Esa experiencia también ilustra y confirma que el extractivismo no permite una diversificación productiva y, menos aún, genera encadenamientos dinámicos. No se aseguran enlaces productivos integradores y sinérgicos ni hacia delante ni hacia atrás; tampoco en la demanda final (enlaces de consumo, infraestructura y fiscales). Mucho menos se facilita y garantiza la transferencia tecnológica y la generación de externalidades a favor de otros sectores. De allí se deriva una de las características clásicas de las economías primario-exportadoras, presente desde la colonia: un carácter de enclave, con territorios extractivistas normalmente aislados del resto de la economía. Esta situación no ha cambiado para nada en la actualidad, sea en los países con gobiernos neoliberales o progresistas. Este fenómeno, no obstante, debe ser revisado en la medida que estas regiones extractivistas no se circunscriben exclusivamente a las zonas de donde se extraen los recursos naturales, sino que, además, deben considerar su relacionamiento con una suerte de regiones extractivistas virtuales, en tanto dependen de las relaciones propias de estos recursos con la financiarización de la economía mundial. Se requiere, entonces, reflexionar sobre cómo los mercados futuros de las materias primas están relacionados con las lógicas extractivistas, en tanto mecanismos que las alientan permanentemente.
- En estrecha relación con lo anterior, las empresas que controlan la explotación de recursos naturales no renovables, por su ubicación y forma de explotación, se convierten con frecuencia en poderosos grupos de poder empresarial frente a Estados

nacionales relativamente débiles. La experiencia nos cuenta cómo algunas transnacionales se han aprovechado de su posición dominante, por ejemplo, lograda por su contribución al equilibrio de la balanza de pagos, para influir en el balance de poder en el país, a través de la permanente amenaza a los gobiernos que se atrevan a ir contracorriente. Una “nueva clase corporativa” ha capturado no solo al Estado, sin mayores contrapesos, sino también a importantes medios de comunicación, encuestadoras, consultoras empresariales, universidades, fundaciones y estudios de abogados. Esta clase corporativa transnacional –en el caso de las inversiones chinas apoyadas directamente por su Estado– se ha convertido en el “actor político privilegiado”, por poseer “niveles de acceso e influencia de los cuales no goza ningún otro grupo de interés, estrato o clase social” y, aún más, que le permite “empujar la reconfiguración del resto de la pirámide social”. “Se trata de una mano invisible (en ocasiones muy visible, NdA) en el Estado que otorga favores y privilegios y que luego, una vez obtenidos, tiende a mantenerlos a toda costa”, y los asume como “derechos adquiridos” (Durand, 2006).

- Así se debilita la lógica del Estado-Nación, y se da paso a lo que se conoce como la “desterritorialización” del propio Estado. De esa manera, el Estado se desentiende del entorno de los enclaves petroleros o mineros, y deja, por ejemplo, la atención de demandas sociales a las empresas extractivistas. Esto conduce a un manejo desorganizado y no planificado de esas regiones que, incluso, están muchas veces *de facto* al margen de las leyes nacionales. En ese contexto, el Estado extractivista viabiliza la vinculación de los territorios mineros o petroleros con el mercado mundial, sea a través de la correspondiente infraestructura o de las medidas de seguridad policiales y hasta militares que hagan falta. Esto no implica necesariamente su integración nacional y local. Todo esto, sumado a muchos de los puntos anotados, conduce a la desnacionalización de la economía, no solo por el control directo de los recursos naturales, sino por la incidencia directa o indirecta de las empresas transnacionales en la definición de las políticas de los países extractivistas.

- Este extractivismo cada vez más desaforado consolida un ambiente de violencia y marginalidad crecientes, que desemboca en respuestas represivas, miopes y torpes de un Estado policial, que no cumple sus obligaciones sociales y económicas. La criminalización y la represión desplegadas para sostener y ampliar el extractivismo caracterizan a todos los gobiernos de la región, independientemente de su orientación ideológica.
- La desigual distribución del ingreso y de los activos genera un callejón, en apariencia, sin salida por los dos lados: los sectores marginales, con mayor productividad del capital que los modernos, no acumulan, pues no tienen los recursos para ahorrar e invertir; y los sectores modernos, con mayor productividad de la mano de obra, no invierten, dado que no tienen mercados internos que aseguren rentabilidades atractivas. Ello, a su vez, agrava la indisponibilidad de recursos técnicos, de fuerza laboral calificada, de infraestructura y de divisas, lo que desincentiva la inversión, y así, sucesivamente. Es decir, una situación conocida desde hace muchas décadas: se ahonda la heterogeneidad estructural de estos aparatos productivos (ver Pinto, 1970).²⁰
- A lo anterior se agrega el hecho obvio (y desgraciadamente necesario, no solo por razones tecnológicas) de que, a diferencia de los demás sectores, la actividad extractivista (sobre todo minera y petrolera) absorbe poco —aunque bien remunerado— trabajo directo e indirecto: contrata fuerza directiva y especializada altamente calificada, muchas veces extranjera. En efecto, la tecnología es mundial como las finanzas, mientras que la extracción debe ser local y la producción puede ser local o haber sido deslocalizada;²¹ es intensiva en capital y en importaciones:

20 Las patologías propias de las economías primario-exportadoras y los enclaves extractivistas son largas y muy importantes. Se podría citar una selección de los muchos trabajos de André Gunder Franck (1970, 1979), Ruy Mauro Marini (1973, 1978), Celso Furtado (1974), Theotonio dos Santos (1978, 1998), entre otros. También se puede consultar el texto de Alberto Acosta: *Las dependencias del extractivismo. Aporte para un debate incompleto* (2016).

21 Por ejemplo, el refinado del petróleo o del estaño fuera del país donde se ha extraído. Lo del estaño fue claro en la nacionalización boliviana por parte del MNR de 1953: los Patiño, Aramayo y similares siguieron controlando el refinado del mineral extraído en Uncía, Llallagua, Siglo XX, Catavi, etc.

utiliza casi exclusivamente insumos y tecnología foráneos, etc. Todo eso genera que el “valor interno de retorno” (equivalente al valor agregado que se mantiene en el país) de la actividad primario-exportadora resulte irrisorio.

- A su vez, se generan nuevas tensiones sociales en las regiones donde se extraen dichos recursos naturales, pues, por lo general, muy pocas personas de la región se integran a las plantillas laborales de las empresas mineras y petroleras, o se benefician indirectamente de ellas. Y esa mano de obra es casi siempre sobreexplotada. En los monocultivos, donde aún se emplea bastante mano de obra, las relaciones laborales son precarias; incluso persisten prácticas de semiesclavitud. Basta mencionar las plantaciones bananeras en Ecuador.
- Derivadas de la exportación de bienes primarios, se consolida y profundiza la concentración y centralización del ingreso y de la riqueza en pocas manos, así como del poder político. Son grandes beneficiarias las empresas transnacionales –vistas como promotoras de la modernidad–, a las que se les reconoce el “mérito” de arriesgarse a explorar y explotar los recursos en mención. Nada se dice de cómo crean una mayor “desnacionalización” de la economía, en parte por el volumen de financiamiento necesario para explotar los recursos, en parte por la falta de empresariado nacional consolidado y, en no menor medida, por la poca voluntad gubernamental para formar alianzas estratégicas con empresarios locales.
- En estas economías primario-exportadoras, la estructura y la dinámica políticas se caracterizan por el “rentismo”, la voracidad y el autoritarismo con el que se manejan las decisiones. Dicha voracidad dispara el gasto público más allá de toda proporción, con un manejo fiscal desordenado, con el propósito de financiar todo tipo de acciones clientelares destinadas a asegurar el poder, sin una adecuada planificación, y sin mayor preocupación por la calidad de la gestión y el control democrático. Este “efecto voracidad” se refleja en la búsqueda desesperada y la apropiación abusiva de una parte importante de los excedentes del sector primario-exportador. Los políticamente poderosos exprimen esos

excedentes para perennizarse en el poder, o bien para lucrar de él. Y en ese entorno, donde campea la corrupción, es obvio que resulta muy difícil encontrar un aliciente real para desarrollar un sistema tributario equitativo, más aún en medio de situaciones de corrupción desbordantes.

- El extractivismo crea una concepción reduccionista de la Naturaleza, pues minimiza la complejidad de las redes biofísicas naturales y los procesos de reproducción naturales a meros “recursos naturales”, que están disponibles para la prospección, exploración y mercantilización; tampoco reconoce las consecuencias negativas de los procesos de extracción que se requieren. En el mejor de los casos, se procesan sus externalidades, pero no como parte de un contexto integral propio de las estructuras de la Naturaleza. Desde esa perspectiva, el extractivismo lesiona el medioambiente natural y social en el que interviene; sobre todo los megaproyectos extractivistas rompen los ciclos vitales de la Naturaleza y destrazan los elementos sustanciales de los ecosistemas, con lo que se impide su regeneración; es decir, se afecta grave e irreversiblemente a los Derechos de la Naturaleza.²² Este deterioro sucede a pesar de algunos esfuerzos de las empresas para disminuir la contaminación, y de las acciones sociales para establecer relaciones “amistosas” con las comunidades. Todo esto explica por qué hay cada vez más respuestas defensivas desde las comunidades afectadas, crecientemente reprimidas por gobiernos y empresas extractivistas. La represión y la criminalización de la protesta social se vuelven una herramienta clave para profundizar el extractivismo.

22 Los Derechos de la Naturaleza se potenciaron con su aprobación en la Constitución de Ecuador, el año 2008. La lista de personas que los estudian crece diariamente: Esperanza Martínez (2009), Diana Murcia (2009), Raúl Eugenio Zaffaroni (2011), Ramiro Ávila (2011), Alberto Acosta (2011, 2013), Eduardo Gudynas (2016b). Existen valiosos aportes anteriores, no conocidos en el debate constituyente, de Godofredo Stutzin (1984), Peter Saladin (1986), Georg Leimbacher (1988), Christopher Stone (1996), Cormac Cullinam (2003), por ejemplo. En este breve recuento de personas que han abordado el tema, no pueden faltar Arne Naess, considerado el padre de la “ecología profunda”, y Baruch Spinoza, de quien se nutre Naess explícitamente.

- A pesar de esta enorme carga de argumentos críticos de la acumulación primario-exportadora, que ha dado lugar a la tesis de la “maldición de la abundancia” (Acosta, 2009), hay un posicionamiento casi indiscutible de esta en las sociedades de los países con economías predominantemente extractivistas. Tanto es así, que parecería que esa es la verdadera maldición: es decir, la maldición, en este caso la patología, quizá radica en la incapacidad para asumir el reto de construir alternativas a la acumulación primario-exportadora, que parece eternizarse, no obstante sus inocultables fracasos.

La apropiación masiva de la Naturaleza, o sea, de “recursos naturales” extraídos mediante múltiples violencias, atropellando Derechos Humanos y Derechos de la Naturaleza, “no es una consecuencia de un tipo de extracción sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales”, como bien señala Eduardo Gudynas (2013, p. 11).²³

No hay, en síntesis, un extractivismo bueno²⁴ y un extractivismo malo. El extractivismo es lo que es: en lo económico, un conjunto de actividades de extracción masiva de recursos primarios para la exportación que, dentro del capitalismo, se vuelve fundamental en el contexto de la modalidad de acumulación primario-exportadora. De este modo, el extractivismo es, en esencia, depredador como lo es “el modo capitalista (que) vive de sofocar a la vida y al mundo de la vida, ese proceso se ha llevado a tal extremo, que la reproducción

23 Marx ya nos mencionó, en su momento, que el propio origen del capitalismo (es decir, la acumulación originaria de capital) proviene de la extracción de recursos naturales, la explotación y la violencia: “El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborígen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria” (Marx [1867] 2008, p. 939).

24 Como es el caso del uso del término extractivismo en portugués, cuando se refiere a la extracción u obtención sostenible de recursos naturales del bosque, por ejemplo, de castañas o de madera, sin llegar a afectar la existencia del bosque mismo y de toda su rica biodiversidad.

del capital solo puede darse en la medida en que destruya igual a los seres humanos que a la Naturaleza”,²⁵ como afirmó el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría (*El Comercio*, 4.08.2007).

Todos los aspectos que se han expuesto sobre el extractivismo se interrelacionan con los elementos típicos de lo que se conoce como “subdesarrollo”:

- La debilidad de los mercados internos, provocada, sobre todo, por los bajos ingresos y las enormes desigualdades en la distribución de la riqueza.
- La creciente pobreza de las masas, confrontada con una mayor concentración del ingreso y de los activos en pocas manos; algo que explica especialmente el proceso de empobrecimiento.
- La presencia de sistemas productivos atrasados y modernos, que caracterizan la heterogeneidad estructural y la informalidad del aparato productivo.
- Los escasos encadenamientos productivos y sectoriales, así como de demanda y fiscales, en particular de las actividades de exportación con el resto de la economía.
- La concentración productiva en bienes no elaborados para surtir el mercado externo, a pesar de los vaivenes de los precios internacionales en esos sectores primarios, que, además, son intensivos en capital y poco demandantes de fuerza de trabajo.
- La falta de una adecuada integración entre las diversas regiones de cada país, sobre todo en infraestructura e intercambio productivo.
- La absorción de ahorros de las regiones más pobres por las más acomodadas, lo que crea una “causación circular acumulativa” (Myrdal, 1957), que empobrece más y más a unos, en beneficio de otros (acompañada, también, de “intercambio desigual doméstico”).
- La ausencia de un sistema moderno de ciencia y tecnología, base para el desarrollo de ventajas comparativas dinámicas; acompañada de un solemne desprecio de los saberes ancestrales.

25 La mayúscula en Naturaleza es nuestra.

- El mal manejo administrativo del Estado y una marcada arbitrariedad burocrática; el autoritarismo es una (casi) norma en estos países extractivistas.
- Los siempre escasos gastos en políticas sociales, en especial en salud y educación; muchas veces inadecuadamente invertidos en propuestas que, además, no abordan la raíz de los problemas.
- La carencia de estrategias sustentadas en las soberanías: alimentaria, energética, financiera y económica, en general.
- Las ineficiencias masivas del sector productivo.
- La corrupción generalizada en toda la sociedad, pero particularmente en todos los círculos directa o indirectamente vinculados con los extractivismos.

Uno de los mayores lastres, y que explica sustantivamente la situación de subdesarrollo, radica en la colonialidad²⁶ del poder, del ser y del hacer, vigente hasta nuestros días. Esta colonialidad no es solo un recuerdo del pasado; hasta explica la actual organización del mundo en su conjunto, en tanto aspecto fundamental en la agenda de la modernidad.²⁷

A pesar de conocerse esta realidad y sus patologías, luego de tantas décadas de dependencia en el extractivismo, hay muy pocas respuestas efectivas, incluso dentro de algún posible “extractivismo sensato”, que podría asumirse como un primer paso, en un largo proceso de transición postextractivista, necesariamente postcapitalista.

En los últimos años quizás lo más destacable son algunos fondos de estabilización (no comparables con aquellos fondos utilizados para garantizar simplemente el pago de deuda externa), cuya

26 Entre los críticos a la colonialidad destacamos, sobre todo, a Aníbal Quijano, además de, por supuesto, Boaventura Souza Santos, Gayatri Chakravorty Spivak, Edward W. Said, José de Souza Santos, Chandra Talpade Mohanty, Nikita Dhawan, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Fernando Coronil, Edgardo Lander, Anne McClintock, Enrique Leff, Arif Dirlik, Breny Mendoza, Francisco López Segrera, Alejandro Moreano, entre otros.

27 José María Tortosa, en sus comentarios a nuestro texto, observa que esa lista puede aplicarse casi toda a España o a Grecia. El supuesto “desarrollo” y “subdesarrollo” no formaría una dicotomía sino un continuo. Lo malo es que, entonces, no hay “lucha final”.

eficacia depende de la duración de los precios bajos de las materias primas en el mercado mundial.

Lo que sí queda absolutamente claro es que la dependencia del extractivismo ha aumentado, tanto en países con gobiernos neoliberales como “progresistas”. Todos estos gobiernos, de la mano del extractivismo, se han embarcado en una nueva cruzada desarrollista: sea para “salir del extractivismo con más extractivismo”, como ofrece el Gobierno ecuatoriano, o para subirse a la “locomotora minera”, como propone el Gobierno colombiano.

2.1.2. Del extractivismo colonial al neoextractivismo contemporáneo

La actual situación del extractivismo en América Latina ha dado paso a intensos debates. Es más, se ha acuñado el término neoextractivismo para definirla. Por ejemplo, Eduardo Gudynas (2009, 2013b, 2016a) y uno de los autores de estas líneas (Acosta, 2009, 2014) optaron por definir como neoextractivismo al manejo extractivista de los recursos naturales por parte de los países con gobiernos “progresistas”, que presenta algunas diferencias con el extractivismo de los regímenes neoliberales.

El otro autor de este libro (Ulrich Brand, coincidiendo con Jürgen Schuldt) define como neoextractivista a la situación en toda la región desde el año 2000. Por supuesto, hay diferencias (remarcables) resaltantes o marcadas, y los gobiernos actúan de maneras distintas, según la coyuntura económica y las movilizaciones sociales. Sin embargo, estas diferencias se dan al nivel de sociedades concretas y no tanto por la línea de gobiernos conservadores y progresistas (sería muy interesante establecer semejanzas y diferencias entre Bolivia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, Perú o Venezuela, por ejemplo; pero, por razones de espacio, no se ahonda este asunto). Esta perspectiva enfatiza más las condiciones económicas internacionales y su articulación con las relaciones sociales concretas dentro de las sociedades particulares, para entender la fase actual del extractivismo (Brand, Dietz, y Lang, 2016).²⁸

28 Así se pueden diferenciar dos fases. La primera abarca aproximadamente los

Considerando tales distinciones en la definición de neoextractivismo, creemos que es mejor volver al concepto de extractivismo en términos generales, pero reconociendo que su última fase histórica posee dimensiones particulares; se debe anotar, eso sí, las diferencias entre gobiernos neoliberales y “progresistas”.

Entendemos, en cualquier caso, al neoextractivismo como una versión contemporánea del extractivismo de viejo cuño y que, por lo tanto, está afectado de las típicas patologías del extractivismo. Asimismo, en esta nueva fase del extractivismo, más allá de que varios países de la región posean regímenes “progresistas” que han levantado la tesis de la transformación de la matriz productiva, y que incluso han realizado algunos esfuerzos en esa dirección, tales gobiernos han mantenido intacta la esencia de la matriz de acumulación primario-exportadora. Por tanto, lejos de discursos y planes oficiales, en la práctica, los extractivismos se han consolidado e, incluso, ampliado.

Recordemos que la constelación histórico-política, producto de la lucha de los movimientos sociales, posibilitó la conformación de gobiernos “progresistas” que fortalecieron el papel del Estado en la economía, con una creciente presencia de control y acción estatales en los ámbitos extractivistas. Desde allí se promovieron políticas de distribución de los elevados ingresos provenientes de las exportaciones de materias primas. Estas luchas sociales se enmarcaron, sobre todo, en reclamos nacionalistas, que se nutrieron paulatinamente con planteamientos ecologistas por la falta de agua para el agro; por la deforestación y contaminación ocasionada por la minería –formal e informal– y por la actividad petrolera; por el agotamiento del recurso pesquero en los océanos, debido a su

años setenta hasta el año 2000. De cierto modo, durante esa treintena de años, se había ido preparando el neoextractivismo como una posibilidad. La segunda fase, que inició con el cambio del milenio y cuya dinámica comenzó a acelerarse a partir del año 2003, continúa hasta hoy. El funcionamiento del mercado capitalista, que reduce el tamaño del Estado, con el fin de flexibilizar las relaciones laborales, reprimarizar los aparatos productivos, liberalizar las economías, asegurar el pago de deudas y el desenvolvimiento de la competitividad, convirtió a estas medidas en criterios dominantes de la política estatal. En efecto, se generó lo que se conoce como desarrollismo orientado hacia el mercado global (ver la síntesis de John Williamson [1990] sobre el así llamado Consenso de Washington).

sobreexplotación; por la polución urbana; por la creciente erosión de la biodiversidad silvestre y agrícola; la desaparición de suelos agrícolas, la pérdida de calidad y disponibilidad del agua, etc.; en definitiva, por los efectos del calentamiento global.

En sus análisis, Maristella Svampa y Eduardo Gudynas señalan que el actual extractivismo parte de un dispositivo político-social nacional-popular, y lo consolida justificando la explotación de la naturaleza como proyecto promotor del “desarrollo nacional”.

Por lo tanto, desde una postura nacionalista, los gobiernos “progresistas” procuraron principalmente un mayor acceso y control del Estado sobre los recursos naturales y los beneficios de su extracción, lo cual no es malo *per se*. Lo preocupante es que, desde esta postura, se critica el control de los recursos naturales por parte de empresas transnacionales, pero no la extracción en sí.

En este punto emerge la soberanía como factor explicativo de muchas acciones orientadas al control estatal de la explotación de los recursos naturales; una acción vista como necesaria para luchar contra la pobreza y la desigualdad social.²⁹ Este aspecto es medular para comprender cómo algunos gobernantes “progresistas” se volvieron fervientes propulsores de las actividades extractivistas, como el presidente ecuatoriano Rafael Correa, quien se ha convertido en el mayor promotor de la megaminería en su país.³⁰

Es verdad que para combatir las inequidades y las desigualdades faltan mayores recursos públicos. Por eso, aprovechando el momento del mercado global con precios elevados de las materias primas, estos gobiernos “progresistas” fomentaron el extractivismo. La coyuntura permitió ver al extractivismo como una especie de oportunidad. Es más, hubo gobiernos, particularmente el ecuatoriano, que reconocieron en el creciente extractivismo una suerte de palanca

29 Eduardo Gudynas (2009, 2014), Catalina Toro Pérez (2012), Saturnino Borrás et al. (2012), Maristella Svampa (2012, pp. 48-56; 2015), Henry Veltmeyer (2013), Anthony Bebbington y Jeffrey Bury (2013), Gian Delgado Ramos (2013), Raúl Prada (2014), Hans Burchardt y Kristina Dietz (2014), Klaus Meschkat (2015), Bettina Engels y Kristina Dietz (2016). Sobre el extractivismo y la vida cotidiana, véase Verónica Gago (2015).

30 Sobre este tema se puede consultar el artículo de Alberto Acosta y Francisco Hurtado Caicedo (2016).

para construir las condiciones que permitan superar el extractivismo. Y, de facto, en todos los gobiernos latinoamericanos, se vio al crecimiento económico como el motor para el “desarrollo” de otros sectores productivos.

En efecto, existe un controvertido debate alrededor de las dinámicas mencionadas. La esencia objetiva para valorar el modelo de desarrollo neoextractivista, según los defensores de los gobiernos “progresistas”, radica en sus éxitos económicos y de distribución de los ingresos. Sostienen que, a nivel analítico y programático, el concepto del extractivismo no aprecia debidamente algunas situaciones significativas, como mejores salarios, el papel del Estado y la transformación del poder. Desde esta vertiente, se destaca la intención de los gobiernos “progresistas” de transformar, a mediano plazo, el modelo primario-exportador y su fuerte dependencia de la demanda y de los precios de los mercados mundiales, mediante una reestructuración económica y social —que no logran y, en el fondo, tampoco desean—. Para defenderse contra las críticas y las crecientes resistencias sociales frente a su modelo económico, cada vez más atado al extractivismo, los regímenes políticos se tornan cada vez más centralistas y autoritarios.

Estos gobiernos “progresistas” manifiestan que conceptos como el Buen Vivir no son generalizables y que no pasan de ser una especie de “estrella guía lejana” de una sociedad postcapitalista. Y no solo eso: al Buen Vivir lo han vaciado de contenido y lo han transformado en un dispositivo de poder. Tengamos presente que la visión del Buen Vivir o *Sumak Kawsay* constituye una referencia importante, que deja entrever un horizonte civilizatorio emancipador.

Estas cosmovisiones, atadas a territorios específicos, plantean opciones diferentes de la cosmovisión occidental, al surgir de raíces comunitarias no capitalistas, armónicamente relacionadas con la Naturaleza. Desde esa lectura, el Buen Vivir postula una transformación de alcance civilizatorio al ser, al menos, biocéntrica; ya no más antropocéntrica (en realidad, se trata de una trama de relaciones armoniosas vacías de todo centro); comunitaria, no solo individualista; sustentada en la pluralidad y la diversidad, no unidimensional ni monocultural. Para entenderlo, se precisa, en particular, un

profundo proceso de descolonización³¹ intelectual en lo político, en lo social, en lo económico y, por cierto, en lo cultural.

Como saldo, tenemos que el neoextractivismo, en la versión impulsada por gobiernos “progresistas”, es parte de una versión contemporánea del típico desarrollismo latinoamericano; opción que fue duramente criticada en décadas anteriores por estructuralistas y dependentistas.

Lo que está claro es que los gobiernos “progresistas” –y también los neoliberales– mantienen el mito del “progreso” en su deriva productivista, y el del “desarrollo” como dirección única, sobre todo en su visión mecanicista de crecimiento económico, así como sus múltiples sinónimos. Por cierto, este extractivismo del siglo XXI –neoliberal o “progresista”– no pierde su carácter conquistador y colonizador.

En este punto, no se puede negar que en los países “progresistas” la población tradicionalmente marginada ha vivido una relativa mejoría, gracias a la mejor distribución de los crecientes ingresos del extractivismo, como efecto de los elevados precios de las materias primas. Esta situación, como ya lo anotamos, también se registró en los países con gobiernos neoliberales. Sin embargo, más allá de sus improntas discursivas revolucionarias y sus muchos logros en términos sociales (algunos de ellos más parecen una mera recuperación luego de la crisis neoliberal), no han impulsado una verdadera redistribución de la riqueza ni del poder, menos aún un cambio de la modalidad de acumulación.³²

La situación se explica por lo relativamente fácil que resulta obtener ventajas de la Naturaleza –atropellando a sus defensores–,³³ sin entrar en complejos procesos sociales y políticos de

31 Entre los diferentes autores que han trabajado la colonialidad del poder, resalto los aportes del brillante pensador peruano Aníbal Quijano (sobre esta cuestión y otras muchas), cuyas obras más destacadas, en su gran mayoría, están recopiladas en *Cuestiones y Horizontes – Antología Esencial – De la dependencia histórica-estructural a la colonialidad/decolonialidad del poder*, Clacso, Buenos Aires (2014).

32 Entre los varios trabajos existentes, se puede recomendar la amplia y detallada investigación dirigida por Francisco Muñoz (2015). <https://redsosamazonas.files.wordpress.com/2015/07/libro-balance-critico-compressed.pdf>

33 Como ejemplo paradigmático, tenemos el caso de los Yasunidos en Ecuador, cuya propuesta de consulta popular fue fraudulentamente anulada por el Consejo Nacional Electoral, en contubernio con el gobierno de Rafael Correa.

redistribución. Esto permite comprender por qué los grupos más acomodados de las viejas oligarquías, y también de las nuevas, muchas vinculadas con el capital transnacional, han obtenido jugosas ganancias, en un ambiente en donde las denuncias de corrupción son cada vez más frecuentes en todos estos países. Faltaría, por cierto, un análisis más pormenorizado respecto de la incidencia del narcotráfico en la economía (y en la vida política) de varios países de la región, en especial, en México, Colombia, Perú y Bolivia.

Ahora, cuando el ciclo de precios altos de las materias primas llegó a su final, en estos países se retoma la lógica de los ajustes (es decir, el recorte del gasto público y de las políticas sociales, la devaluación del tipo de cambio, el alza de las tasas de interés, y en especial la denominada “flexibilización laboral”) que, como todo indica, terminarán por golpear más a los de siempre: los sectores populares y medios.

En síntesis, el extractivismo en el siglo XXI expresa una forma sustancial de la modalidad de acumulación primario-exportadora, resultado de un modelo de desarrollo capitalista periférico y dependiente. La misma situación social está muy vinculada –pero no exclusivamente– con la valorización de determinados recursos naturales en el mercado mundial capitalista, como una extensión particular de la lógica fetichista del capitalismo.

Tan fuerte es esta tendencia que hasta hay quienes creen que ahora el “desarrollo” sí será posible por esta vía. Por ejemplo, en algunas de sus publicaciones, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) plantea la reprimarización (el retorno a la producción de bienes primarios), como una posible estrategia de “desarrollo” para Latinoamérica (Cepal, 2011, p. 21).

Es claro que hoy la actualización del “modelo de desarrollo” ocurre sobre la base de condiciones y dinámicas internas y globales en pleno cambio. Algunas de estas dinámicas son derivadas de las cambiantes situaciones del mercado mundial y de las transformaciones geopolíticas, que están incidiendo en la fluctuación de los precios de las materias primas.

Véase: Estrategias de represión y control social del Estado ecuatoriano – Informe psicosocial en el caso de los Yasunidos (2015). Colectivo de Investigación y Acción Psicosocial, Ecuador. Disponible en: <https://accionpsicosocial.files.wordpress.com/2015/01/informe-psicosocial-en-el-caso-yasunidos.pdf>

También en otras regiones del mundo recobran (mayor) importancia las estrategias de “desarrollo”, basadas en la explotación de recursos naturales, la apropiación y la distribución condicionada de los beneficios.³⁴ En cierto modo, Rusia, Indonesia y, en el futuro, Myanmar forman parte de este grupo de países. Lo importante es destacar que dichas estrategias se relacionan directamente con mantener los modos de producción y de vida del Norte global, sin cuestionar que estos demandan un alto consumo de recursos y que, además, han transformado a muchos recursos naturales, transados en el mercado mundial, en factores de especulación financiera: la perversa “financiarización de la Naturaleza”.³⁵

Esta reciente reprimarización se inició alrededor del año 2000, y se intensificó desde 2003, aunque no fue evidente al principio (en realidad, los aumentos de precios de las commodities empezaron a principios de los noventa y ya, al galope, desde fines del año 2002). El proceso vino de la mano de la transformación de muchas constelaciones y dinámicas globales, todas interrelacionadas. Desde principios del milenio, la demanda global de materia prima agrícola y mineral vivió un auge continuo y, con ello, mejoraron los términos de intercambio reales entre productos primarios e industrializados. En 2008, el precio del crudo (para el petróleo del mar del Norte y su crudo Brent) alcanzó más de USD 133 por barril, luego de haber fluctuado desde USD 23, al final de 2001, y USD 70, a mediados de 2005. Al finalizar 2008, el precio alcanzó USD 40 y volvió a subir hasta USD 125 a principios de 2012. El precio del petróleo volvió a bajar considerablemente a partir de mediados de 2014 hasta menos de USD 40 al final de 2015, y a USD 30 en 2016. Los incrementos de precios fueron aún mayores en los minerales, particularmente metales. Entre los años 2000 y 2011, el índice de recursos naturales de la Agencia Alemana de Recursos Naturales creció en 400 % (en USD nominales). El precio de algunos metales no preciosos, como hierro y acero, y metales –considerados “estratégicos”– se incrementó en más del 600 %.³⁶ Esto muestra la enorme volatilidad de los precios. Ahora, cuando todo indica que ha

34 Véase Fraser y Larmer (2010), Breininger y Reckordt (2012), Pichler (2015).

35 Tricarico y Löschmann (2012), Brand y Wissen (2014), Kill (2015).

36 Información disponible en http://www.bgr.bund.de/DE/Themen/Min_rohstoffe/Produkte/MPI/MPI_PDF.pdf?blob=publicationFile&v=8

iniciado una nueva fase de precios deprimidos, es indispensable un análisis detenido para comprender cuál puede ser su duración y los efectos que provocará en las economías latinoamericanas.³⁷ Y, simultáneamente, hay que estar atentos a los cambios tecnológicos en marcha, sin caer presos del fetiche de la tecnología.

2.1.3. ¿Renacimiento tecnológico del extractivismo?

Hay una creciente relación entre el extractivismo y los avances tecnológicos impulsados por las demandas de acumulación del capital.³⁸ Especialmente en países como Argentina y Brasil, se continúa industrializando la agricultura (p.e. se utiliza soya transgénica o abonos y pesticidas industriales). También en la minería y en la actividad petrolera se trabaja con métodos de explotación de alta tecnología que, por supuesto, como sucede con este tipo de actividades extractivistas, requiere cada vez más energía. Por esta razón, es importante vincular este extractivismo masivo con la ampliación de las plantas de generación de electricidad, sobre todo las hidroenergéticas que, a su vez, provocan nuevas presiones sobre las comunidades y la Naturaleza. Es cada vez más común hablar de proyectos mineroenergéticos, por ejemplo.

De allí que es necesario asumir los cambios tecnológicos en marcha, tanto en el ámbito del mismo neoextractivismo, en donde se ha abierto una etapa de explotación no convencional de los recursos naturales, como en la forma de aprovechamiento y explotación del trabajo humano. En esta línea, aparece el mencionado *fracking* y la explotación de hidrocarburos a profundidades cada vez mayores; la minería hidroquímica a gran escala; las megaplantaciones inteligentes; la nanotecnología, la geingeniería y la bioingeniería. A todos estos “avances” tecnológicos hay que analizarlos a la luz de otras

37 Es posible que los precios y la demanda vuelvan a crecer. Sin embargo, sería un error político y analítico esperarlo, sin tomar las medidas necesarias para reducir la dependencia de este tipo de productos. La diversificación productiva sería un componente para el cambio, especialmente la soberanía alimentaria y el ecoturismo.

38 Cabe anotar que esta relación es de muy larga data. Horacio Machado Aráoz (2014) nos recuerda cómo la minería colonial en América, hace cientos de años, sirvió de terreno fértil para el desarrollo tecnológico de la época

formas de obtención de plusvalor, como las que se consiguen en los mercados de carbono, así como a través de las diversas formas de flexibilización laboral.

Tengamos presente que cada revolución tecnológica implica nuevas técnicas de producción. Por cierto, muchas de estas reflexiones son válidas también para Europa (aquí se desarrolla con creciente intensidad una discusión sobre lo que se conoce como industria 4.0, o sea, se espera en los próximos años un incremento rapidísimo de la productividad industrial por la digitalización; tema bastante desconocido en América Latina). En la actualidad, surgen diversas formas de combinar medios e instrumentos de producción con las más modernas tecnologías; ello incluye avances hasta hace poco impensables, como la impresión en tres dimensiones.

En sintonía con esta aproximación, hay que identificar las nuevas fuentes de energía³⁹ para estimular la producción de bienes y sostener un creciente sistema de servicios, que —dicen— podrían tener costos cada vez más bajos, y tender incluso a cero. Hay que reflexionar en otros ámbitos: en la evolución de la misma extracción de los recursos naturales, la utilización de insumos y materias primas, los nuevos bienes de consumo final, los sistemas de comunicación, los servicios financieros, los sistemas de transporte y almacenamiento. No podemos marginar las nuevas fuentes de información, bases de datos y de su transmisión. Asimismo, hay que considerar los nuevos mercados geográficos (por ejemplo, recordemos lo que representó el ingreso de China a la OMC), o asumidos por estratos de ingreso (aquí se podría considerar esa masa enorme de clase media china, también). Todo esto conduce a nuevas formas de organización empresarial, así como a modificaciones de la institucionalidad del poder global. Es clave conocer cuáles son los elementos tecnológicos del momento y su futuro. Es indispensable entender que estos cambios implican profundas decisiones políticas.

Las transformaciones en marcha son de tal magnitud que configuran “nuevos regímenes de trabajo/tecnologías de extracción

39 Este es un asunto de suma importancia. La literatura al respecto es muy amplia. Mencionemos los aportes de Herman Scheer (1999, 2005), o Jeremy Rifkin (2002, 2014, 2011).

de plusvalía”, que transforman y consolidan las modalidades de explotación y las formas de organización de las sociedades, como anota Horacio Machado Aráoz:

Bajo esta dinámica, el capital avanza creando nuevos regímenes de naturaleza (capital natural) y nuevos regímenes de subjetividad (capital humano), cuyos procesos de (re)producción se hallan cada vez más subsumidos bajo la ley del valor. Ese avance del capital supone una fenomenal fuerza de expropiación/apropiación de las condiciones materiales y simbólicas de la soberanía de los pueblos; de las condiciones de autodeterminación de la propia vida. Y todo ello se realiza a costa de la intensificación exponencial de la violencia como medio de producción clave de la acumulación (2016, p. 462).

El uso de la técnica, en definitiva, ocupa un papel preponderante. Esta –bien sabemos– no es neutra. Por lo tanto, es preciso aproximarse a ella con cautela y sin dejar de analizar sus entretelones. No se trata de una posición conservadora, que rechaza o minimiza el progreso tecnológico, sino acerca de su sentido. Lo que interesa es aceptar que la tecnología moderna está subsumida al proceso de valorización del capital, y se desarrolla en función de sus demandas de acumulación, lo cual puede volverla nociva en muchos aspectos. Y, como tal, presiona masivamente sobre los recursos naturales (por ejemplo, a través de la obsolescencia programada).

En la búsqueda de respuestas a esta ruptura de relaciones con la Naturaleza, nos tropezamos con un patrón tecnocientífico⁴⁰ que, en lugar de construir comprensiones vitales del funcionamiento de la Naturaleza, su metabolismo y sus procesos vitales, irrumpe en ella para explotarla, dominarla y transformarla. Ese parece ser el mandato de la modernidad. Como recordó Vandana Shiva (1996), en los años noventa del siglo pasado,

(...) con el advenimiento del industrialismo y del colonialismo (...) se produjo un quiebre conceptual. Los “recursos naturales” se trans-

40 Sobre esta cuestión, se cuenta con muchas y vigorosas investigaciones de Carlot Pérez, disponibles en <http://www.carlotaperez.org/?l=es>

formaron en aquellas partes de la Naturaleza, que eran requeridas como insumos para la producción industrial y el comercio colonial. (...) La Naturaleza, cuya naturaleza es surgir nuevamente, rebrotar, fue transformada por esta concepción del mundo originalmente occidental en materia muerta y manejable. Su capacidad para renovarse y crecer ha sido negada. Se ha convertido en dependiente de los seres humanos (pp. 319-336).⁴¹

No olvidemos que en toda tecnología hay inscrita una “forma social”, que implica una manera de relacionarnos unos con otros y de construirnos a nosotros mismos. Basta con mirar la sociedad que “produce” el automóvil y el tipo de energía que este demanda.

Sin negar la importancia de los avances tecnológicos, es necesario considerar que no toda la Humanidad se beneficia de ellos. Por ejemplo, segmentos enormes de la población mundial no acceden por igual a la informática ni conocen el internet. Y muchos que lo tienen son analfabetos tecnológicos: están presos de una tecnología que no conocen ni pueden usar a plenitud.

Entonces, cabe pensar cuál es la “forma social” implícita en los avances tecnológicos presuntamente democratizadores, a los que deberíamos enrolarnos todos, cuando realmente muchas tecnologías, tan promocionadas en la actualidad, generan renovadas formas de desigualdad y explotación, así como de enajenación. En la cotidianidad, muchos “avances tecnológicos”, como los que reemplazan funciones del cerebro humano, ocasionan que ciertos trabajadores se vuelvan caducos, y se excluyan o desplacen a quienes no pueden acceder a la tecnología. Todo esto redefine el trabajo mismo, lo traslada al ámbito cognitivo y contribuye a su flexibilización.

Los seres humanos, al parecer, nos volvemos simples herramientas o “apéndices” de las máquinas, cuando la relación debería ser inversa. Desde esa perspectiva, para que exista otro tipo de tecnología (sobre todo tecnologías consideradas como intermedias y que permitan innovaciones desde abajo), hay que transformar las condiciones

41 Aquí cabe rescatar las valiosas reflexiones de Vandana Shiva al respecto en el *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, editado por Wolfgang Sachs en los años noventa del siglo pasado (ver edición en el Perú, 1996).

de su producción social (incluso caminando en sentido “inverso”, al considerar que quizá, en realidad, son las “fuerzas productivas” las que se van ajustando a las relaciones sociales de producción).

Este es otro punto a considerar en los procesos de transformación. El reto consiste en asumir el control sobre las tecnologías, y no que estas nos controlen a los seres humanos, como recomendaba Ivan Illich (2015), uno de los autores que está recobrando renovada fuerza en el marco de los debates sobre el decrecimiento y en la búsqueda de alternativas profundamente transformadoras.⁴²

Entonces, el prerequisite ineludible radica en disponer de sistemas para desarrollar y apropiarse de los avances de la ciencia y la tecnología, que se nutran de manera activa y, por cierto, respetuosa de los saberes y conocimientos ancestrales. Hay que recuperar aquellas prácticas que han perdurado hasta ahora, o que pueden ser aprehendidas conociendo su historia. Estos casos son especialmente importantes, si se considera que muchas de esas experiencias han sobrevivido centurias de colonización y marginación. En paralelo, es pertinente aprender también de aquellas historias trágicas de culturas desaparecidas por diversas razones. Tanto de esas historias fracasadas (incluyendo sus errores, agresiones a la Naturaleza, desigualdad, violencia), así como de los procesos abiertos todavía, es posible obtener elementos para construir soluciones innovadoras frente a los actuales desafíos sociales y ecológicos. Los conocimientos ancestrales nos brindan innumerables lecciones. Muchos de esos conocimientos son aprovechados y patentados por las empresas transnacionales, sobre todo los productos agrícolas, medicinales, andinos o amazónicos (¡o para producir cosméticos!).

A partir de las reflexiones anteriores, se advierte la necesidad de reducir las diversas formas de dependencia existentes (en los campos de la tecnología, los patrones de consumo, los métodos de administración, los sistemas de educación de los valores, normas, expectativas, etc.), para enfrentar los graves problemas acumulados desde la época colonial hasta las actuales repúblicas. Una transformación de la modalidad de acumulación primario-exportadora

42 Se recomienda revisar los valiosos y tan actuales escritos de Ivan Illich (2015). *Obras reunidas*. México: Fondo de Cultura Económica.

es indispensable. Para lograrlo, hay que desnudar las condiciones intrínsecas en este tipo de economías dependientes, antes de diseñar una estrategia que permita, incluso, aprovechar de manera inteligente y sobre todo responsable los recursos naturales, como parte de una adecuada planificación que posibilite arribar a un esquema postextractivista.

Existen alternativas para salir del extractivismo, pero tengamos claro que la salida no implica “más extractivismo” ni tampoco suspender repentinamente todas las actividades extractivistas. Se precisan estrategias claras y sólidas que prevean las transiciones para superar paulatinamente el extractivismo.

2.2. Europa: crisis y política de austeridad, persistencia del “modo de vida imperial”

A diferencia de América Latina, en Europa, bajo los augurios del capitalismo financiero, se ha dado un amplio proceso de integración política, y se han creado efectos de *lock-in* neoliberales (una manera de institucionalización que es difícil cambiar), que se sienten ahora en la crisis y que, aún antes de esta, han venido asegurando los intereses y lógicas dominantes (Buckel y Fischer-Lescano, 2009). Sin embargo, todo ello se viene convirtiendo paulatinamente en un “constitucionalismo de crisis europeo”, cuyo objetivo principal parecería ser conservar las constelaciones de poder, trasladándolo hacia el capital industrial alemán y los actores de los mercados financieros –también en la semiperiferia (Bieling, 2013; Konecny, 2012)–. La respuesta casi incuestionable a la crisis es crecimiento económico. Su supuesta base es la competitividad a cualquier costo, y todo mediante las políticas monetaristas, acompañadas por un desmontaje del “estado de bienestar” socialdemócrata y por una reforma laboral.

La forma político-social es una “revolución pasiva”, en el sentido de Gramsci; o sea, cambios bajo el control de las fuerzas dominantes. La justificación de esta revolución de austeridad señala que los Estados y los consumidores gastan demasiado, y esto es visto como el problema central.

2.2.1. Crisis múltiple y “desvalorización interna”

Mientras en América Latina existían tasas relativamente altas de crecimiento –cuando los precios de las materias primas eran elevados–, en Europa la crisis se impuso en varias fases, pero no con la misma intensidad en todos los lugares.⁴³ Inicialmente, hubo inseguridad y búsqueda de respuestas político-económicas de inspiración keynesiana, para salvar los bancos y conservar los empleos en los sectores económicamente importantes y bien organizados (p.e. fabricación de autos).

En países como Alemania y Austria, los intentos fueron exitosos en relación con los objetivos políticos formulados: mantener los sectores industriales e incrementar la competitividad de sus productos de exportación (Institute of Social Analysis of Rosa Luxemburg Foundation, 2009).

La economía política que inspira la gestión del Gobierno alemán ha ampliado su predominio en Europa. Curiosamente –o por esa misma razón–, los elementos más complejos de la crisis aún no se manifiestan en ese país, sino que se trasladan a otras regiones. El “merkelismo”, como gestión de crisis, configuró la imagen de la canciller Angela Merkel como alguien por encima de la sociedad, que fomenta en amplios sectores una actitud pasiva: cuando la sociedad presenta demandas, el gobierno las retoma selectivamente y las minimiza, para así asegurar su poder político; proceso que Sander (2015) denomina “desmovilización asimétrica”.⁴⁴

43 En el presente trabajo, utilizamos un concepto amplio de “crisis”, comprendiéndola como una “crisis múltiple” (Demirovic et al., 2011; con miras a Europa y América Latina, Peters, 2014). Sin embargo, en este subcapítulo, nos concentraremos en las dimensiones económicas y financieras más propiamente dichas que constituyen el centro de los debates y políticas actuales, porque afectan a las condiciones y los modos de reproducción de actores que son capaces de articularse políticamente (textos en Atzmüller et al., 2013). Así, bajo una perspectiva económica, y de manera muy general, podemos considerar a las crisis como momentos donde la acumulación capitalista sufre interrupciones temporales.

44 De alguna forma, se da también en América Latina, cuando se justifica más y más extractivismo con el argumento de que se requiere recursos para políticas sociales (que influyen clientelaramente en esas sociedades).

Más tarde, se impusieron las políticas de austeridad neoliberales en los países altamente endeudados del sur de Europa. El Gobierno alemán y la Comisión de la Unión Europea se transformaron en sus principales promotores. En este contexto, surgió la llamada “troika”, compuesta por el FMI, el Banco Central Europeo y la propia Comisión de la UE.⁴⁵

Vale recordar que en los años noventa se acordó el Pacto Europeo de Estabilidad y Crecimiento. La introducción del Sistema Monetario Europeo –con el euro en el centro– imposibilitó que las economías más débiles en el sur del continente aumentara la competitividad (al menos temporal) de sus exportaciones, a través de una devaluación de su moneda. A partir de entonces, la estrategia principal era endeudarse y fomentar una “devaluación interna” (Marterbauer y Oberndorfer, 2014); es decir, disminuir los costos de producción, mediante bajos salarios y el desmantelamiento del seguro social.

No hay que olvidar que los países “más avanzados” del norte de Europa prestaron a manos llenas a los “menos avanzados” (mediterráneos), lo que sirvió para que estos les compraran mercancías en masa. La deuda de los “sureños” aumentó exponencialmente hasta que reventó... y ahora les culpan por su “exorbitante consumo”. Alemania, Austria, Holanda y demás ganaron por los dos lados: préstamos otorgados a los sureños (es cierto que las tasas de interés fueron relativamente bajas... pero ahora, a la hora de cobrar, viene la gran ganancia), y demanda fabulosa de bienes del norte por los del sur (ejemplo de una nueva modalidad de intercambio desigual: Grecia es el caso más patético).

En el marco del mencionado Pacto Europeo de Estabilidad y Crecimiento, en el 2011 se decidieron las medidas del “Sixpack” y del “Pacto del Euro” (Konecny, 2012). Estas políticas no conducían a regular ni a reducir o contraer el mercado financiero, sino a adquirir más deudas públicas para salvar a los bancos, a más de bajas salariales y una mayor desregulación de los mercados laborales; es decir, para provocar los efectos deseados en competencia, crecimiento y estabilización. En pocas palabras: mientras la crisis financiera y bancaria se volvió una crisis de endeudamiento de los Estados, estos propiciaron una resolución que cargaba el peso sobre los sectores

45 Birske (2012), Stütze (2013), Bieling (2013).

asalariados, jubilados y otros segmentos pobres de las sociedades europeas; por supuesto, con impactos mucho más duros en los países del sur de Europa, como Portugal, España y Grecia.

El motivo promotor de la gestión europea para enfrentar la crisis fue garantizar, pero, además, profundizar la acumulación de capital, con fuertes tendencias a liberalizar mercados, privatizar y desregular. Sin embargo, también para fracciones importantes del capital, especialmente para el capital financiero, la crisis no ha sido superada. En la Unión Europea se observa la estructura centro-periferia incluso en términos de poder: al centro se le perdonan cosas que no se le perdonan a la periferia, en una “crisis de la deuda” que se conoció bien en América Latina: el caso de Grecia, que es definitivamente paradigmático.

Ahora bien, existen cambios políticos gubernamentales que han impactado –en algo– a las instituciones políticas europeas y los debates –p.e. en Grecia y Portugal, y a escala local y regional, en España–. No obstante, hasta ahora –si dejamos de lado el Brexit y otras intenciones de separación de la Unión Europea, como la latente en Grecia y España–, no se cuestionan en profundidad las constelaciones de poder de la troika ni las restricciones económicas y políticas externas de cualquier alternativa (Schneider, 2016). Precisamente este cuestionamiento de fondo sería la condición previa fundamental para llegar a otras políticas orientadas a enfrentar la crisis, teniendo un horizonte de largo plazo. Esto implica construir una concepción estratégica en la que se inscriban mayores inversiones públicas y en sectores socioecológicos, políticas de redistribución de arriba hacia abajo, frenar la financiarización, introducir nuevas políticas de tiempo de trabajo, y mucho más.

El problema en Europa no es la deuda ni solo el euro. Los problemas tienen que ver, por un lado, con el libre movimiento del capital, que permite a los actores financieros poderosos actuar en contra de cualquier gobierno de izquierda; por el otro, con la desindustrialización de ciertas regiones y la superindustrialización de otras, lo que provoca desigualdad y dependencia, así como –relacionado con eso– la incapacidad de superar las restricciones económicas externas, para enfrentar el poder del capital transnacional, ligado con las

relaciones de poder nacionales existentes. Además, hasta ahora los sindicatos de los países económicamente fuertes –como Alemania o Austria– prefieren un “corporatismo de competitividad”, a costa de otras regiones y de otros trabajadores.

En este sentido, las discusiones actuales dentro de la izquierda acerca de un “plan A” (democratizar a la Unión Europea) o un “plan B” (salir del euro⁴⁶ o, incluso, de la Unión Europea) son insuficientes si no consideran estas restricciones estructurales (Schneider, 2016). Con el referéndum en Gran Bretaña por el Brexit, constatamos que este tema está promovido por las fuerzas más conservadoras, aunque no podemos desconocer propuestas de *exit* de algunas izquierdas.

Hasta ahora, en Europa, “estabilidad” significa estabilizar los precios, pero también profundizar las políticas neoliberales. Si se concreta el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (ATCI o TTIP, por sus siglas en inglés), estas pretensiones se consolidarían aún más.

Pese a todo lo mencionado, podemos hablar de una crisis de hegemonía del neoliberalismo, pues este

(...) está perdiendo su capacidad de convencer a amplios sectores de la población. De hecho, los proyectos neoliberales impuestos en el marco de la Unión Europea, el monetarismo de la Unión Económica y Monetaria, la liberalización de los mercados (incluso el de los productos financieros) y la integración periférica de Europa del Este y del Sur han perdido gran parte de su atractivo (Marterbauer y Oberndorfer, 2014).⁴⁷

Un aspecto es fundamental para la temática que aquí tratamos: aparte de la crisis financiera y económica en un sentido estrecho, en términos más amplios –como ya anotamos antes– podemos perfectamente hablar de una crisis múltiple (Demirović, Dück, Becker, &

46 Este tema representa una cuestión de mucha importancia en Europa y en países como Ecuador que han perdido su moneda nacional. Al respecto, se puede consultar la reflexión de Schuldt y Acosta (2016), que proponen una opción para recuperar, al menos, espacios de soberanía monetaria, recogiendo valiosas propuestas y discusiones europeas.

47 Véase también Buckel y Fischer-Lescano (2009), Candeias (2011), Sander (2015).

Bader, 2011). En efecto, no solo existe la crisis socioecológica, sino también una crisis persistente de la reproducción (sobre todo relacionada con la división de trabajo entre hombres y mujeres). Y, como efecto de las tendencias a caer en políticas autoritarias y de debilitar la representación de la población asalariada, también la democracia parlamentaria atraviesa momentos en extremo difíciles.

Esta situación crítica de la representación política se manifiesta en el auge de partidos políticos nacionalistas y de extrema derecha, en varios países europeos. No obstante, se debe destacar que, con ocasión de las elecciones europeas en 2014, “en aquellos países en los que los partidos políticos se empeñan de manera creíble en trabajar por una política económica progresista coherente, el aumento de la extrema derecha fue mínimo” (Marterbauer y Oberndorfer, 2014). En efecto, las elecciones en Grecia, en enero de 2015, confirmaron este fenómeno, aunque luego el Gobierno griego se alejó de lo que podría considerarse una política “progresista coherente”. Quedó demostrado que, con el referéndum que se ganó y no se cumplió, lo que cuenta no es la voluntad popular de la periferia sino la de las élites del centro, simbolizadas en el Eurogrupo.

En general, el manejo de la crisis en Europa bloquea las posibilidades de superarla. Las políticas de austeridad no son una forma sólida de manejarla pues, de hecho, se ha generado una especie de “estatismo autoritario de competencia” (Oberndorfer, 2015).⁴⁸

Desde mediados de 2015, emerge una nueva dimensión en esta compleja y crítica situación europea que domina, desde entonces, todas las discusiones y prácticas políticas y sociales europeas: la llegada de refugiados y desplazados del Oriente Medio y de África. Sabemos que en ese año, 1,3 millones de refugiados pidieron asilo político en países de la Unión Europea (480 000 en Alemania). Casi un millón cruzó el mar Mediterráneo y 850 000 entraron por

48 Etienne Schneider (2016) ve una salida de la crisis actual en la cooperación de posibles gobiernos de izquierda en el sur de Europa (incluyendo Francia y Italia), en contra de la política de austeridad del Gobierno alemán, con la perspectiva de una desintegración cooperativa del euro. Actualmente, esta estrategia no es posible y puede implicar algunas desventajas para las poblaciones de los países. No obstante, esta perspectiva sublima la dicotomía problemática entre una “idea abstracta” de Europa y “volver al Estado nacional”.

Grecia. Para nuestro tema de la crisis del capitalismo neoliberal y la búsqueda de alternativas, este fenómeno es importante.

Después de una ola enorme de solidaridad en muchos países, que forzó a sus gobiernos a mantener una posición muy abierta (la famosa “cultura de bienvenida”), la situación cambió a inicios de 2016. Ya desde antes, la extrema derecha —posicionada en gobiernos como el de Polonia y el de Hungría— trató de aprovecharse de la situación, al crear “un otro” amenazante (los migrantes), para consolidar sus bases. Ahora, esta tendencia xenófoba se fortalece también en países más o menos abiertos, como Alemania, Austria y Suecia. Una de las razones es el miedo generalizado —apalancado también por los resultados de las políticas neoliberales de polarización, desempleo, precarización y recelo a lo nuevo—, cuando se presenta a los refugiados como posible competencia en los mercados laborales, o como una carga para las finanzas públicas, viviendas y otras cuestiones, como los servicios sociales. A lo anterior se suman las amenazas “terroristas”, a las que se presenta normalmente como un problema exógeno y que encuentra en los migrantes/refugiados sus actores directos.

El miedo es un elemento que complica el momento de pensar en transformaciones sociales. Ese recelo a lo extraño, como se ha visto a lo largo de la historia, puede ser el origen de renovados conservadurismos o, incluso, fascismos.

Los gobiernos no solo restringen el derecho al asilo político y el acceso a la infraestructura social y la satisfacción de las necesidades básicas, sino que promueven recortes neoliberales en los sistemas sociales (p.e. en Austria se produce un ataque abierto al sistema de pensiones, desde la derecha conservadora neoliberal en coalición con la extrema derecha). Eso va a agudizar aún más la tendencia xenófoba.

En suma, a propósito del movimiento de los refugiados, se está perdiendo una oportunidad histórica para repensar las sociedades europeas y sus modos de producción y vida. No se observan muestras claras de que Europa esté preparada para integrar a personas que se vieron forzadas a abandonarlo todo en sus países, por guerras y herencias coloniales, de las cuales también los países europeos son responsables.

Otra dimensión de la crisis —aunque en muchos aspectos no es tan visible en Europa, en comparación con otras partes del mundo,

por el uso de mecanismos de externalización— es la persistente crisis ecológica. En este campo, asimismo, se evidencia una “crisis del manejo de la crisis”; es decir, es obvio que las formas que se introdujeron en la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en 1992, no funcionan. La idea, en especial, del Convenio sobre Biodiversidad y sobre Cambio Climático planteaba que los gobiernos desarrollaran un marco en el cual los actores sociales y económicos se orientaran hacia la sustentabilidad. Se esperaba que empresas y consumidores, así como los pueblos indígenas, sintonizaran con los conceptos fundamentales del Convenio sobre Biodiversidad.

Esas aspiraciones se vieron truncadas cuando el crecimiento y las nuevas tecnologías aparecieron como los grandes temas para enfrentar la crisis ecológica. El Protocolo de Kyoto de 1997, con objetivos más concretos para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, no estableció instrumentos de sanción en el caso de incumplir sus acuerdos. Se subestimaron las dinámicas e intereses no sustentables provenientes del modo de vida imperial, que analizaremos más adelante, que desataron las lógicas neoliberales de cosificar y mercantilizar cada vez más a la Naturaleza.

En 1992 no se podía advertir el auge espectacular de los países “emergentes”, que empezó a mediados de los noventa, con sus implicaciones para el uso de recursos naturales, ecosistemas y su capacidad de resiliencia. La falla más grave de esta “gerencia de recursos global” (*global resource management*, Brand y Görg, 2003) fue no intentar transformar el modo de producción y de vida. Al contrario, se espera que mediante su “modernización ecológica” los problemas se puedan resolver. El capital y las dinámicas capitalistas no son vistos como problema, sino como solución, en tanto motor de cambio.

Como analizaremos en el punto 2.3., en la 21ª Conferencia sobre Cambio Climático (COP 21), en París, al final de 2015, esta posición dominante de mercantilización y cosificación de la Naturaleza se mantuvo vigente.

Vemos, pues, que la crisis efectivamente es múltiple; afecta a las esferas económica, política, social y hasta cultural. Esto no debería sorprendernos. ¿No es acaso la propia expansión *ad infinitum* del capitalismo la que —incluso mediante guerras— ha generado esta crisis

civilizatoria? ¿No es el propio capitalismo el causante de sus crisis, y lo será también de su muerte? ¿Y será que su muerte nos lleva a una catástrofe planetaria: al fin de la especie humana?

Desde la perspectiva del decrecimiento, es totalmente pertinente cuestionar la expansión capitalista *ad infinitum*. Pero cabe recalcar que tal perspectiva no es ninguna novedad. Tiene historia, como veremos más adelante, sin pretender agotar la multiplicidad de temas que implicaría este cambio de alcance civilizatorio. En un pasado reciente, surgieron enfoques similares, en particular, en épocas de crisis (Markantonatou, 2013; Schmelzer & Passadakis, 2011). El debate actual surge de una globalización capitalista eminentemente desigual en espacio y tiempo, y de un modo de producción y de vida basado en energías fósiles, industrialización y creciente acaparamiento de tierras. El “debate del decrecimiento” adquiere más importancia desde 2008, cuando esta forma de globalización capitalista desencadena o acentúa una crisis profunda en muchas regiones del mundo.

La situación es tan difícil que puede, incluso, generar desplazamientos entre diferentes dimensiones de la crisis; fenómeno que se manifiesta con mayor claridad en el tema del enfoque en el crecimiento sostenido tanto por neoliberales como por keynesianos, y que prácticamente no se cuestiona. En su exposición en la Conferencia sobre el Decrecimiento, en septiembre del 2014, Haris Konstantatos, de Grecia, presentó tres posibles caminos para Europa:

1. El “*business as usual*”, o todo como siempre; es decir, una continuación de la política de austeridad;
2. El “productivismo progresista”, que sería la variante favorecida por visiones socialdemócratas; y
3. La transformación socioecológica de alcance civilizatorio (Brand y Wissen, 2015; Brand, 2016b).

2.2.2. Estabilización mediante el “modo de vida imperial”

La conservación y expansión global de modos de vida imperiales, es decir, el sostenimiento del *statu quo*, resulta posible en un momento –como el actual– de estabilización relativa y de consenso pasivo en

amplios sectores de la población (Brand y Wissen, 2012).⁴⁹ En realidad, los modos de vida imperiales ya eran parte de la colonización desde el siglo XVI, y también del sistema capitalista mundial del siglo XIX. Pero en aquellas épocas se limitaban a las clases superiores. No alcanzaron un nivel hegemónico, pues no llegaron a determinar la reproducción de la mayoría de la población y de sus prácticas cotidianas. Fue recién a mediados del siglo XX que, mediante los modos de vida imperiales, las constelaciones capitalistas se arraigaron en la vida diaria de las personas en el Norte global: los automóviles, el consumo de carne, los productos industriales, casas unifamiliares, etc. (Altvater, 1993; Mitchell, 2009). Paulatinamente, esos modos de vida también aparecieron en el Sur global, ya no solo entre las élites dominantes. De hecho, el obvio atractivo del modo de vida imperial para las clases medias es, también, una causa de la hegemonía del neoextractivismo, en tanto implica obtener los recursos que permitan financiar dichos estilos de vida.

El modo de vida del Norte global es “imperial”, pues —asegurado por medios políticos, jurídicos y/o violentos, y empujado por los intereses del capital en su acumulación— presupone el acceso ilimitado a recursos naturales, espacio territorial, fuerza laboral y sumideros de contaminación (*pollution sinks*), en otros lugares. Durante mucho tiempo, el desarrollo productivo y del bienestar de las metrópolis se basaba en un orden global de recursos altamente ventajoso para ellas (Altvater, 1993); ello permitió su surgimiento como potencias, incluso de alcance global.

El inmenso crecimiento económico accionado por el capitalismo conllevó la explotación, a gran escala, de recursos naturales fósiles, como carbón y, más tarde, petróleo, y también a la generación de sumideros de contaminación globales, como los océanos. Lo importante era que en los mercados globales de materias primas minerales y de productos agrarios existiera un excedente permanente de recursos naturales baratos. El dominio militar y político de los diversos Estados imperiales de Occidente y la competencia entre

49 Utilizamos el concepto en un sentido amplio que incluye, también, la producción y el trabajo asalariado como las formas de reproducción individual y social, mediante trabajos no asalariados, y el consumo de bienes y servicios.

ellos provocaron una constelación de cambiante conflictividad y estabilidad a nivel político mundial. Ello se manifestó, también, en el conflictivo acceso a recursos naturales baratos (p.e. petróleo).

En el proceso de globalización, el modo de vida imperial se consolidó en dos direcciones. Por un lado, se reestructuró e intensificó la explotación de recursos naturales globales y de la fuerza laboral, a través del mercado mundial. Así las cosas, los patrones de producción y de consumo, basados en energías fósiles, no solo perduraron más allá de la crisis económica de los años setenta, sino que se intensificaron. Por otro lado, como consecuencia de su liberalización, el tráfico aéreo creció dramáticamente. En ese contexto, la globalización aumentó la disponibilidad de productos industriales baratos y expandió la agricultura industrializada. De igual manera, en países como China, Brasil o India se formó un amplio estrato medio y alto, que copiaba modos de vida “occidentales”.

Ahora bien, al calificar los modos de vida fordista y postfordista de “imperiales”, no negamos o menospreciamos las poderosas estructuras de violencia abierta o estructural que volvieron a aflorar, especialmente después del 11 de septiembre de 2001. Tampoco se trata de moralizar y reprochar “en abstracto” las costumbres de consumo y modo de vida de los sectores asalariados de las metrópolis capitalistas, y de los estratos medios y altos en los países (semi)periféricos. Las brechas entre Norte y Sur, entre arriba y abajo, entre explotadores y explotados, entre hombres y mujeres, perduran y se reproducen de manera particular en la extracción masiva de recursos. De todas formas, consideramos adecuado el uso del término “modo de vida imperial”, para establecer una relación entre las prácticas de vida cotidianas comúnmente aceptadas, la crisis ecológica, las crecientes brechas sociales y las progresivas tensiones abiertamente imperiales a nivel político internacional, en el marco de una violencia estructural múltiple y cada vez más explosiva.

El concepto “modo de vida imperial” requiere precisarse también en otro sentido. Debemos analizar, por ejemplo, qué “proporciones imperiales” tienen las formas de dominación en cuanto a clases, género y etnias, y cuáles son las contradicciones que surgen de estas formas. Asimismo, es importante no restringir la forma de

vida imperial al consumo, sino verla más ampliamente, para analizar cómo las personas manejan las múltiples contradicciones que marcan su vida. Con el concepto “modo de vida imperial”, de ninguna manera se pretende obviar que, hoy en día, a través de las cadenas de valor agregado y su enfoque en el beneficio económico, el capitalismo prácticamente obliga a las personas a llevar determinados estilos de vida y a aceptar determinados esquemas de producción y distribución de bienes y servicios.

Lo que es necesario señalar es que ahora existen muchas alternativas que buscan romper las exigencias de los modos de vida predominantes en la actualidad. Y, finalmente, es indispensable estudiar, con mayor detalle, la pregunta acerca de si las rupturas que la crisis actual viene generando tal vez son más amplias de lo que hasta ahora suponemos (Brand, 2015a).

Este aspecto es importante para la constelación actual, pues la normalidad del modo de vida imperial actúa como filtro para la percepción y el manejo de la crisis. Por ejemplo, al menos en el Norte global, la crisis ecológica se ve mayoritariamente como un problema medioambiental y no como una crisis social integral. Ello conduce a que, en la gestión de la crisis, sigan predominando patrones de mercado (p.e. todo lo que conforma la llamada “economía verde”, que abre la puerta al comercio de derechos de emisión en la política climática, para citar apenas un elemento). Las personas que defienden una modernización integral o un *green new deal* o “economía verde” tampoco cuestionan a fondo esta situación (Lander, 2011; Moreno, 2013; Salleh, 2012; Brand y Lang, 2015).

Así, el discurso reinante en el Norte global reconoce la existencia de una crisis ecológica, pero de una manera que no cuestiona los patrones productivos y de consumo que, precisamente, la han provocado; al contrario, los conserva y eterniza, mediante su modernización ecológica selectiva (Brand y Wissen, 2015).

2.2.3. El desperdicio entre el negocio y la crisis planetaria

Este es un punto que trasciende los espacios del extractivismo en el Sur global y la misma crisis europea. Como resultado del proceso de

crecimiento y acumulación del capital, es cada vez más impactante e inocultable la contaminación global, expresada, sobre todo, por el creciente volumen de todo tipo de desechos y basura.

En el ámbito del extractivismo, los volúmenes de destrucción y contaminación son ya monstruosos. Por ejemplo, en el año 2015, para extraer en Chile 5,8 millones de toneladas de cobre, se sacaron entre 700 y 800 millones de toneladas de residuos y desperdicios (Sernageomin, 2015), altamente contaminados. Recordemos que se “gana” el cobre mediante procesos químicos. Esta cantidad inimaginable de residuos se deposita en grandes montañas de escombros o enormes estanques de desechos contaminantes, muchos sin “propietario”; o sea, sin responsabilidad para las empresas que pusieron los residuos, y cuyo lastre pesa por decenas o cientos de años a los países extractivistas.

Este desperdicio, en términos amplios, presente también en el gasto excesivo o en el subconsumo de mercancías, constituye parte del motor del capitalismo. Y aunque puede resultar paradójico, los desechos y la basura son también objetos de acumulación del capital. Las posibilidades de negocio en los procesos de reutilización o reciclaje de materias primas o, incluso, en “el minado” de la basura son enormes. Basta ver la multiplicidad de negocios en este ámbito, que en su mayoría poco tienen que ver con el aprovechamiento sostenido de dichos desperdicios. Es más, con mucha frecuencia, estos negocios someten, directa o indirectamente, a seres humanos y a territorios a condiciones de precariedad extrema. Son negocios muchas veces ilegales, que han construido una suerte de economía criminal, tanto por las condiciones de salud, como por el uso de la violencia que la ilegalidad impone, por el tráfico de personas, el trabajo infantil, las condiciones de trabajo inhumanas, etc.

El pivote de este proceso —no lo olvidemos— es la presión para asegurar un crecimiento económico incesante, azuzado por las demandas de acumulación sin fin del capital. Un ejemplo a una escala planetaria sobre cómo el desperdicio se convierte en negocio es el que tiene que ver con el procesamiento de combustibles fósiles. No se puede seguir consumiéndolos si no se quiere seguir carbonizando la atmósfera. Sin embargo, en lugar de reducir la producción y el

consumo, ha surgido un nuevo negocio alrededor de ese desperdicio: “el mercado de carbono”.⁵⁰

Para poder continuar con esta reflexión, preguntémosnos sobre lo que significa el desperdicio en el mundo en que vivimos. Jürgen Schuldt (2013), en un trabajo notable, nos habla de “la civilización del desperdicio”. Él llama la atención sobre el derroche y el desperdicio de dinero y mercancías en los procesos de producción, consumo y comercio. Es más, nos habla de “sus graves consecuencias económicas, psicológicas, sociopolíticas, culturales, medioambientales y éticas” (p. 9).

El planeta es visto como un reservorio de bienes materiales inagotable. Ese es uno de los mensajes del extractivismo desbocado. A esta conclusión también se puede llegar desde la lectura crítica de las políticas de marketing y de publicidad masiva y alienante, analizadas por la psicoeconomía, que de manera desembozada alientan el consumismo y su contracara, el desperdicio. Parecería que no hemos entendido que el mundo tiene límites biofísicos que ya están siendo sobrepasados, y que es imposible imaginarnos una sociedad mundial en la que todos sus miembros puedan consumir como las élites del planeta.

Schuldt asume que gran parte de esos gastos exagerados y los crecientes desperdicios puede ser evitable. Vivimos una situación indignante, nos dice, en que “en un mundo globalizado, coexisten la abundancia exagerada con la escasez extrema, la riqueza inconmensurable con la pobreza abyecta” (2013, p. 9). Apenas el 1 % de la población del planeta posee más riqueza que el 99 % restante, según datos de Oxfam (2016). De acuerdo con esta misma fuente, en 2015, apenas 62 personas poseían la misma riqueza que 3 600 millones (la mitad más pobre de la humanidad). En solo cinco años, la riqueza en manos de esas 62 personas más ricas del mundo se incrementó en 44 %, mientras que la riqueza en manos de la mitad más pobre del planeta se desplomó en 41 %.

Las tensiones sobre los limitados recursos son un asunto aún más indignante, si vemos cómo funciona la obsolescencia programada

50 Sobre este particular se puede consultar el trabajo de Larry Lohman (2012), y de Moreno, Speich, y Fuhr (2015).

de muchos productos y la creciente inutilidad de algunos de ellos, como sucede con los teléfonos “celulares inteligentes”: su vida útil está predeterminada de antemano, para asegurar una creciente velocidad en la circulación de su mercantilización, lo que demanda cada vez más materiales; mientras tanto, las posibilidades de utilización plena de la tecnología disponible en esos aparatos de comunicación resulta una quimera.

El modo de vida consumista y depredador –generalizado en las élites del Norte y del Sur, y que guía el accionar de miles de millones de personas– está poniendo en riesgo el equilibrio ecológico global, y margina cada vez más masas de seres humanos de las (supuestas) ventajas del ansiado progreso. Según la FAO (Schuldt, 2013, p. 10), en un mundo donde la obesidad y el hambre conviven, al año se desperdician más de 1,3 mil millones de toneladas de alimentos perfectamente comestibles, que pueden nutrir a 3 mil millones de personas. El desperdicio se distribuye sorprendentemente de manera bastante equilibrada: 670 millones en el Norte global y 630 millones en Sur global, incluyendo los países más pobres del planeta. El 70 % de los cereales que se negocian en el mundo están determinados por lógicas especulativas. Se producen alimentos para los autos y no para los seres humanos, llámeselos agro o biocombustibles. La orientación hacia la ganancia y la falta de infraestructuras, por malas políticas públicas, ocasiona que, en la India, un tercio de los alimentos se estropeen antes de llegar al consumidor.

Cada vez se destinan más y más extensiones de tierra para una agricultura fundamentada en los monocultivos, lo que ocasiona la pérdida acelerada de la biodiversidad. Los organismos genéticamente modificados (OGM) y sus paquetes tecnológicos hacen también lo suyo. Toda esta combinación de acciones ha conducido, desde inicios del siglo XX, a la pérdida del 75 % de la diversidad genética de las plantas. En la actualidad, de acuerdo con los datos del Ministerio de Agricultura de Alemania, el 30 % de las semillas están en peligro de extinción. Mientras el 75 % de la alimentación del mundo se asegura con doce especies de plantas y cinco de animales; solo tres especies –arroz, maíz y trigo– contribuyen con cerca del 60 % de las calorías y proteínas obtenidas por los humanos de las plantas. Apenas el 4%

de las 250 mil o 300 mil especies de plantas conocidas son utilizadas por los seres humanos. Según Maristella Svampa (Brand, 2016c), en Argentina, 22 millones de las 33 millones hectáreas disponibles para la agricultura fueron convertidas en cultivos de soja transgénica. Y en este escenario, cuando el hambre azota a unos mil millones de personas en el mundo, vemos cómo los grandes conglomerados transnacionales de la alimentación, como Monsanto, siguen concentrando su poder a través del control de las semillas.

El agua también es otro patrimonio en riesgo, además de presentar niveles de una enorme desigualdad en su distribución y de un uso cada vez menos justificable. Jürgen Schuldt (2013, p. 37) es categórico a propósito del desperdicio del agua:

(...) el tristemente conocido uso exagerado del agua, en el que las tuberías o los caños no solo gotean por desperfectos, sino que son reflejo de la actitud de muchas personas que dejan correr el líquido en demasía para regar el jardín y para lavar ropa, utensilios o su propia persona. Es obvio que tiene que perderse necesariamente una cierta parte, aunque hay casos en que se puede volver a utilizar. (...) Se estima que el 85 % del agua de uso doméstico termina malgastado en el mundo. En el Perú, mientras el 30 % no tiene acceso al agua, el desperdicio sería del 40 % (con una norma «permisible» a nivel mundial del 20 %), básicamente por falta de mantenimiento de las redes; en donde el colmo es que los que viven en zonas residenciales pagan 3,20 soles por metro cúbico, mientras que en los barrios marginales el costo es de 33 soles (sin garantía alguna de su «potabilidad»).

Sumemos a lo anterior otros usos realmente insostenibles e intolerables. El sobreconsumo y desperdicio de agua, en especial, en actividades industriales es gigantesco. Hay que considerar, asimismo, el desperdicio generado por los precarios sistemas de distribución de aguas. Las actividades extractivas —minería, petróleo, monocultivos—, a su vez, son grandes responsables de las formas más perversas de desperdicio sistemático del agua, por la contaminación a gran escala de las aguas de superficie y subterráneas (a lo que cabría añadir la contaminación masiva del aire y de los suelos).

Lo que sucede con los alimentos y el agua acontece con las medicinas, la energía, la vestimenta, el papel, el plástico, productos electrónicos, vehículos, construcciones de todo tipo, ollas... Toda esta composición de desperdicios es provocada por el sobregasto y por la “capacidad ociosa de consumo”, al decir de Jürgen Schuldt (2013).⁵¹ En esa línea, siguiendo a este mismo autor:

(...) para poder avizorar un panorama completo de la basura que se vierte en el mundo, puede ser útil tener una idea de los montos de que se trata. En el año 2007, según *The Economist* (2008a), se generaron 2.120 millones de toneladas de basura a escala mundial (Medina, 2008). Gran parte de ella (alrededor del 26 % en 2009) responde a tres países: Estados Unidos, China e India. De ese total de basura, generada en el año 2007, 566 millones corresponden a los países de altos ingresos, 986 millones a países de ingresos medios y 569 millones a los de bajos ingresos. En los países más desarrollados es donde más residuos sólidos por habitante se generan. En términos per cápita, tenemos que la basura que producen las personas de los países de altos ingresos equivale a 1,4 kilos por día; los de medianos ingresos, 800 gramos/día y los de bajos ingresos, 600 gramos/día (pp. 29-30).

Más allá de que la noción del desperdicio sea, en gran medida, connatural al capitalismo, el concepto de la basura revela la ruptura de las relaciones entre las sociedades humanas y la Naturaleza. Esta ruptura se vuelve un problema mayor con la industrialización y, peor aún, en la actualidad, con la era de la cibernética. Ahora, por ejemplo, los aparatos electrónicos después de muy poco tiempo ya resultan obsoletos:

51 Este autor diferencia el subconsumo microeconómico relativo, que se refiere al desperdicio de bienes perecederos: alimentos, bebidas, medicamentos; de la capacidad ociosa de consumo, que trata del desperdicio de bienes duraderos: artefactos electrónicos, maquinaria, ropa, papel. Anota, asimismo, la existencia de un subconsumo microeconómico absoluto, cuando el ser humano no puede acceder a esos bienes por no poseer el poder de compra o porque le está vedado conseguirlos (por la destrucción de su chacra, por ejemplo), lo que provoca pobreza extrema, desnutrición, enfermedades, etc.

(...) la basura electrónica contiene metales pesados y sustancias químicas tóxicas persistentes que no se degradan con facilidad en el ambiente entre los cuales podemos identificar plomo, mercurio, berilio y cadmio. Como estos aparatos han sido diseñados utilizando tales sustancias, cuando son desechados, no pueden ser dispuestos o reciclados de un modo ambientalmente seguro (Frers, 2010).

El problema radica en el imparable proceso de ruptura de los procesos metabólicos. Los combustibles fósiles y toda la organización socioeconómica-política-cultural a su alrededor juegan un papel central, por la creciente generación de desechos no biodegradables. La acumulación de basura está alterando no solo la química del planeta, sino también sus formas: montañas de basura, islas de basura; de hecho, ahora ya se habla del “Octavo Continente” o “Basural del Pacífico Norte”.⁵²

Schuldt (2013) plantea reflexiones para entender sus causas y muchas propuestas urgentes para contribuir a su resolución, que abarcan los ámbitos local, nacional y global; propuestas que no se explicita aquí, porque superan los objetivos del presente ensayo. Schuldt, en sus trabajos, detalla una larga lista de posibilidades de acción, en procura de

(...) encontrar nuevas formas de convivencia humana y con la Naturaleza desde la perspectiva de la dinámica específica de la actual civilización, que no cubre las necesidades axiológicas y existenciales del ser humano, ni potencia sus capacidades y realizaciones, a la vez que irrespeta los Derechos de la Naturaleza, en un planeta cada vez más estrecho, sobreexplotado y contaminado (p. 9).

2.3. Alcances de la Cumbre de Cambio Climático, COP 21 (París, 2015)

Sin duda, hoy, la lucha en contra del cambio climático es crucial para mucha gente y muchas regiones afectadas y, a mediano plazo,

52 Gigantesca mancha de basura que flota en el océano Pacífico, de la cual cuatro quintas partes son de plástico, con una extensión de 700 mil kilómetros cuadrados, casi tres veces el Ecuador.

para gran parte de la población global y para múltiples especies; tal vez para toda la vida humana en el planeta. El cambio climático es un efecto directo del capitalismo industrial (y del socialismo realmente existente, que también intentó dominar y explotar a la Naturaleza), que se basa en la combustión de materia prima fósil, como en el modo de vida imperial.

En 1992, un paso político importante era firmar la Convención Marco de las Naciones Unidas contra el Cambio Climático, que –después de ser ratificada por una cantidad mínima de países– entró en vigor en 1994. Según el Protocolo de Kyoto, de 1997, los gobiernos acordaron reducir las emisiones globales, entre 1990 y el período 2008-2012, en 5,2 %. Las reducciones –de seis gases de efecto invernadero– debían efectivizarse en los 41 países industrializados, considerando que los países “en vías desarrollo” podían aumentar sus emisiones.

Lo que interesa es saber si las últimas negociaciones están a la altura de los problemas. Preguntemos cuál es el estado de las resoluciones globales para enfrentar los retos del cambio climático, en especial lo que se avanzó en la COP 21. ¿Qué es lo que se logró en esa cumbre? ¿Cuánto se avanzó? ¿Es justificado el entusiasmo con el que se recibieron sus resultados?, pueden ser algunas de las interrogantes iniciales.

A primera vista, es importante lo que se consiguió en París. Hay avances. El Acuerdo de París formula un objetivo potente:

Mantener el aumento de la temperatura media mundial muy por debajo de 2 °C con respecto a los niveles preindustriales, y proseguir los esfuerzos para limitar ese aumento de la temperatura a 1,5°C con respecto a los niveles preindustriales, reconociendo que ello reduciría considerablemente los riesgos y los efectos del cambio climático (...) (Artículo 2 del Acuerdo de París).

Los gobiernos convinieron establecer objetivos y medidas individuales: la famosa “contribución determinada a nivel nacional”, que fue previamente anunciada.

No obstante, la suma de las contribuciones por país no fue suficiente para lograr ni los 2 °C. Con los compromisos voluntarios de

reducción de emisiones de efecto invernadero, que han presentado los diferentes países en París, la temperatura llegó a sobrepasar los 3 °C.

De hecho, y a un nivel más concreto, para alcanzar los 1,5 °C en 2011, las emisiones netas de gases invernaderos deben ser reducidas hasta los años 2045 y 2060 a cero (Rogelj, McCollum, Neill & Riahi, 2015); es decir, dejar la gran mayoría de los combustibles fósiles en el subsuelo.

Además, la atención política global a la reunión de París abrió una puerta muy necesaria al discutir las políticas dominantes, como el extractivismo o la industrialización a cualquier costo, en países como Alemania o China. París era una oportunidad de cuestionar la orientación general de políticas para superar la crisis económica y financiera: crecimiento, crecimiento, crecimiento.

Pero ¿eso podría justificar tantas y tan intensas reacciones de alegría e, incluso, las lágrimas con las que recibieron las conclusiones de dicha cumbre? Recordemos que los esfuerzos desplegados desde la aprobación del Protocolo de Kyoto, en 1997, no han cristalizado las respuestas que demandan los graves problemas ambientales que aquejan a la humanidad. Más aún, el fracaso de la COP 15, realizada en el año 2009, en Copenhague, sentó un duro precedente. La desazón y desesperanza coparon el ámbito de acción en Naciones Unidas. Y, desde esa perspectiva, cuando era poco lo que se esperaba, emergió como un logro el acuerdo global conseguido en la COP 21 en París, en diciembre de 2015. En esa ciudad, sacudida poco antes por un brutal atentado terrorista, 195 países miembros de la Convención contra el Cambio Climático, y la Unión Europea, a la que se considera un Estado más, alcanzaron un acuerdo contra el calentamiento global que involucraba, en la práctica, a la totalidad del planeta.

¿Era eso suficiente para estallar en vítores? Sin pretender ser aguafiestas, recomendamos conocer mejor algunos detalles de los acuerdos parisinos, antes de asumirlos con un gran avance político.

Como una primera gran conclusión, podemos señalar que si bien lo logrado es significativo, comparado con los fracasos anteriores, resulta muy poco lo que este reto global demanda. Las “contribuciones” de los países no son suficientes ni existen mecanismos de sanción. Toda la esperanza política –ingenuamente– espera ahora que los gobiernos actúen, que las élites de los países entiendan los problemas y también

reaccionen y respeten reglas, para salir del uso de los combustibles fósiles. Se espera que esos ofrecimientos se transformen en compromisos aún más audaces, a través de revisiones cada quinquenio.

Pero, al contrario, el Acuerdo de París genera dudas, por la precedencia de muchos de los aplausos que elogiaron el acuerdo. ¿Por qué los grandes exportadores de petróleo y muchas empresas transnacionales terminaron aplaudiendo el acuerdo parisino? Si esos actores celebraron el convenio, significa que, sin duda, en París no se pusieron límites a la civilización petrolera, una de las mayores causas de la debacle ambiental. Igual cosa podríamos decir frente a la aceptación de China y Estados Unidos, los mayores responsables por las emisiones de gases de efecto invernadero, que también se hallaban en el coro de aplaudidores. Reconozcamos, eso sí, que estos dos países por fin se pusieron de acuerdo en algunos puntos relativos al clima global. Y, a diferencia del Protocolo de Kyoto, hoy en día todos los países tienen la responsabilidad de tomar medidas.

¿Qué otras limitaciones se advierten en el Acuerdo? Este convenio presenta muchas falencias y debilidades, además de marginaciones imperdonables. Allí se suprimieron las referencias a los Derechos Humanos y de las poblaciones indígenas. Dichas referencias fueron trasladadas al preámbulo. Tampoco aparecen siquiera nombrados conceptos claves como “combustibles fósiles”, “petróleo” y “carbón”.

Los debates no abordaron de manera profunda otros puntos sensibles. Los negociadores se esmeraron en evitar los verdaderos problemas. Si eso fue así, menos aún se preocuparon por encontrar soluciones de fondo. Los países poderosos y las grandes corporaciones transnacionales consiguieron que ningún documento o decisión afectara sus intereses y se convirtiera en un obstáculo en la lógica de acumulación del capital.

El artículo 10 del Acuerdo de París dice: “Para dar una respuesta eficaz y a largo plazo al cambio climático y promover el crecimiento económico y el desarrollo sostenible es indispensable posibilitar, alentar y acelerar la innovación”. No se cuestionó para nada la perversidad del crecimiento ilimitado, cuando ya son evidentes y feroces sus consecuencias socioambientales sobre la Naturaleza, y no se asegura la vigencia de la justicia social. Tampoco se reconoció la

deuda climática (mejor hablemos de deuda ecológica), que tienen históricamente los países industrializados con el mundo subdesarrollado. Más aún, las grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Europea, no solo desconocieron esa deuda, sino que hicieron todo lo posible para no aceptar sus responsabilidades pasadas y actuales en la desaparición de glaciares, la subida del nivel marino y los eventos climáticos extremos.

Al no haberse adoptado medidas drásticas que limiten y hasta reduzcan la oferta de combustibles fósiles, así como medidas que detengan la deforestación, la temperatura continuará subiendo, contrariamente a lo proclamado en París. De hecho, no hay compromisos vinculantes para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. En consecuencia, estas emisiones seguirán aumentando.

Adicionalmente, no todo el contenido del Acuerdo tiene el mismo grado de compromisos. Si los países no están obligados a cumplir los acuerdos de reducción de emisiones que presentaron voluntariamente, no habrá sanciones.

El Acuerdo no fija metas claras en lo referente al límite de emisiones. Tampoco establece medidas a adoptar, con el fin de descarbonizar la economía. No hay planteamientos concretos tendientes a combatir los subsidios que alientan el uso de los combustibles fósiles, o para dejar en el subsuelo el 80 % de todas las reservas conocidas de dichos combustibles, como recomienda la ciencia e, incluso, la Agencia Internacional de la Energía, entidad para nada ecologista.

Si, como ya anotamos, no se cuestiona “la religión” del crecimiento económico, en ningún punto se pone en entredicho el sistema del comercio mundial, que esconde y, además, fomenta una multiplicidad de causas de los graves problemas socioambientales que estamos sufriendo. Tanto es así que “el comercio internacional podrá proseguir sin obstáculos, incluso en un planeta muerto”, al decir del francés Maxime Combes, poco luego de concluida la Cumbre de París. Sectores altamente contaminantes, como la aviación civil y el transporte marítimo, que acumulan cerca del 10 % de las emisiones mundiales, quedan exentos de todo compromiso. Los negociadores no quieren cuestionar el dogma del comercio libre. No se afectan las sacrosantas leyes del mercado financiero internacional

que, sobre todo mediante la especulación, constituyen un motor de aceleración inmisericorde de todos los flujos económicos, más allá de la capacidad de resistencia y de resiliencia de la Tierra. No hay compromisos orientados a facilitar la transferencia de tecnologías, destinadas a favorecer la mitigación y la adaptación a los cambios climáticos, en beneficio de los países empobrecidos.

Para financiar todos estos esfuerzos, se establece un fondo de 100 mil millones de dólares anuales a partir de 2020; una cantidad minúscula frente al monto global de los subsidios a los combustibles que, a escala mundial, supera los 800 mil millones de dólares. Dicho fondo tendría una cantidad de recursos que, con seguridad, serán menores que los recibidos por los bancos en sus crisis recientes. Sabemos que este fondo, tal como está concebido, carece de previsibilidad y transparencia. Por cierto, el rigor de los compromisos cambia según la situación de los países: desarrollados, emergentes y “en vías de desarrollo”, eufemismo con el que se conoce a los países empobrecidos por el propio sistema capitalista y su inviable propuesta de desarrollo.

Con este tan promocionado Acuerdo, se abren aún más las puertas para impulsar las que se conocen como falsas soluciones en el marco de la “economía verde”, que se sustenta en la continua e incluso amplia mercantilización de la Naturaleza. Así, con el fin de lograr un equilibrio de las emisiones antropogénicas, los países podrán compensar sus emisiones a través de mecanismos de mercado que involucren bosques u océanos, o alentando la geoingeniería, los métodos de captura y almacenaje de carbono, entre otros.

Como colofón, pasará un tiempo para que este Acuerdo entre en vigor: las distintas partes tenían plazo hasta mayo de 2017 para ratificar el Acuerdo, que entraría en vigencia en el año 2020. Una primera revisión de resultados estaría prevista para 2023. Y, para colmo, los resultados de la COP 22, celebrada en noviembre de 2016, en Marrakech (Marruecos), resultaron insatisfactorios. Esta era la cumbre que debía cristalizar las de por sí limitadas resoluciones de la COP 21 de París.

Si gran parte de los resultados de la COP 21 se inclinan por el lado de las opciones más conservadoras y menos ambiciosas, ¿cuáles son los retos para las fuerzas progresistas en el planeta? Además,

debemos entender que si no se cumplieron los acuerdos anteriores, nada nos asegura que se cumplirá este. El capitalismo realmente existente solo ve el corto plazo (la siguiente junta de accionistas, las siguientes elecciones).

El ¿qué hacer?, una vez más, exige nuevas y más profundas reflexiones. Pero debe quedar absolutamente claro que no hay una real contradicción entre lo social y lo ecológico. Entendamos que sin justicia ecológica no hay justicia social, y que sin justicia social no hay justicia ecológica.

3. ELEMENTOS CENTRALES DE LA PERSPECTIVA DEL DECRECIMIENTO

Después de haber esbozado el trasfondo histórico, así como algunos elementos de la situación en Europa y América Latina (y el mundo), a continuación nos referiremos a los elementos centrales del debate sobre el decrecimiento y el postextractivismo.

3.1. Consideraciones acerca de la economía ecológica y de la ecología política

Son muchas las personas estudiosas⁵³ que han demostrado las limitaciones del crecimiento económico. Incluso Amartya Sen, premio Nobel de Economía, quien no cuestiona el mercado ni el capitalismo, rompió lanzas en contra del crecimiento económico, visto como sinónimo de “desarrollo”. Por eso no sorprende que aumenten los reclamos de manera cada vez más acelerada, sobre todo en países industrializados europeos, por una economía que no solo supere el fetiche del crecimiento económico y se quede solo en el crecimiento estacionario, sino que vaya más allá: que promueva el decrecimiento.

Estas reflexiones sobre el decrecimiento, de alguna forma, tienen un antecedente en los trabajos de John Stuart Mill. Este economista inglés, en 1848, año en que publicó sus *Principios de Economía Política* (mismo año en que se publicó el *Manifiesto del Partido Comunista* de Carlos Marx y Federico Engels), ya anticipó algunas ideas fundacionales de lo que hoy se conoce como una “economía estacionaria”. Mill (1848) decía lo siguiente:

53 Aquí destacamos algunos nombres, con las fechas de algunas de sus más destacadas publicaciones en las que abordan directa o indirectamente el tema: Kenneth Boulding (1966), Nicholas Georgescu-Roegen (1971), Mary Mellor (1993), Enrique Leff (1994, 2004, 2008, 2010), Herman Daly (1999), Ester Boserup (2007), Joan Martínez Alier (2008), Serge Latouche (2008, 2010), Tim Jackson (2009), José Manuel Naredo (2009), Ariel Salleh (2009), Adelheid Biesecker (2010), Clive Spash (2012), Niko Paech (2012), o Roefie Huetling, entre otros.

Mientras las inteligencias son groseras, necesitan estímulos groseros, y es preferible dejárselos. Entretanto, debe excusarse a los que no aceptan esta etapa muy primitiva del perfeccionamiento humano como el tipo definitivo del mismo, por ser más escépticos con respecto a la clase de progreso económico que excita las congratulaciones de los políticos ordinarios: el aumento puro y simple de la producción y de la acumulación. (...). No sé por qué haya motivo para congratularse de que personas que son ya más ricas de lo que nadie necesita ser, hayan doblado sus medios de consumir cosas que producen poco o ningún placer excepto como representativas de riqueza (...). Sólo en los países atrasados del mundo es todavía un asunto importante el aumento de la producción; en los que están más adelantados, lo que se necesita desde el punto de vista económico es una mejor distribución, para lo cual es un medio indispensable la restricción más severa de la población (...)

No puedo, pues, mirar al estado estacionario del capital y la riqueza con el disgusto que por el mismo manifiestan sin ambages los economistas de la vieja escuela. Me inclino a creer que, en conjunto, sería un adelanto muy considerable sobre nuestra situación actual. Confieso que no me agrada el ideal de vida que defienden aquellos que creen que el estado normal de los seres humanos es una lucha incesante por avanzar, y que el pisotear, empujar, dar codazos y pisarle los talones al que va delante, que son característicos del tipo actual de vida social, constituyen el género de vida más deseable para la especie humana; para mí no son otra cosa que síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial. (...) la mejor situación para la naturaleza humana es aquella en la cual, mientras nadie es pobre, nadie desea tampoco ser más rico ni tiene ningún motivo para temer ser rechazado por los esfuerzos de otros que quieren adelantarse.

Muchos años después, se incorporaron otro tipo de reflexiones sobre todo ecológicas y también sociales, sin marginar algunas, incluso económicas.

Herman Daly (1999), economista que trabajó en el Banco Mundial, fue categórico en un punto medular, al introducir los aspectos

ecológicos en esta discusión: la economía debe entenderse como un subconjunto del ecosistema. Esa fue su tesis central. Y, según él, tal como están las cosas, la economía, por ahora, funciona como una máquina idiota. Es decir, como una máquina que metaboliza los recursos naturales; los procesa y agota; desecha y contamina, y debe extraer cada vez más recursos para poder funcionar. Esa es la lógica de acumulación del capitalismo. Si ya existen muchas personas, sobre todo en el Norte global, que tienen saturada su satisfacción de necesidades con cada vez más bienes materiales, ¿qué futuro tiene este despropósito? Estas son cuestiones fundamentales.

Entonces, plantea Daly, hay dos límites bien identificados: el límite ecológico y el punto absoluto de saturación. John Maynard Keynes, otro economista notable, abordó este tema en 1930. Él aseguraba que se llegaría al límite absoluto de saturación, en términos de consumo, en el año 2030.⁵⁴ Estas y otras reflexiones han planteado, en especial en el Norte global, la urgencia de dar paso a una economía de crecimiento estacionario y, lo antes posible, al decrecimiento.

Dicho debate es posible complementar desde la perspectiva de la economía ecológica,⁵⁵ en relación con la ecología política,⁵⁶ a través de los siguientes puntos:

Primero: De la mano de la ecología política, podemos superar la dicotomía entre sociedad/economía, por un lado, y Naturaleza, por el otro; separación que está presente en muchas contribuciones, incluso de la economía ecológica. El concepto de las “relaciones sociales con la Naturaleza” (en alemán: *gesellschaftliche Naturverhältnisse*; concepto que Marx usó una vez en *El Capital* y, después, Horkheimer y Adorno en la *Dialéctica del Iluminismo*), indica que no es “la Naturaleza” en sí la que está en crisis, sino las formas sociales; es decir, cómo las personas

54 A momentos dudamos que eso suceda, si consideramos el poder y la capacidad de la propaganda y de la publicidad para hacernos creer que cada vez hay más necesidades, que se derivan de las demandas de acumulación permanente del capital.

55 Se pueden encontrar buenos resúmenes en Spash (2012, 2016).

56 Ver Bryant y Baley (1997), Alimonda (2002, 2011), Forsyth (2003), Whitehead et al. (2007), Robbins (2008), Mann (2009), Peet et al. (2011), Görg (2011), Brand/Wissen (2012), Perreault et al. (2015); en su versión ecomarxista ver a Altwater (1993), Foster (2000). Una perspectiva similar, pero más histórica es la ecología social, ver Haberl et al. (2011).

se apropian de los elementos múltiples de la Naturaleza. El problema radica en cómo están organizadas las sociedades en sus procesos de producción y consumo; esto es, en sus vidas en las ciudades y en el campo, sus viviendas, sus sistemas de agricultura y alimentación (p.e. alimentación industrializada), su transporte (p.e. automóviles y vuelos baratos), su comunicación (p.e. computadoras y celulares, con todas las implicaciones medioambientales), su vestuario, su salud, etc.

En sociedades capitalistas, es normal apropiarse de la Naturaleza y transformarla en mercancías; desarrollar una división de trabajo entre clases, géneros, etnias, y, a escala internacional, sostener y estabilizar relaciones de poder y dominación. Así, las formas sociales de apropiarse de la Naturaleza presentan muchas dimensiones y, al multiplicarse y ampliarse de una manera desenfrenada, están causando la crisis ecológica.

Segundo: La ecología política insiste en la necesidad de que la organización de la sociedad y sus relaciones sociales con la Naturaleza se establezcan de alguna manera. Eso implica cuestionar valores en apariencia fundamentales de la actual civilización; entre ellos, el sistema de movilidad, vía automóviles, con toda su infraestructura y poder económico, que sirve como fuente de empleo. Esta civilización del automóvil requiere sus propias políticas estatales, explicables porque en los imaginarios de una buena vida aparece casi siempre “la necesidad de tener un coche”. Así se inscribe el imperativo del crecimiento económico en la cotidianidad de mucha gente, en los sistemas de producción, en la división internacional de trabajo, incluyendo el extractivismo.

En muchos ámbitos se puede hablar de cierta colonización hegemónica. Esta visión consumista es ampliamente aceptada en las relaciones sociales, pero invisibiliza sus impactos dañinos sobre la Naturaleza.

Sin embargo, es importante notar que estas formas de apropiación de los elementos de la Naturaleza –muchas veces brutales– reciben cada vez más reacciones, desde diversos ámbitos de las sociedades en el planeta. Hacer visible esta conflictividad de las relaciones sociales con la Naturaleza, y la misma apropiación de elementos de la Naturaleza –como “recursos”– es un asunto central de estas luchas de resistencia social, que son analizadas por la ecología política.

Si bien amplios segmentos de la población mundial asumen el estilo de vida consumista como algo irrenunciable –hasta lo consideran como un gran logro civilizatorio–, hay ciertos grupos humanos que se niegan a aceptar los principios de la “buena vida capitalista”. Simplemente se resisten a ser las víctimas de tanta destrucción y explotación, o tienen otros valores y otras prácticas. Ese es el caso de muchos pueblos indígenas que enfrentan al extractivismo y defienden sus visiones de Buen Vivir, sustentadas en las armonías, o de gente con conciencia y prácticas ecológicas en las ciudades. También podríamos encontrar cierta conciencia ecológica en determinadas políticas públicas que tratan de promover el transporte público, o la agricultura ecológica no industrializada, entre otros ejemplos.

Muchas veces, esta creciente conflictividad es la base para “alternativas emancipadoras dentro del capitalismo” que, por cierto, pueden servir como soporte para remontar al propio capitalismo.⁵⁷

En este punto, podemos incorporar las reflexiones de Hartmut Rosa (2012), emanadas desde la teoría crítica, quien nos invita a caminar hacia un estado de “resonancia”:

Somos felices cuando sentimos que el mundo resuena con nosotros: cuando responde y vibra a nuestro contacto. Tenemos este tipo de experiencias cuando interactuamos con los demás, pero también gracias al arte, la música, la naturaleza, el océano o las montañas, y para mucha gente, también gracias a la religión. (...) Pero en cada caso, la resonancia sólo puede desarrollarse cuando gozamos del tiempo necesario para que cada uno pueda hacer suyos los lugares, los libros, la gente. Así, al final, podemos re-conquistar el mundo, y obtendremos una vida mejor para todos. Esa es, al menos, mi visión (El Confidencial, 17.03.2012).

Tercero: Normalmente, la economía ecológica considera al Estado como el actor que establece reglas y puede promover, mediante políticas públicas, ciertos avances hacia la sustentabilidad. La ecología política –si la pensamos en versión de Gramsci y Poulantzas–

57 Véase Environmental Justice Organisations, Liabilities and Trade. Mapping Environmental Justice. Disponible en: <http://www.ejolt.org>

posee una perspectiva más escéptica frente al Estado. Este se considera como una relación social que se entrelaza con las relaciones sociales dominantes, o sea, capitalistas, patriarcales, racistas y neocoloniales; además, tendencialmente, asegura y cambia de forma paulatina esas relaciones, mediante conflictos múltiples y permanentes.

El Estado no se debe exclusiva y permanentemente al capital y a las clases dominantes. En ciertos momentos históricos “se condensan” las demandas de las fracciones sociales subalternas, sean de mujeres o de luchas antirracistas, entre otras.⁵⁸ No obstante, y según las relaciones de fuerza y de los conflictos, el Estado trata de estabilizar lo existente y, en muchos casos, lo hegemónico, o sea, un modo de producción y vida no sustentables. Eso no implica que el Estado no sea importante para las luchas emancipadoras y las alternativas; al contrario, pero sin llegar a asumirlo como el único ámbito de acción estratégica (Lang y Brand, 2015). Sin embargo, hay que analizar bien, y en el contexto histórico específico, las estructuras y acciones del Estado y sus aparatos, que no son homogéneos para nada, sino llenos de tensiones y contradicciones.

Cuarto: Hay que considerar la cuestión de los “límites de la Naturaleza”, en el sentido de que, a partir de ciertos momentos, la reproducción biofísica local, regional o aun global no funciona más. La acción de los seres humanos, organizados dentro de las relaciones capitalistas de producción, causa sequías y/o inundaciones, reduce aceleradamente la fertilidad, produce una serie de contaminaciones cada vez más nocivas, da paso a la pérdida de biodiversidad, destruye los ecosistemas... Todo esto nos está llevando a los famosos “puntos de inflexión” (*tipping points*) del clima regional o global.

No obstante, desde nuestra perspectiva, no hay límites “objetivos” que puedan determinarse físicamente. Hoy sabemos que el pronóstico del anterior pico petrolero (*peak oil*) ha sido, por lo menos parcialmente, superado por la explotación del petróleo “no convencional”; o sea, de arena de alquitrán (*fracking*, a costos ecológicos desastrosos). Esto no implica que estemos frente a recursos renovables.

58 Algunas contribuciones notables al desarrollo de la teoría crítica del Estado: Poulantzas (1979), Hirsch (1997), Thwaites Rey (2007), Jessop (2007), Tapia (2010, 2011), Demirović (2011), Sauer y Wöhl (2011), Gallas et al. (2011), Brand (2012), Prada (2015).

La conclusión a la que se llega es que el crecimiento —para ponerlo de manera más precisa: el imperativo capitalista de crecimiento, con sus implicaciones de dominación múltiple, o sea de clase, de género, racista, imperial— no puede ser el motor de la economía y, menos aún, su fin último. Entonces, urge discutir de manera seria y responsable sobre el decrecimiento económico, para empezar, en el Norte global (no basta el crecimiento estacionario), que obligadamente deberá venir de la mano del postextractivismo en el Sur global.

3.2. El decrecimiento como opción, movimiento y horizonte político en construcción

A nuestro criterio, la perspectiva del decrecimiento es una posición radical en el debate sobre formas razonables de manejar las crisis y, a una escala mayor, en el debate sobre la transformación socioecológica.⁵⁹ Asimismo, consideramos que las estrategias de la economía verde o la de un *green new deal*, y también las ecokeynesianas, no conllevan una transformación socioecológica. Los conceptos ecokeynesianos plantean la necesidad del crecimiento económico como “cualitativa” o “selectiva”. Es más, muchas aproximaciones del ecosocialismo son limitadas, en la medida que no confrontan el utilitarismo y las bases antropocéntricas de sus planteamientos tradicionales.

Estas posiciones se oponen a las estrategias autoritarias o neoliberales del “todo como siempre”, que en Europa, actualmente, se acercan a un “estatismo de competencia autoritario”. En su exposición ya mencionada, en el marco de la Conferencia sobre el Decrecimiento, realizada en Leipzig, en septiembre de 2014, Haris Konstantatos tildó a dichas posiciones de “neoliberalismo agresivo”, que pretende lograr el crecimiento económico con la permanente y creciente desvalorización de la mano de obra y del medioambiente; una situación ampliamente conocida en América Latina, incluso en regímenes no liberales.

59 Naturalmente existen diferencias no solo semánticas; sin embargo, para fines del presente trabajo, utilizamos los términos decrecimiento y postcrecimiento como sinónimos. De hecho, el término que más se acerca a la esencia de lo que es el decrecimiento sería “desistimiento del crecimiento”.

En un primer momento, como vimos rápidamente, la perspectiva del decrecimiento fue generada por académicos; pero en los últimos años, diferentes movimientos la hicieron suya. Por lo general, los movimientos no nacen como actores del decrecimiento; más bien, con sus luchas y reivindicaciones entran al nivel político-conceptual del decrecimiento de manera implícita y, cada vez más, también explícita.

Tenemos, como ejemplo, los movimientos de resistencia contra megaproyectos y la agricultura industrial, o los movimientos a favor de las ciudades de transición (*transition towns*), y, de alguna manera, también del “derecho a ciudad”. Aquí emergen, por igual, acciones que propugnan la democracia energética, la soberanía alimentaria, la justicia climática. Hay una multiplicidad de enfoques económicos alternativos concretos en el ámbito comunitario e, incluso, en niveles más amplios, también globales. Pero, sobre todo, en el marco del Buen Vivir o Vivir Bien se plantean alternativas para una transformación civilizatoria.

En realidad, el decrecimiento es una propuesta doble. Por un lado, sugiere un cambio social integral e identifica como problema fundamental el “imperativo del crecimiento económico capitalista”. Por otro lado, busca contextualizar amplia e integralmente las diversas y múltiples experiencias concretas. Tal vez en un par de años, el término “decrecimiento” –en tanto concepto obús– desaparezca y sea reemplazado por conceptos como Buen Vivir, por ejemplo. Sin embargo, las problemáticas sociales y la búsqueda de nuevas respuestas se mantendrán, pero ya con una noción aglutinadora mucho más potente y convocante que “decrecimiento”.

Aceptémoslo: no hay una definición clara de decrecimiento, sino reivindicaciones y demandas centrales. Dentro de estas, hay tendencias relacionadas con diferentes intereses, posiciones políticas, estrategias de acción, etc. No obstante, existe una esencia emancipadora y transformativa, que puede variar o desplazarse con el tiempo. En la Conferencia sobre el Decrecimiento de 2014, la mayoría de participantes fue crítica con el capitalismo; es decir, se manifestó bastante más radical, en comparación con un debate meramente académico.

Ahora bien, desde las perspectivas del decrecimiento, ¿cuáles son los diagnósticos fundamentales de los problemas de la sociedad actual?⁶⁰

Lo que se critica en esencia es la “fijación escalativa de la modernidad capitalista” (Eversberg y Schmelzer, 2016, p. 1), y las consiguientes respuestas político-económicas a las crisis actuales. Independientemente del origen de las crisis y de las respuestas para enfrentarlas, sean políticas de austeridad neoclásica o políticas keynesianas de demanda y redistribución, lo que se busca es que el “motor del crecimiento” vuelva a arrancar –en vez de apagarse– y que, por lo tanto, aumente la competitividad.

En cambio, el debate del decrecimiento (o postcrecimiento) sostiene que en tiempos de crisis múltiple y, sobre todo, desde un capitalismo dominado por mercados financieros, el crecimiento es desestabilizador (Muraca, 2014, p. 11). A eso se suma la mayor producción de bienes y servicios –en especial de bienes de consumo rápido, no solo perecibles, sino de corta duración, por aquello de la obsolescencia programada–, que también crea inestabilidad potencial y real. En efecto, para asegurar esta producción, hacen falta recursos como minerales, energía, algodón, productos de agricultura, que se obtienen exclusivamente a través del mercado, en donde se vuelve cada vez más conflictivo su acceso. Asimismo, el cambio climático genera muchas inseguridades, incluyendo los mencionados “puntos de inflexión” (*tipping points*) del clima local o regional.

Los efectos sociales del crecimiento son valorados de manera detallada y muy diversa. Traen consigo riesgos y problemas a nivel de la política en general y de la política de paz, riesgos ecológicos y socioeconómicos, pero también individuales (psíquicos, para la vida). Precisamente estos problemas y riesgos se consideran causantes de la actual crisis múltiple (económico-financiera, ecológica, de la escalada de la violencia en conflictos e, incluso, guerras –o invasiones, por recursos naturales y materias primas).

60 Véase p.e. Jackson (2009), Latouche (2010), Schneider et al. (2010), Martínez Alier et al. (2010), Schmelzer y Passadakis (2011), Kallis (2011), Biesecker, Wichterich, y Von Winterfeld (2012), Paech (2012, 2014), Demaria et al. (2013), Gabbert (2013), Muraca (2013b, 2014), Brand (2014), con una visión instructiva sobre el enfoque de Georgescu-Roegen. Para una excelente perspectiva de la recepción del debate sobre el decrecimiento en América Latina, véase Gustavo Endara (editor, 2014).

La creciente presión laboral y la polarización social son otras consecuencias negativas de enfocar el “desarrollo” exclusivamente en el crecimiento económico. Aquí queremos referirnos a la tesis de Wilkinson y Pickett (2009), según la cual, en países con diferencias grandes de ingresos, los problemas de salud y sociales son mucho más notorios que en países con menores diferencias de ingresos: “Los problemas de salud y sociales suelen manifestarse más en los sectores pobres de las sociedades. Pero las más afectadas son las sociedades con niveles de desigualdad altos” (pp. 35, 61). El crecimiento económico agudiza los problemas sociales, pues en sociedades con necesidades básicas generalmente satisfechas, genera presión, competencia y consumismo. Así, para llegar a una comprensión y a un concepto de calidad de vida más amplia e integral, justa y sustentable, las personas necesitan ver sus sociedades desde otra perspectiva.

De igual manera, el creciente consumo de bienes de estatus y la competencia desaforada, el despilfarro y el desperdicio crecientes, incluso el empeoramiento de las condiciones de vida de las generaciones venideras, aumentan las desigualdades y las inequidades.

Otra causa para los problemas actuales son los sujetos o las formas de subjetivación predominantes. Al respecto, señalamos la posición de Harald Welzer (2011). Usando el término “infraestructura mental”, Welzer sostiene que los enfoques de consumo y orientación están muy arraigados, y que los cambios sociales también tienen una dimensión psicológico-social, cultural y de hábitos, en el sentido del sociólogo francés Pierre Bourdieu. El (híper) consumo significa estatus, ofrece sentido; sin embargo,

(...) la felicidad no crece, al contrario, hay sufrimiento –estrés por el consumo, estrés en el tiempo libre, falta de tiempo, *burn-out*, obesidad. Por consiguiente, la economía del crecimiento –que es el trasfondo de todo ello– no solo asegura que las cantidades de productos fabricados y vendidos crezcan de manera permanente, sino que hace también que en la vida práctica, este crecimiento se vaya convirtiendo en una carga. Mayor destrucción produce mayor desgracia (Welzer & Sommer, 2014, p. 21 y ss.).

La capacidad de la política para dirigir estos procesos es muy limitada. Sabemos que la transformación de una era expansiva en una era de “modernidad reductiva” (Welzer y Sommer, 2014, p. 11) sostenible es compleja y debe organizarse pertinentemente.

En la actualidad, uno de los más lúcidos pensadores latinoamericanos, Enrique Leff (2008), recomienda transitar hacia otra forma de organizar la producción y la misma sociedad, asumiendo estos retos. Para lograrlo, pregunta y propone:

¿Cómo desactivar el crecimiento de un proceso que tiene instaurado en su estructura originaria y en su código genético un motor que lo impulsa a crecer o morir? ¿Cómo llevar a cabo tal propósito sin generar como consecuencia una recesión económica con impactos socioambientales de alcance global y planetario? (...) esto lleva a una estrategia de deconstrucción y reconstrucción, no a hacer estallar el sistema, sino a re-organizar la producción, a desengancharse de los engranajes de los mecanismos de mercado, a restaurar la materia desgranada para reciclarla y reordenarla en nuevos ciclos ecológicos. En este sentido la construcción de una racionalidad ambiental capaz de deconstruir la racionalidad económica, implica procesos de reapropiación de la naturaleza y reterritorialización de las culturas (párr. 9).⁶¹

Responder a este reto es una cuestión cada vez más presente en los países industrializados, los mayores responsables de la debacle ambiental global. No se trata de que los países subdesarrollados mantengan su pobreza para no provocar un descalabro ecológico global. Eso, de ninguna manera. Lo que sí debe motivar la atención en el Sur es no intentar repetir modos de vida social y ecológicamente insostenibles, por un lado, al tiempo que se desmontan esas estructuras y esas prácticas consumistas y productivistas, sofocadoras de la vida, en el Norte global. Y todo, dando paso a procesos de equidad social, pues, como anotamos categóricamente, la justicia ecológica no se conseguirá sin justicia social, y viceversa.

61 La apuesta por el decrecimiento. Disponible en: <https://polis.revues.org/2862?lang=en>

En consecuencia, en los países así llamados subdesarrollados es igual de urgente abordar con responsabilidad el postextractivismo y el crecimiento económico. En ese sentido, inicialmente resulta al menos oportuno diferenciar el crecimiento “bueno” del “malo”; crecimiento que, haciendo referencia a Manfred Max Neef (2001), se define por las correspondientes historias naturales y sociales que quedan detrás, tanto como por el futuro que este crecimiento pueda anticipar.

Por un lado, los países empobrecidos y estructuralmente excluidos deberán buscar opciones de vida digna y sustentable, que no sean la reedición caricaturizada del modo de vida occidental. Por otro lado, los países considerados desarrollados tendrán que resolver los crecientes problemas de inequidad internacional que ellos han provocado y, en especial, deberán incorporar criterios de suficiencia en sus sociedades antes que sostener, a costa del resto de la Humanidad, la lógica de la eficiencia, entendida como acumulación material permanente.

Los países materialmente ricos, en definitiva, deben cambiar su modo de producción y de vida que arriesga el equilibrio ecológico mundial, pues desde esta perspectiva también son, de alguna manera, “subdesarrollados” o “mal desarrollados” (José María Tortosa, 2011; Smith y Max-Neef, 2011: capítulo 11: *The United States and underdeveloping nation*, pp. 155-162). Para esto tendrán que desandar gran parte del camino recorrido, retroceder ese crecimiento irreplicable a escala mundial. A la par, deben asumir su corresponsabilidad en una restauración global de daños socioambientales provocados. En otras palabras, los países “desarrollados” deben pagar su deuda ecológica –e, incluso, su deuda histórica– a los “subdesarrollados”.

No se trata simplemente de una deuda climática. Hablamos de una deuda ecológica que encuentra sus primeros orígenes en la expoliación colonial (la extracción de recursos minerales o la tala masiva de los bosques naturales, por ejemplo). Esta deuda se proyecta en el “intercambio ecológicamente desigual”, así como en la “ocupación gratuita imperial del espacio ambiental” de los países empobrecidos por efecto del estilo de vida depredador de los países

industrializados.⁶² Aquí cabe incorporar las presiones provocadas sobre el medioambiente, a través de las exportaciones de recursos naturales –normalmente mal pagadas y que tampoco asumen la pérdida de nutrientes y de la biodiversidad, para mencionar otro ejemplo–, provenientes de los países subdesarrollados, exacerbadas por los crecientes requerimientos que se derivan del servicio de la deuda externa y de la propuesta aperturista a ultranza. Asimismo, la deuda ecológica crece desde otra vertiente interrelacionada con la anterior, en la medida que los países más ricos han superado largamente sus equilibrios ambientales nacionales, al transferir de manera directa o indirecta contaminación (residuos o emisiones) a otras regiones, sin asumir pago alguno. A todo lo anterior, habría que añadir la biopiratería (Varios autores, 2015), impulsada por varias corporaciones transnacionales que patentan en sus países de origen una serie de plantas (sobre todo las medicinales, así como colorantes) y derivados de animales (como la cochinilla), aparte de otros conocimientos indígenas. Por eso, bien podríamos afirmar que no solo hay un intercambio comercial y financieramente desigual, sino que también se registra un intercambio ecológicamente desequilibrado y desequilibrador.

Revisar la esencia del crecimiento económico y los imperativos capitalistas que lo impulsan es indispensable. Incluso nos preguntamos si hay formas de “desarrollo de las fuerzas productivas” que puedan tomar otra dirección. Esto es necesario, pues la destrucción que genera el crecimiento económico en su forma de acumulación capitalista conduce a un camino sin salida. La evolución alternativa debería entrañar otras lógicas económicas. Esta nueva economía deberá repensarse buscando y construyendo alternativas holísticas y sistémicas, plasmadas desde la vigencia de los Derechos Humanos y los Derechos de la Naturaleza.

La perspectiva del decrecimiento nos abre horizontes a otras formas de producción y reproducción individual y colectiva. Por igual, nos plantea la necesidad de redefinir otras formas políticas y sociales

62 La lista de autores y autoras de América Latina es muy larga. Además de los trabajos de los latinoamericanos Eduardo Gudynas y Maristella Svampa, podemos mencionar otros aportes de fuera de la región: Jorgenson et al. (2005), Hornborg et al. (2007), Roberts et al. (2009), o las múltiples aportaciones de Joan Martínez Alier.

que permitan viabilizar economías democráticas bastante diferentes de las dominantes; por ejemplo, esto nos conmina a trabajar en un esquema que asegure el empleo pleno y digno a todos los habitantes, que nos sensibiliza, entre otras cosas, para enfrentar las tensiones existentes entre los deseos de consumo y los requisitos de sustentabilidad.

Ahora bien, aparte de los problemas señalados, y que suelen mencionarse con frecuencia, ¿cuáles son las perspectivas políticas y sociales desde la visión del decrecimiento?

Podría decirse que el consenso derivado de los debates define al decrecimiento como un

(...) proyecto multifacético que aspira a movilizar apoyo a favor de un cambio de dirección, en el nivel macro de las instituciones económicas y políticas y en el nivel micro de los valores y las aspiraciones individuales. En este camino, muchas personas verán disminuir sus ingresos y comodidades materiales, pero el objetivo es que no vean esta reducción como una pérdida de bienestar (Kallis, 2011, p. 878).

En ello, los principios normativos, como la cooperación, la reciprocidad, la solidaridad y la justicia social, son fundamentales. Tener como horizonte el decrecimiento no es regocijarse con las crisis y sentirse políticamente satisfecho por el momento de decadencia de la producción industrial. El decrecimiento no es sinónimo de crisis, y tampoco es tolerable que en su nombre se maquillen las crisis. El decrecimiento es un proceso dirigido hacia formas de producción y de vida diferentes; es decir, sostenibles a nivel social y ecológico, justas y solidarias.

Se requiere una perspectiva de cambio amplia que, a nivel normativo,⁶³ implique un “bienestar que permita a las personas llevar una vida buena, crear mayor cohesión social, experimentar más prosperidad –todo ello reduciendo la carga material sobre el medioambiente” (Jackson, 2009, p. 54).

Para ello, ya no podemos confiar en el crecimiento económico sin fin ni en soluciones tecnológicas, pues son un autoengaño. El desarrollo de la ciencia y la técnica, así como su aplicación tecnológica, parecerían abrir infinitas posibilidades, pero también restringen aún más su acceso.

63 Véase Jackson (2009).

Para encontrar nuevos modos de vida, se debe revitalizar la discusión política, ofuscada por la visión economicista-tecnicista sobre fines y medios. Al endiosar la economía, particularmente al mercado, así como al productivismo y al consumismo, se abandonan muchos instrumentos no económicos indispensables para mejorar la vida. Por ejemplo, creer que los problemas ambientales globales se resolverán con medidas inspiradas en la lógica del mercado capitalista es un error muy caro. Se ha demostrado que más efectivas son las normas y regulaciones (aún insuficientes), que “las leyes” del capitalismo, es decir, la oferta y la demanda, y detrás de estos, la acumulación del capital. La resolución de los problemas exige, entonces, una aproximación multidisciplinaria. Recordemos que vivimos una situación de complejidades múltiples, que no pueden explicarse con versiones lineales y monocausales.

Un sistema económico sostenible demanda, en suma, condiciones políticas pertinentes: una reforma tributario-ecológica; la consideración de límites máximos estrictos para consumir recursos naturales y para emisiones; cambios culturales, como reducir el consumismo y las desigualdades, reducir la edad laboral, fortalecer las capacidades y el capital social de las personas; apoyar a los países del Sur en sus esfuerzos por transformar sus economías (Jackson, 2009, p. 175 y ss; similar en Martínez Alier et al., 2010; Muraca, 2013a).

Es indispensable notar que muchas visiones enfocadas en la consecución de una vida buena (p.e. Buen Vivir) precisan revisar el modo de vida vigente, en especial a nivel de élites, y sirven de marco orientador (inalcanzable en la práctica) para la mayoría de la población del planeta. Más temprano que tarde, tendrá que priorizarse una situación de suficiencia y de plenitud (Schor, 2010), donde se busque lo que realmente se necesita, antes que una siempre mayor eficiencia sostenida sobre una incontrolada competitividad y un desbocado consumismo, que ponen en riesgo las bases mismas de la sociedad y de la sustentabilidad ambiental. Si decrecimiento no es sinónimo de crisis, Buen Vivir⁶⁴ no es sinónimo de opulencia. Mejor

64 La lista de textos que abordan este tema es cada vez más larga. Podríamos mencionar los aportes de Eduardo Gudynas, a modo de ejemplo, en el artículo “Buen Vivir: sobre secuestros, domesticaciones, rescates y alternativas”, en el libro *Bifurcación del Buen Vivir y el sumak kawsay*, Ediciones Sumak, Quito,

con menos podría ser, incluso, la divisa.

Niko Paech (2012, p. 120 y ss.) aboga por patrones de abastecimiento simples y autónomos y, en consecuencia, por una “subsistencia creativa” mediante la autoproducción, y los usos comunes, y con tiempos de uso más largos. En las empresas, podemos atenuar la obligación de crecer, reduciendo los grados de especialización. Todo esto debe conducir a que la producción consuma menos “capital” y, por tanto, haya menos créditos que pagar.

Igualmente, como señala Paech (2013), se trata de producir local y regionalmente, para acortar y desenredar las cadenas de producción, y generar cercanía y confianza, “lo cual de por sí permite conseguir capital con menos interés” (Paech, p. 108). A eso se sumarán la reducción y redistribución del horario laboral. Como consecuencia del cambio en el consumo, los bienes de consumo de larga vida ganarán mayor importancia. Pero, sobre todo, las personas necesitan “ejercitar su capacidad” de vivir diferente (Paech, 2013), y los países deben “aprender a vivir con lo nuestro, es decir, por los nuestros y para los nuestros”, como atinadamente planteaba Aldo Ferrer (2002).

En ocasiones, se entiende el decrecimiento como instrumento contra el acorralamiento provocado por un consumismo desbocado e insostenible, o la canalización de lo imaginario para superar las actuales circunstancias reinantes. Por lo tanto, el decrecimiento, como reto sociocultural y no simplemente económico, puede contribuir a descolonizar lo imaginario (Muraca, 2013; Kallis y March, 2015; D’Alisa, Demaria, y Kallis, 2015).

En correspondencia, las propuestas para cambiar la sociedad están en el nivel estructural e institucional, en las relaciones de fuerza, en el imaginario (*imaginary*) y también en las prácticas (Latouche, 2010; Muraca, 2014). La visión de Welzer y del Proyecto FuturoDos

2014; también en el mismo libro, el artículo de Josef Estermann denominado Ecosofía andina – Un paradigma alternativo de convivencia cósmica y de vida plena; Atawallpa Oviedo Freire (2011). *Qué es el sumakawsay – Más allá del socialismo y capitalismo*, Quito. Otro libro recomendable es el de Omar Felipe Giraldo (2014). *Utopías en la era de la supervivencia – Una interpretación del Buen Vivir*, Editorial Itaca, México; o los textos del autor de estas líneas, como *El Buen Vivir Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*, Icaria, 2013.

(*FuturZwei*) señala que se necesita un nuevo paradigma social: una oferta emocional, portadora de identidad sobre cómo queremos vivir en el futuro inmediato y mediato (Ibíd., p. 40; similar en Thie, 2013).⁶⁵ Se trataría de una “educación para el deseo” (Muraca, 2014), que permita encontrar respuestas a un malestar común y al anhelo de una historia: un relato positivo.

Una fortaleza del debate sobre decrecimiento es que repolitiza el margen –supuestamente estrecho– para manejar la crisis, que implica no cuestionar el crecimiento ni la competitividad. Con ello, va mucho más allá del enfoque de Thomas Piketty (2015), centrado en la política distributiva de la riqueza material, y que en la actualidad es ampliamente destacado.

Esta repolitización manifiesta la desazón general, en especial de las generaciones jóvenes que han crecido bajo regímenes neoliberales, o que en su vida política solo han conocido el tiempo de la crisis. Existen o hay que construir nuevos horizontes, que con prácticas alternativas son alcanzables. Por consiguiente, es factible e indispensable criticar el supuesto “autogobierno neoliberal”, con todas las experiencias de inseguridad y precariedad que este implica para las personas. Crítica que no será transformadora si no se cuestiona simultáneamente al capitalismo.

3.3. Ambivalencias de la perspectiva del decrecimiento

En este punto, cabe abordar algunas ambivalencias del decrecimiento: el conflicto entre proyectos concretos y una visión social más integral; la desatención de temas de dominación social y sobre la Naturaleza; así como cuestiones de organización del trabajo remunerado y de las necesidades en una sociedad del postcrecimiento.

Pese a que la visión del decrecimiento busca una perspectiva social integral –que, en un sentido amplio, abarque los modos de producción y de vida, en general–, se concentra en proyectos más bien concretos: esta es una primera ambivalencia. Esta aproximación,

65 El proyecto plantea una pregunta interesante: ¿Cómo vamos a ver en el futuro, por ejemplo en 2050, lo que hicimos hoy para empezar y promover ciertos cambios?, o sea, ¿cómo vamos a ver a lo que pasó en la actualidad?

bajo las tendencias sociales predominantes, no nos puede sorprender. Hans Thie (2014) da en el clavo al remarcar que:

(...) más allá de los pioneros y de los privilegiados que han entendido el asunto, la economía del post-crecimiento solo puede convertirse en una visión fuerte si la libertad de llevar una vida autónoma llega a arraigarse en toda la sociedad. La traición individual del crecimiento (es decir la renuncia consciente a una vida devoradora de recursos naturales) puede fortalecerse y volverse más política, siempre y cuando asimile lo que como demanda humana ya existe: eliminar la necesidad existencial (p. 4).

A nuestro parecer, el malestar, por ejemplo, de los sindicatos⁶⁶ y de muchas personas frente al decrecimiento, es apoyado y fomentado, sobre todo, por estratos medios cosmopolitas que sí podrían renunciar a ciertas cosas e integrar esa renuncia a sus pretensiones y prácticas. Por eso dicen que con el discurso sugestivo de la “liberación de la abundancia” no se considera la pobreza, la marginación, los temores y las humillaciones reales a los que muchas personas están expuestas. Incluso se asevera que se congelaría en el atraso a miles de millones de personas en el mundo empobrecido, que incorpora cada vez a habitantes del propio Norte global. Además, por mucho que el crecimiento genere inestabilidad, las aspiraciones individuales de amplios sectores de la población están ligadas precisamente con eso: “crecer”. “Crecer”, en esta civilización de la desigualdad –la civilización capitalista–, es sinónimo de éxito. Hasta se valora a determinados productos cuando son caros, como sucede con los conocidos bienes Veblen (Leibenstein, 1950), que se emparentan con el “consumo conspicuo”, de Thorstein Veblen (1899) y John Maynard Keynes (1930). Recuérdese que el precio no siempre refleja la escasez o abundancia de un producto, como –entre otros– lo ha demostrado magistralmente Raj Patel (2009). Esto no es una consecuencia de falta de información.

Atado a lo anterior, es importante notar que los debates sobre experiencias y tendencias que deberíamos retomar sobre cómo lograr

la necesaria coordinación social, son más implícitos que explícitos. Muchas propuestas se concentran en nichos sociales y espacios de experimentación.

Una segunda ambivalencia es el no tratamiento de cuestiones relacionadas con la dominación (Brand, 2014). Ver los nichos y las prácticas alternativas propias de cada quien puede ser políticamente motivante, porque no considera el contexto —normalmente no favorable— ni sus prácticas. Sin embargo, es fundamental cambiar el papel de las condiciones macroestructurales socioeconómicas y políticas, socioestructurales, culturales y subjetivas e, incluso, los conceptos predominantes de las circunstancias naturales y de la Naturaleza.

El crecimiento económico exigido por el capitalismo configura las estructuras de propiedad y de clases, y la consecuente dominación y opresión de clase; también constituye las relaciones de género, étnicas e internacionales, como la dominación de la Naturaleza. Aquí aparece un punto crucial: la dominación como elemento fundamental de una sociedad conformada en clases, sobre la base de la sociedad privada. Cualquier alternativa debe considerar y cambiar esta condición existente.

La política orientada en el Estado y los partidos políticos, con un fuerte enfoque en crear constelaciones de crecimiento capitalistas políticamente convenientes, se debe a estructuras de poder sociales y socioecológicas, y es constituyente de ellas. Asimismo, el crecimiento capitalista se basa en la competencia entre diferentes espacios sociales (llamados “lugares de producción”). Bajo la globalización capitalista, los perfiles y contornos de estos espacios sociales tienden a destacarse aún más.

En su calidad de personas asalariadas, las mayorías —impotentes— reconocen y aceptan no solo el crecimiento capitalista, sino también las constelaciones de propiedad y dominación que lo fundamentan. Marx y Engels (1970) lo expresaron así:

El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada, que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino natural, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno,

situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni adónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y de los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos (p. 36).

Es ante este trasfondo que Antonio Gramsci elaboró su concepto de hegemonía. Según él, los elementos de consenso tanto materiales como ideológicos de la dominación se estabilizan mediante “el sentido de la razón cotidiana” (Gramsci, 1996 [1930]), que acepta ciertas dimensiones centrales del poder y de la dominación social como no cuestionables. En este sentido, la hegemonía es una práctica material integral, es decir, “las iniciativas cotidianas de muchos individuos y grupos sociales, que –en forma de una auto-sumisión activa a las costumbres comunes de grandes colectivos– muestran su aceptación de la dominación” (Demirovic, 1997, p. 257).

Desde la teoría de la hegemonía, cabe considerar que los individuos sometidos a tal dominación no conciben las constelaciones de poder sociales como tales, sino como una fuerza muda de circunstancias anónimas; como procesos de avance tecnológico, de mercados globales, productivismo y globalización, que prácticamente están fuera de su control. Estas constelaciones, al parecer, son asumidas como parte de un orden natural. La mayoría de las personas tiene poca capacidad de acción, menos aún de comprensión, lo que también explica su inacción. Además del aseguramiento de sus ingresos, uno de los motores de acción más importantes es el apuntalamiento del estatus, y ambos, por su parte, respaldan el modo de vida imperial. He ahí la base de la cultura capitalista.

Para enfrentar el reto, se requieren otros paradigmas, conceptos, teorías, indicadores y herramientas, enfocados en concebir y realizar esa nueva forma de vida solidaria, equilibrada y con sentido entre individuos y colectividades, sociedad y Naturaleza. Vemos a diario, en todo el planeta, muchísimas y múltiples prácticas alternativas, sustentadas en otras visiones del mundo, que surgen de la cotidianidad social y de la práctica política, más que de teoría alguna. Allí radica el gran potencial transformador, más aún que en el mundo de las teorías.

Punto clave: hay que deseconomizar muchos campos en donde el fetichismo capitalista ha tergiversado valores y principios; por ejemplo, toda esa trampa de conceptos como “capital humano” o “capital natural”, que los asume intercambiables entre sí o con el capital financiero, e, incluso, los entiende como objetos amortizables (Spash, 2012).

Otra ambivalencia que es pertinente mencionar se asocia con el trabajo (remunerado), que hasta ahora no se vincula en forma sustancial con el debate del decrecimiento (Reuter, 2010).⁶⁷ Esto sorprende, pues es un momento central de la socialización de las dinámicas y los problemas relacionados. En sociedades con producción capitalista, las mayorías no poseen medios de producción y no cuentan con ahorros suficientes que los liberen de vender su fuerza laboral. Así se reproduce el trabajo asalariado, que justamente produce la mercancía capitalista. En todo ello, la reproducción del trabajo asalariado y de las personas mismas en sus diferentes fases de vida y en todas las capas sociales, no solo se basa en el salario sino en el trabajo del hogar y de cuidado, que, por lo general, es realizado por mujeres. Este fenómeno es el resultado de una asimetría en las relaciones de género, con la distinción social entre trabajo “valioso” y “no valioso” (Biesecker y Hofmeister, 2010; D’Alisa et al., 2015). Así, consideramos que la visión del decrecimiento debería concentrarse más en el “acaparamiento en el campo del trabajo de cuidado” (Dörre, Ehrlich y Haubner, 2014).

En el campo político-estratégico, también extraña la poca importancia que el debate del decrecimiento otorga al trabajo. Es sorprendente, porque las perspectivas de vida y de empleo son fundamentales para realizar y poner en práctica otras formas de vida digna. No solo se trata de producir menos, sino de producir para vivir bien. Puestas las cosas en orden, el trabajo contribuirá a la dignificación de la persona.

Y en este contexto, habrá que pensar también en un proceso de distribución del trabajo asalariado, que cada vez es más escaso. Para lograrlo, la reducción del tiempo de trabajo y su redistribución exigen redefinir colectivamente las necesidades axiológicas y

67 Sobre la importancia del debate del decrecimiento para la sociología del trabajo en general, véase Mahnkopf (2012).

existenciales del ser humano (en función), con la mira puesta en la cobertura de los satisfactores singulares y sinérgicos,⁶⁸ ajustados a las disponibilidades de la economía y la Naturaleza. Por lo tanto, resulta indispensable construir alternativas transformadoras. Hay que modificar aquella visión errada de que las necesidades son infinitas, pues estas, como aclararon Manfred Max Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn (1986), son conocidas, siempre las mismas y constantes en todo tiempo y cultura; lo que cambian son los satisfactores. Esto será posible solo si se construyen sociedades afincadas sobre las equidades y la igualdad, en las que se introduzcan, a través de concertaciones democráticas, otros valores y prácticas en la sociedad; este proceso estará vinculado, por cierto, con una nueva forma de pensar y organizar la economía y la sociedad misma.

Todavía el debate no ha determinado qué formas de trabajo y qué sectores deben fortalecerse. Norbert Reuter, economista del Sindicato Unido del Sector Servicios alemán (Ver.di), aboga por expandir los servicios, pues en países como Alemania suelen dañar menos al medioambiente y su productividad aumenta lentamente, y porque, además, en áreas como formación/capacitación, salud, educación y atención de personas, urgen políticas, incentivos, instituciones que propicien una acción diferente.

Nosotros consideramos pertinente mirar a las constelaciones actuales específicas en el sector del trabajo, de la distribución del trabajo y de la relación entre trabajo remunerado y otras formas laborales. El trabajo concreto está profundamente arraigado en diversas formas de dominación empresarial y social (de clase, de género, de raza), en políticas estatales, formas y visiones de una vida atractiva, y también en las diferentes subjetividades. En consecuencia, la reorganización del trabajo (redistribuir el trabajo) está estrechamente enlazada con la redistribución del poder, de la riqueza y de la participación, así como con la capacidad de acción social y política.

La redistribución de la riqueza (p.e. de la tierra y el agua, de los ingresos y la riqueza misma), y la distribución del ingreso, con criterios

68 Los satisfactores no son objetos materiales, sino construcciones culturales que pueden o no involucrar bienes económicos; varían con el tiempo y la cultura; aún más, permiten definirla. Los bienes cambian con los ciclos económicos, la moda, y pueden ser coyunturales.

de equidad, así como la democratización en el acceso a recursos económicos (como créditos), están en la base de alternativas económicas; o sea, de una economía solidaria, incluyendo cooperativas, economías comunitarias, autogestionarias y públicas.⁶⁹ Las finanzas deben apoyar al aparato productivo y ya no ser instrumentos de acumulación y concentración de riqueza en pocas manos; menos aún, ser fuente que alimente la especulación.

Una mirada a las estructuras de poder sociales también nos permitiría comprender que si no son transformadas, una economía que ya no crece podría fortalecer tendencias capitalistas monopólicas. Este es un tema que debe analizarse con detenimiento. El decrecimiento *per se* no cambia las estructuras y constelaciones de poder. Como anota Barbara Muraca (2014), es posible que se reproduzcan incluso estructuras de corte fascista y algún tipo de nacionalismo exacerbado.

Una de las estrategias populares al interior del debate sobre el decrecimiento es la desmonetización de la economía. Sin embargo, Exner (2014) explica que eso no será suficiente, y forzosamente hace falta transformar las esferas y constelaciones sociopolíticas.

Entonces, la modificación del marco general,⁷⁰ tal como propaga la perspectiva del decrecimiento en términos amplios, probablemente no sea suficiente para lograr los objetivos deseados.

Por último, permítasenos señalar que el decrecimiento es una perspectiva de cambio fundamental de las constelaciones de producción y de vida, de las estructuras y los dispositivos sociales correspondientes, para llegar a una visión, como el Buen Vivir, o más precisamente dicho: para crear las condiciones para un Buen Vivir plural, puesto que las ideas sobre lo que es el Buen Vivir seguirán difiriendo. Y no solo eso: sería un error tratar de definir y, más aún, imponer un esquema único de Buen Vivir.

¿Cuáles son los caminos y formas institucionalizadas aceptables y cómo consensuarlos en la sociedad? ¿Cómo negociar las necesidades y las formas para satisfacerlas? ¿Cómo se trataría a personas

69 La discusión sobre esta cuestión es cada vez más amplia en todo el mundo. A modo de ejemplo, recomendamos los aportes de José Luis Coraggio (2011) y Franz Groll (2013), entre muchos otros.

70 Véase aportes en Seidl y Zahrnt (2010).

y grupos con otras visiones y cómo hacer para que los principios y prácticas del decrecimiento y de nuevas formas de bienestar no se vuelvan un paradigma represivo? (Graefe, 2016). Además, ¿cómo manejar el hecho de que cuando de necesidades y su satisfacción se trata, el disfrute esté precisamente en no (tener que) justificarlas?. Y, con eso, llegamos a los procesos de negociación sociales y a las estructuras y los procesos democráticos. En palabras menos propias de los clásicos citados, ¿quién le pondrá el cascabel al gato?

Sin duda, en una sociedad donde el decrecimiento adquiere fuerza, deben minimizarse la coacción y la violencia. Con seguridad habrá tensiones y conflictos entre constelaciones de poder a escala local, regional y nacional. El asunto es cómo manejarlos en cada uno de esos espacios.

3.4. Decrecimiento, ¿una perspectiva para el Sur global?

Está claro que urge discutir de manera seria y responsable sobre el decrecimiento económico en el Norte global (no basta el crecimiento estacionario), que necesariamente deberá venir de la mano del postextractivismo en el Sur global. Ahora, cuando los límites de la sustentabilidad del mundo están siendo literalmente superados, es indispensable, además, construir soluciones ambientales, vistas como una asignatura universal. Por cierto, eso implica repensar, desde sus raíces y peculiares dinámicas, la economía, la política y las estructuras sociales.

Por un lado, los países actualmente empobrecidos y estructuralmente excluidos tendrán que buscar opciones de vida digna y sustentable, que no representen la reedición –en muchas ocasiones caricaturizada– del modo de vida imperial. Mientras que, por otro lado, los países “desarrollados” deberán resolver los crecientes problemas de inequidad internacional que ellos han provocado; en especial, estarán obligados a incorporar criterios de suficiencia en sus sociedades, antes que intentar sostener, a costa del resto de la humanidad, la lógica de la eficiencia, entendida como la acumulación material permanente. Los países ricos, en definitiva, requieren cambiar su modo de vida que pone en riesgo el equilibrio ecológico mundial, pues

desde esta perspectiva son, de alguna manera, también subdesarrollados o “maldesarrollados” (Amin, 1990; Tortosa, 2011). En este empeño, será necesario desandar gran parte del camino recorrido, dar marcha atrás en un crecimiento cuyos resultados resultan irrepetibles a escala mundial. A la par, deben asumir su corresponsabilidad para posibilitar una restauración global de los daños provocados; en otras palabras –como ya lo indicamos– no pueden evadir el pago de su deuda ecológica, además de las deudas históricas (incluyendo las culturales), que provienen de sus pasados imperiales.

De todas formas, este debate del decrecimiento en el Sur global se encuentra en un nivel embrionario. Eso se constata en las diversas discusiones sobre esta cuestión. La Conferencia sobre el Decrecimiento de Leipzig, en 2014, por ejemplo, ofreció varios eventos y talleres en donde se debatió si el concepto encajaba en la búsqueda de alternativas en el Sur global. Las respuestas fueron diversas, pero en su mayoría se asumió que esta es una asignatura solo para el Norte global.

Si bien es evidente que el imperativo capitalista del crecimiento y la orientación clásica en el “desarrollo” representan un problema también en el Sur, el decrecimiento todavía no logra permear conceptualmente la resistencia y las alternativas. Ashish Kothari, un conocido intelectual de la India y cofundador de la ONG Kalparvriksh, fue al grano, al señalar que “términos únicos no sirven para todo el mundo”.

Para presentar en la mencionada Conferencia de Leipzig, Beatriz Rodríguez-Labajos, de la Universidad Autónoma de Barcelona y del grupo de investigación internacional Ejolt⁷¹ aplicó una encuesta en la que indagó si el decrecimiento podría servir como perspectiva para el Sur global, entre contrapartes del proyecto en Ecuador, Uruguay, Kenia, Nigeria y Sudáfrica (Rodríguez-Labajos et al., 2016).

En correspondencia con los aspectos señalados, Rodríguez-Labajos plantea otra terminología que la del decrecimiento y, sobre todo, estrategias y tácticas más adecuadas que retomen otras luchas y prácticas actuales. De manera similar, Gudynas observa:

71 Web del grupo de investigación internacional Ejolt: <http://www.ejolt.org>

Las posiciones sudamericanas coinciden [con la perspectiva del decrecimiento] en tanto que dirigen la mirada hacia los aspectos negativos del crecimiento. Sin embargo, optan por separar el concepto del crecimiento de la esencia de los debates sobre el desarrollo. Su perspectiva es la del no-crecimiento. Y efectivamente, en los modelos alternativos que actualmente se barajan, no hay que entender el decrecimiento de algunos sectores como la meta sino como la consecuencia de la búsqueda de objetivos de calidad social y medioambiental (2012b, p. 15).

Ashish Kothari piensa en la misma dirección. Él acota que para las sociedades del Sur global el decrecimiento o postcrecimiento no es una estrategia adecuada, y que lo fundamental son los debates sobre el bienestar (estar bien o buen vivir o vivir bien). Al respecto, propone el concepto de la democracia ecológica radical. Para comprenderlo, hay que tomar en cuenta el contexto y las tendencias que recientemente se observan en la India.

El crecimiento inducido por los mercados globales ha generado muy pocos buenos empleos formales y ha empujado a más de cientos de millones de personas hacia los sectores informales (Shrivastava y Kothari, 2012). Es cierto que vienen construyéndose grandes infraestructuras, grandes empresas industriales y centros comerciales,

(...) pero más de dos tercios de la población india siguen viviendo privados de una o más necesidades básicas: alimentación sana, agua y aire puros, acceso a una vivienda digna, saneamiento básico y energía, oportunidades de formación, salud, sustento productivo (Kothari, 2014a).

En estos resultados, el crecimiento económico carga con parte de la responsabilidad. El fetiche del crecimiento y su supuesto de que combate la pobreza —así señala Kothari— es una de las causas de los enormes problemas que tenemos. Así, un estudio de la Cámara de Comercio de la India, realizado en 2008, muestra que la India consume el doble de recursos de los que tiene. En una de sus estimaciones, el Banco Mundial (2013) conjuga ambas dimensiones:

aproximadamente el 5,7 % del crecimiento económico se pierde por la destrucción del medioambiente, en donde el punto clave es el crecimiento real de los gastos de salud, como consecuencia de la destrucción medioambiental. Bien sabemos que si el cálculo del crecimiento del PIB incluyera todos los problemas ambientales y sociales, saldría negativo.

Asimismo, Kothari (2014b) señala que en la India la fijación en el crecimiento económico no permite que las alternativas surjan, y que les falta un marco coherente:

Lo que es importante conocer es la esencia de estas iniciativas y ver si los valores que emergen de ellas pueden ofrecer un marco cohesivo capaz de retar la visión y las prácticas que actualmente dominan la mentalidad del desarrollo centrado en el crecimiento.

El nombre que Kothari le da a este marco es “democracia ecológica radical”, y la dota de cinco elementos en extremo potentes, que deberíamos asumirlos como referentes en la construcción de alternativas:

- Sostenibilidad ecológica,
- Bienestar social y justicia social,
- Democracia directa,
- Democracia económica y
- Conocimientos comunes.

También el concepto de la justicia ecológica podría servir como punto de referencia para muchos debates. A estas alturas de la discusión, es obvio que no puede haber justicia ecológica si no viene de la mano de justicia social, y viceversa, como ya lo hemos anotado en un par de ocasiones.

4. POSTEXTRACTIVISMO COMO CONCEPTO NUEVO Y CONDICIÓN PARA UN BUEN VIVIR

Debe quedar clara la urgencia de analizar la economía y la sociedad misma del crecimiento. No basta propiciar un crecimiento estacionario. Se requiere el “decrecimiento” en el sentido descrito: desacelerar cambiando la economía y realizar una transformación socioecológica que incluya cambios profundos de imaginarios y relaciones de poder; prácticas económicas, políticas y culturales diferentes; otras formas de procesar los conflictos a diferentes niveles, empezando por limitar los intereses dominantes y su poder. Si la economía decrece, la única forma posible de generar bienestar a más personas es un cambio profundo en la distribución y en los patrones de consumo.

4.1. Buen Vivir y postextractivismo

Como lo vimos anteriormente, son ya muchos los pensadores en el Norte global que han demostrado las limitaciones del crecimiento económico. Pero, ¿cuál es su significación en el Sur global? En este punto, las mencionadas preguntas formuladas por el notable pensador mexicano Enrique Leff (2008) son cruciales. Para comenzar, él plantea que

(...) no debemos pensar solamente en términos de decrecimiento, sino de una transición hacia una economía sustentable. Esta no podría ser una ecologización de la racionalidad económica existente, sino Otra Economía, fundada en otros principios productivos. El decrecimiento implica la deconstrucción de la economía, al tiempo que se construye una nueva racionalidad productiva (p. 3).

Y de allí se pregunta:

- ¿Cómo desactivar el crecimiento de un proceso que tiene instaurado en su estructura originaria y en su código genético un motor que lo impulsa a crecer o morir?

- ¿Cómo llevar a cabo tal propósito sin generar como consecuencia una recesión económica con impactos socioambientales de alcance global y planetario? (p. 3)

De una u otra forma, se expande la construcción de alternativas para generar una forma distinta de organización de la reproducción y de la misma sociedad. Requerimos otra economía para otra civilización. Ese es el reto que se acepta. Y aunque el decrecimiento no está tan posicionado como en Europa, también es motivo de preocupación en el Sur.

Esto demanda que los nuevos motores de la economía giren alrededor de la solidaridad, reciprocidad, complementariedad y armonías, y la relacionalidad. Así –siguiendo las reflexiones de Enrique Leff– se debe deconstruir la racionalidad capitalista y reconstruir alternativas, para superar al capitalismo. Al reconocer y valorar otros saberes y prácticas, así como al reinterpretar socialmente la Naturaleza desde imaginarios culturales, como los del Buen Vivir o *Sumak Kawsay*, se podrá construir esa nueva racionalidad social, política, económica, cultural, indispensable para la transformación.

Entonces, en lo económico se precisa reorganizar la producción, desengancharse de la excesiva dominación de los mecanismos de mercado (sobre todo mundial), restaurar la materia utilizada, para reciclarla y reordenarla en nuevos ciclos ecológicos. El mundo necesita también una racionalidad ambiental que deconstruya la (i) racionalidad económica, a través de la reapropiación de la Naturaleza y reterritorialización de las culturas. Las visiones utilitaristas deben ceder paso a otras aproximaciones sustentadas en los Derechos de la Naturaleza y siempre en los Derechos Humanos. Así, el abastecimiento de las sociedades se transformará desde estas nuevas y renovadas perspectivas de reproducción de la vida: las viviendas y el transporte, las ciudades y el campo, el sistema de agricultura y alimentación, la educación y la salud, la comunicación y el vestuario.

En América Latina hay muchos conceptos para alternativas de fondo. Pero decrecimiento y postcrecimiento aún no son parte sustantiva de ellas. Sin embargo, hay otras opciones que implican potentes alternativas. Especialmente en los países andinos, el Buen

Vivir o Buenos Convivires adquiere cada vez más defensores.⁷² Tanto en Ecuador (2008), como en Bolivia (2009), el Buen Vivir o el Vivir Bien, respectivamente, llegaron a ser partes importantes de sus Constituciones, que definen Estados plurinacionales,⁷³ incrementan la autonomía de los pueblos indígenas, los derechos colectivos, entre otros avances fundamentales en esas direcciones. En el caso ecuatoriano y —no así en el boliviano—, se llegó incluso a reconocer constitucionalmente los Derechos de la Naturaleza.⁷⁴

En cambio, en Brasil, por ejemplo, estas visiones alternativas no han llegado a tener importancia, y la visión que mejor caracteriza la diversidad de resistencias⁷⁵ y alternativas es la justicia ecológica. En muchos debates concretos, los temas centrales son la soberanía alimentaria, el derecho a la ciudad, a la ciudadanía y otros; pero, poco a poco, vienen relacionándose y acercándose con lo que entendemos como el paradigma del Buen Vivir.

En ese contexto, emerge otro concepto que generará lazos y vínculos sociopolíticos: el postextractivismo. Nace de una constelación doble: la exitosa movilización contra el neoliberalismo y el cuestionamiento del neoextractivismo, impulsado por gobiernos abiertamente neoliberales o “progresistas”. El intento de fortalecer y perfilar el postextractivismo se comprende como la tentativa de crear condiciones necesarias para que enfoques como el Buen Vivir puedan cristalizarse, y para aportar al debate con una posición radical.

72 Dejemos sentado en este libro que cuando se escribe Buen Vivir o Vivir Bien, salvo que se anote expresamente lo contrario, se lo interpreta como *sumak kawsay* (kichwa), *suma qamaña* (aymara), *ñande reko* (guaraní).

73 La discusión sobre la plurinacionalidad y los aportes del mundo indígena en este sentido son sumamente amplios en Bolivia y, en menor medida, en Ecuador. De una muy larga lista, se podría recomendar los textos en alemán de Isabella Radhuber y Philipp Altmann, así como los aportes de Aníbal Quijano, Boaventura de Sousa Santos y Raúl Prada Alcoreza, entre otros.

74 Para el debate del concepto, véase p.e. Gudynas (2012a), exposiciones en Lang & Mokrani (2013), Acosta et al. (2013), Villalba (2013), Sistematización del debate feminista por Vega Ugalde (2014).

75 La literatura sobre las resistencias a los extractivismos crece y se diversifica continuamente, por lo que sería muy difícil hacer una selección de los textos más destacados. Sin embargo, proponemos la lectura del libro editado por Maristella Svampa y Mirta A. Antonelli: *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales* (2009), o del libro coordinado por Tatiana Roa Abendaño y Luisa María Navas: *Extractivismo – Conflictos y resistencias* (2014).

Ahora, hace falta especificar los contenidos del término Buen Vivir, pues hablamos de un campo político y epistémico muy controvertido (Gabbert, 2012). Todavía no se puede afirmar que las actuales propuestas del Buen Vivir en América Latina vengán acompañadas de un decrecimiento, en el sentido de desmaterialización, descosificación y descentralización.⁷⁶ Así, por ejemplo, el Plan Nacional de Desarrollo de Ecuador cambió de nombre a Plan del Buen Vivir y propaga la necesidad de superar el extractivismo, pero en la práctica no se cumple este lema, ni siquiera en el propio plan. En realidad, el gobierno de Correa ahondó el extractivismo –incluso más que los anteriores regímenes neoliberales–, para supuestamente “salir del extractivismo”.

Para quienes critican al extractivismo, las tendencias antes descritas encierran el peligro de una mayor dependencia de la región respecto del mercado mundial. Esto ocasionará una mayor destrucción de las bases vitales ecológicas; la externalización de gastos sociales y ecológicos que conlleva esta forma de economía, y, también, el riesgo de un creciente menosprecio de los derechos de minorías sociales y políticas, por parte de quienes sostienen el poder político.⁷⁷

Los diferentes extractivismos (minería, monocultivos agroindustriales, minas de carbón, explotación de hidrocarburos, etc.) conducen a procesos de transformación territorial que desembocan en un reordenamiento de paisajes, constelaciones sociales y relaciones laborales, y que fragmentan el espacio. Algunas características de estos procesos son la modificación de fronteras territoriales y los “encercamientos” (*enclosure*), la formación de enclaves, la desdemocratización del aprovechamiento de la Naturaleza y amplias destrucciones medioambientales (Fairhead, Leach, y Scoones, 2012; Peluso y Lund, 2011; Svampa, 2012; Unceta, 2014; Gudynas, 2016). Así, las legislaciones fiscales y ambientales, así como las políticas infraestructurales y de fomento, se enfocan en actividades extractivas –pero, generalmente, sin participación de la población en las regiones afectadas (Svampa, 2012, p. 56). Tanto en Bolivia como en Ecuador

76 Véase p.e. Unceta (2014, pp. 67-73), Acosta (2014); Moreno (2014, p. 265f) subraya la necesidad de una desurbanización.

77 Véase p.e. Gudynas (2012a), Lander (2012) y Svampa (2012).

se han promulgado leyes de minería con una fuerte orientación en los intereses de los inversionistas (para Bolivia, véase Andreucci y Radhuber, 2015; Cedla, 2014; para Ecuador, los textos de Sacher y Acosta, 2012; y Sacher, 2016).

Los modos de vida, de consumo y de producción devoradores de Naturaleza en el Norte y en el Sur global podrían aumentar aún más el extractivismo, en la medida que se fomenta un modelo social y de “desarrollo” basado predominantemente en la explotación de recursos y en el apoderamiento de rentas, por concepto de la exportación de materias primas; una realidad patrocinadora de mayor dependencia de la volatilidad de los precios y del poder oligopólico de las empresas transnacionales.

Las críticas y las resistencias contra las prácticas extractivistas se hacen sentir en todas partes, sobre todo en las regiones donde se desarrollan este tipo de actividades. Sin embargo, muchas veces, en otras regiones y a escala nacional, estas resistencias y críticas son duramente reprimidas y también invisibilizadas. En los últimos años, esas protestas y críticas suelen entenderse como parte de movimientos que alientan el postextractivismo. Se trata, en primer lugar, de poner sobre el tapete las controversias y el precio que pagamos con la actual modalidad de acumulación primario-exportadora,⁷⁸ para, desde allí, ir construyendo las alternativas que permitan superar los extractivismos. No obstante, aún existen vigorosas constelaciones o alianzas de actores bien definidas que defienden a rajatabla el extractivismo.

4.2. Elementos centrales del postextractivismo

En forma análoga al decrecimiento, el postextractivismo no solo critica la explotación de recursos naturales y los problemas socioeconómicos, políticos y ecológicos que esta práctica conlleva; también sostiene que los procesos actuales constituyen modelos, conceptos y prácticas de “desarrollo” que deben ser cuestionados. Objeta la fe inquebrantable de la era moderna en el progreso, en la técnica, en el paradigma del crecimiento y en la comprensión de la Naturaleza como recurso explotable. Cuestiona, asimismo, los patrones de

78 Véase Lang y Mokrani (2013).

dominio político autoritario y vertical, y la asimetría de la integración al mercado mundial. Por otra parte, revela que la idea actual del desarrollo y las prácticas correspondientes son totalmente imperiales.

Una perspectiva postextractivista rebate el dualismo entre “desarrollado” y “subdesarrollado”, entre rico y pobre, avanzado y obsoleto, civilizado y salvaje. Rompe con el concepto del “desarrollo”, pensado de forma teleológica; es decir, en dirección a algún objetivo supuestamente claro, que niega alternativas, sueños y luchas. De hecho, estas categorías de progreso y desarrollo sintetizan la dominación y la sumisión (Unceta, 2009).

Así, en cierto sentido, el postextractivismo coincide con el postdesarrollo (Escobar, 1995; Esteva, 1995; Ziai, 2007). No es un rechazo general de todo uso o apropiación social de recursos naturales, sino de la dominación y destrucción de la Naturaleza, de la marginación y la explotación de los seres humanos, así como de las estructuras sociales locales y regionales que favorecen la apropiación, motivadas por el mercado global capitalista.

A la crítica y rechazo de la lógica instrumental e imperial europea, se suma la demanda de descolonizar el conocimiento y sus sistemas. La “epistemología del Sur” (De Sousa Santos, 2014) trata de mostrar que, implícitamente, el pensamiento europeo considera que gran parte del mundo es “desordenado”, debe ser explotado, reprimido y, finalmente, integrado a la misma visión europea. En suma: civilizado. En cambio, desde una “ecología del conocimiento” se reconocerían como iguales las diferentes formas de conocimiento, para convertirlas en elementos de descolonización —o, en términos de la ciencia y tecnología: para aspirar a una coproducción de conocimientos (Jasanoff, 2004)—.

En general, el debate del postextractivismo parte indicando que hoy vivimos una crisis universal de la civilización, y no solo una crisis económica, financiera o múltiple. Esto coincide con nuestra hipótesis inicial, que asume que vivimos ya una crisis civilizatoria. Sin embargo, en América Latina no es fácil introducir esta idea al debate público o al pensamiento cotidiano de la población. Hay una enorme ilusión de los beneficios que ofrecen el “progreso” y el “desarrollo” mismo, a pesar de que solo son entelequias que, en el fondo, ocultan

la real intención: la expansión capitalista. Por tanto, es crucial señalar con el dedo las enormes implicaciones que trae consigo el neoextractivismo y su significado cultural-simbólico: con este se recoloniza no solo nuevos territorios, sino también culturas y mentes.

Al contrario de los debates europeos alrededor del decrecimiento y la transformación, especialmente en los países andinos (Bolivia y Ecuador), la experiencia es que los movimientos radicales trajeron gobiernos “progresistas” y nuevas Constituciones. La sociedad vivió cambios –tras importantes luchas, por cierto–, y todavía, aunque los gobiernos de estos países han terminado por convertirse en simples modernizadores del capitalismo, existe un potencial de cambio para dejar atrás sociedades y constelaciones neoliberales, así como las viejas construcciones sociopolíticas y culturales coloniales (aquí la pregunta correcta es cómo dejar atrás al propio capitalismo). Con todo, las movilizaciones sociales sí engendran cambios. Eso es lo que cuenta. En cierta medida, esta experiencia es aplicable también a Venezuela, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.

Con las propuestas del Buen Vivir no se quiere “regresar” al pasado ni idealizar modos de vida indígena-comunitarios. Se busca reconocer y respetar múltiples conocimientos y experiencias, así como prácticas en todos los órdenes de la vida. Por ejemplo, en Bolivia, los ayllus⁷⁹ son unidades de organización social fundamentales para la convivencia en las comunidades indígenas, y también para organizar resistencias y alternativas (Vega Camacho, 2013).

El hecho de que los gobiernos “progresistas” promuevan un modelo de crecimiento neoextractivista está generando nuevas movilizaciones.⁸⁰ Los ejemplos más emblemáticos son el conflicto boliviano del Tipnis (Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure); las protestas contra el proyecto de la represa de Belo Monte, en el noreste de Brasil, y el conflicto alrededor de la expansión minera en Ecuador, en donde fracasó (por ahora) la Iniciativa Yasuní-ITT, en especial, por la incapacidad del gobierno de Correa de elaborar y cristalizar una adecuada estrategia política.

79 Se entiende como ayllu al conjunto de familias emparentadas por rasgos de consanguinidad y afinidad.

80 Colectivo Voces de Alerta (2011), Svampa (2012), Acosta et al. (2013), Klein (2013), Endara (2014), Lang et al. (2015).

El tipo de luchas actuales gira en torno de territorios concretos. Maristella Svampa introdujo el término “giro ecoterritorial”, para resaltar que en América Latina se trata, en primer lugar, de luchas por tierra y territorios y, consecuentemente, por más autonomía y autodeterminación, de luchas contra la marginación social, la destrucción del medioambiente y a favor de la valorización del ser humano y la Naturaleza. Las demandas más importantes se refieren a moratorias en relación con megaproyectos y a la participación de la población afectada en la planificación de proyectos. Kristina Dietz amplía aún más la idea:

Un punto en común de las acciones colectivas en las luchas sociales de la actualidad suele ser el “territorio”, comprendido en un sentido amplio de la palabra. Las luchas territoriales tratan de quién ejerce el poder político y económico en el territorio, con qué medios, con qué legitimación y siguiendo qué conceptos de organización social y cultural. Las áreas rurales en las que se vienen ampliando la actividad minera o cultivos de soya transgénica y en las que la propiedad de las tierras se concentra en muy pocas manos, o los barrios urbanos (pobres) valorizados económicamente y controlados por el Estado no sólo son unidades de administración territorial. Son espacios en los que la población lucha por autonomía política, por participación y reconocimiento, por derechos fundamentales como p.ej. la soberanía alimentaria o el acceso a tierra y agua. Podríamos decir que las luchas sociales actuales “por el territorio” en América Latina aspiran a una práctica social y democrática diferente, pues al ocupar tierras con el objetivo de asegurar el acceso o la redistribución, al bloquear calles y carreteras con el objetivo de evitar la puesta en marcha de una mina o al ocupar casas con el objetivo de asegurar viviendas no se trata solamente de cuestiones materiales sino de la creación de espacios que permitan la generación de nuevas alternativas de desarrollo (2014, p. 21).

Al respecto, el debate latinoamericano distingue tres formas de extractivismo: extractivismo “depredador”, actualmente practicado; extractivismo “sensato”, que respeta ciertos estándares ecológicos y

sociales, a ser desplegado en la fase de transición postextractivista, y el extractivismo “indispensable” para la sociedad, donde los criterios de esta aproximación también son objeto de una negociación social (Gudynas, 2011, pp. 67-69). En el caso de la tercera forma, ya no se trata realmente de extractivismo, como una variante dominante de una economía primario-exportadora, sino de formas razonables, social y políticamente consensuadas de obtener recursos naturales.

En una primera fase, al introducir estándares sociales y medioambientales, tecnologías modernas, pagos de compensación para la población afectada y otras medidas, la transición hacia una economía postextractivista superaría el extractivismo “depredador”, para conducir a una versión “sensata” de este. Esto permitiría reducir la dependencia de las actividades extractivas e, incluso, ampliar el margen de acción del Estado hacia una política económica alternativa. La segunda fase se caracterizaría por el tránsito hacia una economía donde la explotación masiva de recursos naturales se reduzca a un mínimo, se reconozca la economía plural (incluyendo formas solidarias y comunitarias), se efectúen reformas agrarias, se introduzcan tecnologías adaptadas, y se reestructuren tributos y subsidios con criterios de equidad social y ecológica. En los países andinos, se ampliarían, además, los Estados plurinacionales. De igual manera, se intensificarían las cooperaciones e integraciones sobre bases de solidaridad y mutuo respeto a escala latinoamericana, en general.

El fomento y fortalecimiento de modos de vida alternativos, basados en la justicia social y sostenibilidad ecológica, requieren apoyo político e institucional, e implican un aprendizaje. No hay un plan maestro, sino ideas, visiones y prácticas de un Buen Vivir, que deben desarrollarse e instrumentarse en forma no autoritaria, y considerando el contexto concreto. La no existencia de un plan maestro es una de las mayores potencialidades, en tanto nos libera de aventuras dogmáticas y autoritarias impuestas desde arriba o, también, desde afuera.

Es más, la crisis provocada por la superación de los límites de la Naturaleza conlleva necesariamente a cuestionar la actual institucionalidad y la organización sociopolítica, sin caer en las trampas de sus razonamientos conceptuales y teóricos, que apenas permitirían

su modernización. Tengamos presente que,

(...) en la crisis ecológica no solo se sobrecargan, distorsionan, agotan los recursos del ecosistema, sino también los “sistemas de funcionamiento social”, o, dicho de otra manera: se exige demasiado de las formas institucionalizadas de regulación social; la sociedad se convierte en un riesgo ecológico (Becker, 2001, p. 8).

Ese riesgo amplifica las tendencias excluyentes y autoritarias, así como las desigualdades e inequidades, tan propias del sistema capitalista: “un sistema de valores, un modelo de existencia, una civilización: la civilización de la desigualdad”, tal como lo entendía el economista austriaco Joseph Schumpeter.

Ante estos retos, aflora con fuerza la necesidad de repensar la sustentabilidad, en función de asegurar las condiciones biofísicas de toda la vida y la resiliencia de la Naturaleza. En otras palabras, la tarea radica en el conocimiento de las verdaderas dimensiones de la sustentabilidad y en asumir la capacidad de la Naturaleza para soportar perturbaciones, que no pueden subordinarse a demandas antropocéntricas. Esta tarea demanda una nueva ética para organizar la vida misma. Se precisa reconocer que el desarrollo convencional nos conduce por un camino sin salida. Aceptemos que los límites de la Naturaleza, aceleradamente desbordados por los estilos de vida antropocéntricos, en particular exacerbados por las demandas de acumulación del capital, son cada vez más notables e insostenibles. Reconocer este punto es un primer paso para impulsar la gran transformación.

La tarea parece simple, pero es en extremo compleja. En lugar de mantener el divorcio entre la Naturaleza y el ser humano, hay que propiciar su reencuentro. Algo así como intentar atar el nudo gordiano, roto por la fuerza de una concepción de vida depredadora y, por cierto, intolerable. Bruno Latour (2007, p. 18) nos dice que “(...) se trata de volver a atar el nudo gordiano atravesando, tantas veces como haga falta, el corte que separa los conocimientos exactos y el ejercicio del poder, digamos la Naturaleza y la cultura”.

El aporte de Latour plantea profundos debates en la antropología sobre la división entre Naturaleza en singular y las culturas en plural. Empalmando las dos, la política cobra una renovada actualidad.

Para lograr esta transformación civilizatoria, una de las tareas iniciales radica en la desmercantilización de la Naturaleza, como parte de un reencuentro consciente con ella. Los habitantes de las ciudades deben entender y asumir que el agua, por ejemplo, no viene de los supermercados o del sistema de suministro municipal del líquido vital. Más que eso: los objetivos económicos deben respetar el funcionamiento de los sistemas naturales, sin perder de vista el respeto a la dignidad humana y procurando asegurar calidad en la vida de las personas.

Entonces, desde la diversidad propia de la sociedad se irá construyendo la libertad, la equidad y la felicidad para todos y todas. La tarea, en concreto, consiste en crear instituciones y normas para desarrollar y consolidar una democracia más prolífica y radical. Justamente desde allí se debe construir una transición postextractivista, como un proceso de democracia sin fin, en el que se conjuguen, por igual reforma, transformación estructural y rebeldía.

La tarea es revertir el dominio capitalista actual y crear un poder desde los intereses de toda la sociedad, así como repensar el Estado desde lo comunitario, al democratizar la democracia. Esto demanda una democracia directa en todos los ámbitos posibles de la sociedad; la intervención directa de la propia sociedad organizada, sobre todo desde los ámbitos comunitarios. Todo esto plantea la necesidad de crear espacios de autogestión. En síntesis, la solución no está en el Estado, aunque este, sin ser una herramienta de dominación, sí podría contribuir a la construcción de una sociedad no jerarquizada ni autoritaria, siempre que esté controlado desde lo comunitario. Ello exige un gran esfuerzo y mucha creatividad.

A diferencia del debate europeo, en América Latina se habla muy poco de consumo o conducta individual, aunque de cuando en cuando sí surgen críticas respecto del marcado consumismo del nuevo estrato medio urbano. Sin embargo, en general, los modos de vida alternativos se conciben más a nivel social y colectivo global, y menos a escala individual.

Al igual que la perspectiva del decrecimiento, la visión del postextractivismo implica grandes y amplias transformaciones sociales. El decrecimiento se arraiga más en el debate ecológico, con un enfoque más antropocentrista (Escobar, 2015). En ambos debates, el

concepto de justicia ambiental es clave. A nuestro parecer, el postextractivismo se concentra más en crear condiciones y formas sociales de reproducción social integrales –incluyendo en lo “social” aspectos económicos y medioambientales–. Aquí también coincide bastante con las experiencias latinoamericanas y las perspectivas feministas del debate sobre el decrecimiento.

Otros conceptos de Naturaleza, constelaciones naturales, Derechos de la Naturaleza marcan el camino más allá del decrecimiento. Se cuestiona radicalmente las visiones de la modernidad capitalista con su dicotomía entre sociedad y Naturaleza. Asimismo, se objeta el sometimiento al mercado mundial y la explotación de la Naturaleza propia de los extractivismos, que implican su sobreexplotación dramática y hasta su destrucción.

La visión latinoamericana critica como eurocentrista la perspectiva de mercantilización de la Naturaleza, y abstrae sus calidades concretas y sus condiciones de reproducción. La Naturaleza no es externa a la sociedad, manipulable y divisible. Al contrario, se trata de “comprender al ser humano como parte del tejido de la vida” (Gudynas, 2012a, p. 26) y de valorizar la Naturaleza extrahumana.⁸¹

La perspectiva latinoamericana aprecia más las experiencias y sentimientos que el debate del decrecimiento (que no lo desprecia del todo, pero claramente lo valoriza menos). Esta diferencia se debe a que los debates políticos, en América Latina, son mucho más elaborados en relación con la historia de la explotación de los recursos, y con el hecho de que muchas personas viven y experimentan en carne propia las consecuencias negativas.

Influye también aquello de que en las Constituciones de Bolivia y Ecuador se valora a la Naturaleza categóricamente, aunque solo la ecuatoriana estipula los Derechos de la Naturaleza. De hecho, se otorga derechos no solo a individuos, sino también derechos colectivos a grupos y comunidades, así como a seres vivos no humanos, incluyendo la Pacha Mama o Madre Tierra.

Incentivados por los movimientos de protesta indígenas, han surgido importantes debates sobre la interculturalidad, sobre todo en los países andinos. Contrariamente al concepto liberal del multiculturalismo,

81 Véanse las reflexiones sobre ecología política.

la interculturalidad propone un diálogo sobre alternativas al desarrollo que valore, por igual, todos los diversos aportes culturales, sean saberes o conocimientos, capaces de trascender la Modernidad occidental. Al analizar las discusiones sobre Buen Vivir, postextractivismo o alternativas al modelo de desarrollo actual, vemos que estas aproximaciones insisten más en los temas de poder y dominación, que en el debate sobre decrecimiento. Esto se debe a la historia real de la región, pues la violencia abierta y estructural, la exclusión, la humillación, pero también las diferentes combinaciones de poder, son mucho más marcadas en América Latina que en muchas partes de Europa. En el mundo latinoamericano, las personas sienten las violencias en carne propia, todos los días.

Ahora bien, los enfoques que acabamos de señalar nacen especialmente de experiencias de vida indígenas y de conflictos territoriales. La pregunta es si estos debates pueden ser aptos para un continente como Europa, donde los procesos de urbanización están muy avanzados y muchas personas ya perdieron el contacto con la tierra y el campo. Reflexión por igual válida para el continente americano, en donde el imparable proceso de urbanización ya ha provocado que más de la mitad de habitantes vivan en las ciudades.

4.3 Un paréntesis necesario: los límites de la Iniciativa Yasuní-ITT, una propuesta revolucionaria

La Amazonía ecuatoriana ha sido afectada por décadas, debido, sobre todo, a las actividades petroleras. La biodiversidad, una de las más ricas del planeta, se deteriora aceleradamente, y los pueblos indígenas en aislamiento voluntario se ven obligados a vivir en territorios cada vez más reducidos, en las últimas zonas de bosques intocados. En una zona cada vez más reducida, que ha perdido aceleradamente su verdadera riqueza, la biodiversidad, ha aumentado y se ha concentrado la población indígena. Esto determina que cada vez hay más oposición de parte de estos grupos humanos y también de los colonos, por cierto, a estas actividades.

A partir de esta compleja realidad, desde diversos ámbitos, no solo amazónicos, se enfrenta la explotación petrolera y recientemente también la megaminería. A la resistencia, que encuentra un hito

de repercusiones internacionales en el juicio en contra de la transnacional Texaco, ahora Chevron-Texaco, se sumó la construcción de alternativas. Una de ellas, también conocida internacionalmente, es la Iniciativa Yasuní-ITT.⁸²

Vale señalar que el Yasuní –con una extensión de 982 000 hectáreas–, en 1979 “fue declarado Parque Nacional. Y en 1989, fue declarada Reserva de la Biósfera por la Unesco”.⁸³ El Yasuní, hábitat de pueblos indígenas en aislamiento, y una de las zonas más biodiversas del planeta, representa múltiples principios y valores esenciales para los seres humanos y no humanos del planeta, como destaca el colectivo denominado Yasunidos:

- Es el símbolo del Buen Vivir.
- Es el emblema de resistencia de todas las luchas ambientalistas.
- Es la transición a un modelo socioeconómico amigable con la Naturaleza y con todos los animales, incluyéndonos.
- Es la utopía de otros estilos de vida.
- Es el estandarte mundial para combatir el cambio climático, y dejar los combustibles fósiles bajo tierra.⁸⁴

Esta Iniciativa, surgida desde la sociedad civil, mucho antes de que fuera asumida por el Gobierno, planteaba mantener el crudo bajo tierra, basada en cuatro pilares:

1. Proteger el territorio y, con ello, la vida de pueblos indígenas en aislamiento voluntario.
2. Conservar una biodiversidad inigualable en todo el planeta –la mayor registrada por científicos hasta el momento–.
3. Cuidar el clima global manteniendo represada en el subsuelo una significativa cantidad de petróleo, con lo que se evita la emisión de 410 millones de toneladas de CO₂.

82 Esto desató un interesante debate incluso a escala internacional. De una lista muy larga, destacamos algunos de los aportes de Martínez Alier (2007), Martínez (2009), Acosta, Gudynas, Martínez, y Vogel (2009), Larrea (2009), Narváez (2009), Martínez y Acosta (2010), Martín (2010), Vogel (2010), Acosta (2014).

83 Información disponible en <http://sitio.yasunidos.org/es/yasuni-itt.html>

84 Ver web del colectivo Yasunidos.

4. Dar un primer paso en Ecuador para una transición postpetrolera, lo que tendría un efecto demostración en otras latitudes.

Pero hay más. Como un quinto pilar, podríamos asumir la posibilidad de encontrar colectivamente –como humanidad– respuestas concretas a los graves problemas mundiales derivados de los cambios climáticos provocados por el propio ser humano, exacerbados sobre todo en esta última fase de expansión global del capital.

Inicialmente, el Gobierno ecuatoriano, como muestra de su interés por cumplir con una de sus ofertas de campaña, buscó posicionar el tema de la sustentabilidad y recogió esta iniciativa generada desde la sociedad civil. Se planteó la no exploración de la zona. Como contrapartida, el Ecuador esperaba la contribución financiera de la comunidad internacional, que debía asumir su responsabilidad compartida y diferenciada en función de los muchos niveles de destrucción ambiental, provocada por las diversas sociedades en el planeta, en particular por las más opulentas. No se trataba de una vulgar compensación para seguir forzando el desarrollismo (como entendió el Gobierno ecuatoriano). Esta iniciativa se enmarcaba en la construcción del Buen Vivir o *Sumak Kawsay*, en tanto alternativa al desarrollo, para, desde allí, ir construyendo un escenario que prevea detener y también revertir los graves desequilibrios provocados por el extractivismo, en términos amplios, y en concreto por el crecimiento económico.

La idea recibió el apoyo e interés de múltiples actores nacionales e internacionales, movimientos y gobiernos de diferentes continentes; sin embargo, fracasó a mediados de 2013.⁸⁵ El presidente Correa cedió a las presiones de las petroleras y a la necesidad de obtener recursos económicos, para tratar de sostener su política desarrollista. En marzo de 2016, Petroamazonas inició “la primera perforación de un pozo para explotar crudo en el eje de campos Ishpingo-Tambococha y Tiputini (ITT) o bloque 43, parte de ellos

85 La campaña gubernamental pública en contra de la Chevron-Texaco recién empezó luego de haber echado por la borda la propuesta de no explotar el Yasuní. En Perú, específicamente en relación con la explotación minera de Cajamarca, el presidente Humala prometió originalmente “Agua sí, oro no”; ofrecimiento que no cumplió posteriormente.

ubicados en la zona intangible del Parque Nacional Yasuní (...) (*El Comercio*, 30.03.2016). Así, este Gobierno posibilitó la entrega directa a empresas transnacionales de los grandes campos petroleros en explotación, conocidos como “los campos maduros” o, también, como “las joyas de la corona”. El propio Rafael Correa, en 2006, antes de ser presidente de la República, afirmaba con sólidos argumentos que tales operaciones eran una “traición a la patria”; pero hoy ese discurso es solo un recuerdo.⁸⁶

De esta manera, el Gobierno echó por la borda una oportunidad única, que recibió un amplio respaldo ciudadano: cientos de miles de firmas, recolectadas por el colectivo Yasunidos y otros actores sociales, que solicitaban una consulta popular a favor de dejar el crudo bajo tierra, fueron desconocidas arbitrariamente por el Consejo Nacional Electoral, que invalidó alrededor del 60 % de firmas.

Por lo pronto, esta Iniciativa aparece como fracasada, porque los países ricos no asumieron su responsabilidad y, sobre todo, porque el gobierno ecuatoriano no estuvo a la altura del reto revolucionario propuesto desde la sociedad civil. Pero aquí está una gran lección: no bastaba con que la sociedad civil, desde donde emergió esta propuesta, dejara en manos del Estado continuar con esta Iniciativa. La sociedad civil debió seguir impulsando directa y activamente esta propuesta revolucionaria, tanto dentro como fuera del país. Esa tarea fue reasumida por el colectivo Yasunidos, en agosto de 2013, cuando el gobierno de Correa reconoció que le había quedado muy grande esta Iniciativa.

Más allá de los discursos violentos y las amenazas autoritarias características de un gobierno intolerante, el colectivo Yasunidos no se ha detenido. Entre otras tareas, ahora, en vísperas de elecciones para presidente y asambleístas en el Ecuador, este movimiento estableció una agenda para comprometer a los futuros gobernantes, que contiene los siguientes puntos básicos:

86 Es recomendable escuchar en su totalidad esas afirmaciones, disponibles en el siguiente audio: <https://www.youtube.com/watch?v=Gn3TmHMZV1k&feature=youtu.be&a>

- Realizar una auditoría al proceso de recolección de firmas para la consulta popular sobre la explotación del Yasuní y establecer responsabilidades.
- Revisar concesiones petroleras y mineras, y realizar una auditoría de los contratos petroleros y sus Estudios de Impacto Ambiental.
- Revisar elementos inconstitucionales de la ley minera, como actividad en áreas protegidas y servidumbre en fuentes de agua.
- Proteger las fuentes de agua sobre cualquier interés extractivo.
- Respetar las áreas protegidas y zonas intangibles, sobre todo de los Pueblos Indígenas en Aislamiento Voluntario, donde no se desarrollarán proyectos petroleros ni mineros.
- Promover la participación, descentralización y procesos de consultas populares en los territorios.
- Establecer la obligatoriedad de la participación ciudadana sobre temas ambientales y a todos niveles de gobierno, impulsando la “consulta previa, libre e informada”, y analizando la posibilidad de que sus resultados se conviertan en vinculantes.
- Reformar el Código Orgánico Penal y suprimir artículos que reprimen la protesta social y vulneran derechos constitucionales como el derecho a la resistencia.
- Indultar o promover una amnistía, según el caso, para aquellas personas que han sido perseguidas a través de procesos judiciales, por defender sus ideas, Derechos Humanos o Derechos de la Naturaleza.
- Impulsar proyectos de legislación completa y desarrollo de políticas públicas para la protección de derechos de los animales.
- Elaborar una política agropecuaria que cumpla las normas constitucionales contra el ingreso y cultivo de transgénicos.
- Incentivar la pequeña producción agrícola rompiendo excesivas cadenas de intermediarios.⁸⁷

A la postre, un gobierno “progresista” agudizó la dependencia económica de las exportaciones primarias. En el camino quedaron los discursos ecologistas e incluso nacionalistas.

87 Tomado de: <http://sitio.yasunidos.org/es/comunicacion/blog/266-compromisos-de-los-candidatos-ante-los-siete-puntos-para-yasunizar-el-debate-2017.html>

Por lo tanto, no se trata simplemente de acceder al poder del Estado y tratar de cambiar la realidad desde allí. El Estado no es el único y tampoco el principal actor para dar paso a los cambios estructurales necesarios. Es más, el Estado, tal como está concebido, reproduce y consolida las estructuras de dominación. Esto es generalizable a prácticamente todos los Estados del planeta. La gran transformación que demanda este tipo de propuestas revolucionarias requiere el concurso amplio de organizaciones políticas y movimientos sociales de todo el planeta. La lucha local y nacional es fundamental, pero no tendrá mayor relevancia si no se comienza a actuar también globalmente.

5. POSTEXTRACTIVISMO Y DECRECIMIENTO: HACIA UNA APROXIMACIÓN COMPARTIDA

En América Latina, la idea del “desarrollo” está muy arraigada. Se da por sentada la necesidad de desarrollar, de crecer y sus respectivas prácticas. Es interesante anotar, eso sí, que las críticas más recientes no solo se limitan a rechazar el capitalismo neoliberal –cada vez más autoritario–, sino que también expresan la frustración por la incapacidad o falta de voluntad de los “progresismos” para romper con el extractivismo (Zibechi, 2015; Machado y Zibechi, 2016). Pero la crítica al crecimiento económico no está en la agenda del día. En cambio, el debate actual acerca del decrecimiento, en especial en Europa, surge sobre todo por la crisis múltiple en la que se encuentra ese continente, y también se nutre de reflexiones muy anteriores, que alientan una serie de discusiones que rebasan ampliamente los aspectos coyunturales.

5.1. Decrecimiento y postextractivismo: puntos de encuentro

Lo que comparten las dos perspectivas es la profunda crítica al capitalismo, en especial, su etapa neoliberal, que conlleva una mercantilización cada vez mayor de las relaciones sociales y de la Naturaleza. Asimismo, ambas perspectivas concuerdan en que el problema social de fondo son las visiones y prácticas de “progreso”, “desarrollo” y crecimiento, profundamente enraizadas. Manejan varios elementos de crisis y ejes de conflicto, para desarrollar una perspectiva social global. De igual manera, para ambas visiones, la desigualdad social y los problemas ecológicos, con todas sus inequidades, son un aspecto central de la crisis. Así, coinciden en que la mayoría de reservas de energías fósiles actualmente conocidas deben permanecer donde están: en el suelo, tal como recomienda la Agencia Internacional de la Energía, que de ecologista no tiene un pelo.

Postextractivismo y decrecimiento actúan en un terreno donde se enfrentan varias fuerzas progresistas (políticamente de izquierda

y analíticamente críticas), y donde se manejan también enfoques de desarrollo y crecimiento diferentes: el crecimiento verde o el desarrollo sostenible. Ambas subrayan la necesidad de distribuir no solo la riqueza y los ingresos, sino también el poder y la capacidad de actuar. Así, decrecimiento y postextractivismo buscan superar la reducción de los debates económicos y sociales progresistas, situados en la distribución de ingresos, para elevarlos a un nivel político de profundo contenido estructural. En este sentido, se oponen a las “falsas alternativas”: aquellas respuestas muy ajustadas a la política real e inmediata, que se resignan a ver la realidad como algo dado y difícil de cambiar.

La diversidad de imaginarios y sus orígenes son fundamentales para entender estos debates, y también para propiciar una gran transformación socioecológica, que incluye lo económico, lo político, lo cultural y lo ético. Estas diversas visiones exigen fuerzas sociales con intención y voluntad, sinceras para imaginar y promocionar cambios trascendentales, que generen la masa crítica necesaria para llevarlos a cabo. Habrá que aceptar la diversidad de objetivos y de posibles caminos, pero siempre a partir de mínimos comunes, desde donde construir los máximos acuerdos posibles y deseables.

En estos casos, como producto de la experiencia acumulada, se acepta que no hay rutas predeterminadas e indiscutibles, así como tampoco se pretende crear un plan maestro o una estratégica única. Sí está claro que toda estrategia, iniciativa y alianza deben fundamentarse y desarrollarse considerando el contexto concreto correspondiente, con la participación de los múltiples sujetos políticos portadores del cambio. No solo debe provenir desde el Estado, que bien sabemos favorece precisamente “el orden establecido”.

Es importante este punto en particular. La confianza en las instituciones sociales y políticas actualmente existentes, como el Estado, incluso en el mercado o la opinión pública, es escasa. Pero ambas perspectivas son muy conscientes de su importancia para los procesos de cambio y transformación —especialmente del Estado. En algunos enfoques progresistas, se considera todavía al Estado el motor central para el cambio, aunque los dos conceptos que aquí tratamos lo conciben como estrechamente vinculado con el gran problema del modelo de desarrollo.

Tanto decrecimiento como postextractivismo se refieren al concepto de bienestar y a visiones futuras que deben apuntar a la participación política, a formas de producción social y ecológicamente compatibles, y a una vida atractiva para todos los seres humanos. Para lograrlo, dicen, es necesario cambiar las formas desestabilizadoras del crecimiento capitalista y los intereses consiguientes. Solo así se conseguirá crear condiciones sociales que permitan a las personas desarrollar y vivir su individualidad, en un contexto social solidario y comunitario que es, precisamente, el prerrequisito para ello: una tarea por demás compleja.

La visión de decrecimiento que postula Stephan Lorenz (2014, p. 72) se vincula directamente con la del postextractivismo, pues recalca que lo importante del debate son los

(...) movimientos de búsqueda de modelos de vida y de bienestar alternativos que necesiten menos cosas y que, sobre todo, desarrollen otra relación con las cosas. El fin y el objetivo no son el mero 'menos es más'. (...) En los nuevos conceptos de abundancia y bienestar será más difícil separar trabajo y consumo, producción y uso.

Y, finalmente, por muchas que sean las diferencias, ambas perspectivas manejan una fuerte y contundente crítica del conocimiento (postextractivismo), o de las ciencias actualmente predominantes (decrecimiento), dirigida en particular a la economía ambiental neoclásica, pero también a las teorías keynesianas y a las mismas teorías del desarrollo, hijas de la colonialidad.

5.2. Diálogos y experiencias transnacionales

Cumpliendo con las características de un texto que invita al debate, a continuación, señalaremos algunos aspectos que, ojalá, permitan relacionar y motivar un diálogo entre las dos perspectivas. Aportamos, asimismo, ciertas ideas novedosas y sugerencias.

El postextractivismo recalca, con mayor claridad que las visiones del decrecimiento, los mecanismos destructores del capitalismo postcolonial, patriarcal y jerarquizador. Tiene que ver con el hecho de que las experiencias y vivencias del mercado global, de las

políticas de dominación, de las dinámicas de la mercantilización y de la opresión están más presentes en países del Sur global. Y, en efecto, el debate latinoamericano aclara mucho más aquellos problemas que nos afectan, estrechamente relacionados con los modos de vida y producción capitalistas hoy predominantes, cuyos orígenes coloniales son inocultables. Estos modos no implican solo sistemas de producción y de consumo específicos, sino también coincidentes estructuras de poder (incluso sobre la Naturaleza). La visión del postextractivismo parte de una comprensión más fundamental y holística del capitalismo –de cuya fuente podría obtener mucho provecho la perspectiva del decrecimiento–.

El debate sobre las “alternativas al desarrollo”, como marco central del postextractivismo, constituye una crítica integral del concepto de desarrollo y del progreso mismo, así como de sus prácticas relacionadas. Nace en el Sur global y

(...) por lo tanto, tiene una posición especial al interior de la visión del post-crecimiento, puesto que toma en cuenta aspectos como pobreza, desigualdad y los problemas ambientales que aquejan las sociedades del Sur. (...) El lente del desarrollo produce un análisis de la expansión de la economía basada en el crecimiento (incl. modelos extractivos actuales) desde el punto de vista del Sur global, cuyo encuentro con la globalización económica moderna muchas veces ha sido mediado por la política de desarrollo (Hollender, 2015, p. 74).

Asimismo, la crítica del neoextractivismo está estrechamente vinculada con el cuestionamiento de las estructuras de poder y dominación sociales, con las cuales se arraigan e imponen determinadas formas de apropiación de la Naturaleza.

Aquí cabe rescatar lo que sostienen Schneider, Kallis, y Martínez Alier (2010, p. 511), cuando afirman que el decrecimiento es una “transición voluntaria, tersa y equitativa hacia un régimen de menor producción y consumo”. Por consiguiente, se habla mucho de alternativas y nichos concretos, en sociedades donde se han conseguido ciertos niveles de bienestar. Sobre la base de la experiencia latinoamericana, quienes defienden el postextractivismo responderían que

lo de “voluntaria y tersa” quizá subestima las realidades del poder establecido, de las estructuras sociales y de los dispositivos e intereses opuestos. En efecto, en América Latina, los conflictos tienen contornos y perfiles mucho más claros y, por tanto, se debaten más explícitamente. Ahora bien, el decrecimiento también interviene en las constelaciones de poder social y político, pero debería hacerlo de manera más explícita y reconociendo que la disputa por el poder no es “tersa”, y que los poderosos no cederán sus privilegios de forma “voluntaria”.

Al igual que la crítica de la dominación, tampoco la perspectiva de la emancipación se desarrolla lo suficiente. El decrecimiento más parece advertir a las sociedades de mayores daños y desastres. Por eso, Niko Paech señala que no hace más que indicar cómo “organizar el colapso” (2013, p. 228). Pese a ello, cabe señalar que las perspectivas liberadoras y críticas de la dominación también estuvieron presentes en la Conferencia de Leipzig.⁸⁸

Como manifestamos antes, en la alternativa al neoextractivismo, el concepto de territorio, como estructura social altamente compleja, tiene un papel más contundente –por no decir fundamental– en los debates. La crítica del concepto racionalista y dicotomizante occidental de la Naturaleza y de las constelaciones naturales separadas de “la civilización” puede ser una inspiración importante para el decrecimiento. De hecho, tal perspectiva no presenta una novedad en la controversia; pero, hasta ahora, es poco común.

Ya lo vimos: es notorio que la disciplina científica de la economía ecológica tiene mayor influencia en Europa. En general, considera que la economía forma parte de la sociedad, y ambas son parte de la Naturaleza. A pesar de ello, casi siempre parte de una visión dicotómica entre sociedad y Naturaleza. Por tanto, el debate del decrecimiento debe y puede integrar más el aspecto de los Derechos de la Naturaleza.

Pero, si se plantea superar la explotación de la Naturaleza en función de la acumulación del capital, con mayor razón habrá que dejar atrás la explotación del ser humano. Al mismo tiempo, será necesario reconocer que los seres humanos no somos individuos

88 Ver Eversberg y Schmelzer (2016).

aislados que formamos parte de una comunidad, sino que “somos comunidad”, y que esas comunidades, pueblos, naciones y países deberían relacionarse también de forma armónica. La realización, reproducción y creación continua de lo comunal y de lo comunitario configura un horizonte de pensamiento y de acción local, nacional, regional e incluso global. Ese doble reencuentro, con la Naturaleza y con la comunidad (sin negar los alcances emancipadores de la individualidad), nos conmina a dar el paso civilizatorio que demanda la vigencia plena de los Derechos Humanos, en estrecha comunión con los Derechos de la Naturaleza.

El postextractivismo está altamente sensibilizado respecto de las diferentes formas de conocimiento y racionalidades que puede haber en muchas comunidades, a lo largo y ancho del planeta. Esta diversidad se concreta también en el discurso, en el necesario diálogo entre estas formas de conocimiento, así como sobre la correspondiente democratización del conocimiento. Para ello, faltan espacios para intercambiar experiencias. En América Latina, hay más prácticas en vida comunitaria y presencia de diversos modos de vida –situación que es un hecho, pero que no debe idealizarse–. Para conceptualizar la interacción entre diversas formas de producción y de vida, los pensadores bolivianos René Zavaleta y Luis Tapia han usado el término “sociedad abigarrada”.⁸⁹

Como revisamos anteriormente, el término “decrecimiento” es poco atractivo para las sociedades del Sur global; hasta para las del Norte, cabría añadir. Resultan más atrayentes conceptos como Buen Vivir; *Ubuntu* (“Una persona es una persona solo a través de las otras personas y de los otros seres vivos.”), en África; *swaraj* o democracia ecológica radical en la India (Kothari, Demaria y Acosta, 2015). No bastan los conceptos como postdesarrollo o postextractivismo. Esos prefijos “post” son insuficientes, pues apenas dicen lo que no se quiere más; no dan pautas hacia dónde caminar. El “post”, como afirma Koldo Unceta (2014a y 2014b), configura un concepto obús, en tanto visión destructora, no constructora y afirmativa.

Ya lo dijimos, la perspectiva del decrecimiento considera las formas concretas de trabajo y de división social del trabajo; pero, aun

89 Véase Tapia (2010), Zavaleta (2009).

así, no lo hace más que el debate sobre postextractivismo, donde se manifiesta particularmente en forma de una crítica de la división de trabajo internacional. Uno de los motivos puede ser que, por un lado, a nivel de actores, el postextractivismo se concentra más en los movimientos de resistencia y que, por el otro, está también marcado por el enfoque del postdesarrollo, que critica, sobre todo, los discursos dominantes, pero no cuestiona los sobreentendidos.

Un aspecto que el postextractivismo deja prácticamente de lado es que para el estrato medio latinoamericano, el modo de vida imperial es una aspiración que le motiva de manera permanente. Criticarlo es complejo, pues es atractivo –incluso aunque sea inalcanzable–, y porque su imaginario se expande más y más. Esta forma de vida implica no solo determinadas formas de producción y de consumo, sino también ciertas subjetividades y aspiraciones. Esto no es solo una crítica del consumo: va bastante más allá.⁹⁰ Lessenich (2014) sostiene que la subjetivización y formas específicas del conocimiento de actores que aseguran y respaldan las sociedades de crecimiento actuales son precisamente las que crean los problemas que hoy enfrentamos. El concepto de la “infraestructura mental” de Welzer describe una situación similar.⁹¹

Aquí falta abrir la puerta al análisis y a propuestas más concretas acerca de cómo abordar una transición desde las empresas de todo tipo. Los trabajos de Paech (2012) o de Felber (2012, 2014) analizan, de manera detallada, el sector empresarial y las posibles formas de organización empresarial alternativas. El debate del postextractivismo retoma las posiciones, las demandas y las experiencias de una economía plural, pero todavía las concretiza muy poco, aunque dispone de un amplísimo repertorio de formas de organizar la economía. Para ello se cuenta con valores, experiencias y prácticas civilizatorias alternativas, como las que ofrece el Buen Vivir o *Sumak Kawsay* o *Suma Qamaña* de las comunidades indígenas andinas y amazónicas. Las opciones socioeconómicas existentes, con un profundo significado cultural, son múltiples (Acosta, 2013).

90 Lorenz (2014, p. 46) advierte que el debate actual que critica el crecimiento argumenta desde el consumo y subestima los aspectos relacionados con la producción.

91 Ver tema 4.2 de esta publicación.

En lo económico, existen muchas prácticas de reciprocidad, de solidaridad, de correspondencia en el saber andino y amazónico, que se encuentran vivas de diversas formas en el desenvolvimiento social. Sin pretender agotar el tema y sin tratar de insinuar que estas formas productivas deben ser aplicables en todo tipo de situación económica, menos aún de la noche a la mañana, podríamos mencionar algunas formas de relacionamiento económico propias de las comunidades indígenas:

- *Minka* (minga): Es una institución de ayuda recíproca en el ámbito comunitario. Asegura el trabajo destinado para el bien común de la población. Se realiza para satisfacer las necesidades e intereses colectivos de la comunidad; por ejemplo, en la ejecución de obras como la construcción y mantenimiento de un canal de riego o de un camino. Es un mecanismo de trabajo colectivo que ha permitido superar y enfrentar el olvido y la exclusión del sistema colonial y republicano.
- *Ranti-ranti*: A diferencia del trueque puntual y único que se desarrolla en algunas economías mestizas, el intercambio forma parte de una cadena que desata una serie interminable de transferencias de valores, productos y jornadas de trabajo. Se sustenta en el principio de dar y recibir, sin determinar un rango de tiempo, acción y espacio. Está relacionado con ciertos valores de la comunidad relativos a la ética, la cultura y el contenido histórico.
- *Uyanza*: Es un momento para llamar a la convivencia y unidad de las comunidades. Es también una ocasión para agradecer a la Pacha Mama, por su capacidad de regeneración; es decir, por los productos que brinda a los seres humanos. También representa una institución de ayuda social y de reconocimiento a las familias que dieron su fuerza laboral en préstamo.
- *Uniguilla*: Es una actividad destinada al intercambio para complementar lo alimentario, utilitario. Permite mejorar la dieta alimenticia con productos de otras zonas, sobre todo a partir de diferentes pisos o nichos ecológicos.

- *Waki*: Otorgamiento de tierras cultivables al partir, a otra comunidad o familia que trabaja en el terreno. Involucra la repartición de los productos cultivados entre ambas comunidades o familias. Esta actividad también se da en el cuidado y crianza de animales.
- *Makikuna*: Es un apoyo que involucra a toda la comunidad, familia ampliada, amigos, vecinos. Es una especie de apoyo moral en el momento que más requiere una familia. Esta ayuda puede solicitarse en esas circunstancias. Sobre todo obedece a situaciones imprevistas y emergencias.

Otro punto fundamental radica en el reconocimiento de que el Buen Vivir no puede circunscribirse al mundo rural. Es cierto que las propuestas básicas provienen, en especial, de esos ámbitos. Los actuales espacios urbanos aparecen relativamente lejanos a prácticas de vida solidarias y respetuosas del ambiente.

Este es uno de los grandes y más complejos desafíos: pensar el Buen Vivir para y desde las ciudades, aprovechando, en algunos casos en América Latina, por ejemplo, que gran parte de los inmigrantes a las urbes aún mantienen lazos estrechos con sus comunidades de origen. En ese sentido, a modo de botón de muestra, se han formado grupos para construir/reconstruir formas de Vivir Bien en la ciudad de El Alto, en Bolivia.⁹²

Desde el campo de la política, concretamente en la toma de decisiones, es interesante reconocer que a nivel comunitario y de los ayllus, en muchas partes de la región andina y amazónica, el Buen Vivir nos muestra un estilo y forma de gobierno diferente. El Buen Vivir plantea la construcción de una sociedad fundamentada en la horizontalidad. Ello demanda democracia directa, acción directa y autogestión; no nuevas formas de imposición vertical y, menos aún, liderazgos individuales e iluminados. Con discusiones amplias y participativas, se avanza hacia consensos, que luego son sostenidos por

92 Ver las memorias del Encuentro de Movimientos y Organizaciones Urbanas “Vivir Bien/Buen Vivir desde contextos urbanos” [versión pdf]. El Alto, La Paz (Bolivia), del 28 de abril al 5 de mayo de 2013. Recuperado de: <http://www.rosalux.org.ec/attachments/article/738/FWT%20RD-Memoria%20Encuentro%20Urbano%20Internacional2013Bolivia.pdf>

la comunidad. Nuestras lógicas de democracia tienen mucho que aprender de estas experiencias.

Esta concepción de vida, donde la relacionalidad juega un papel preponderante, plantea un incesante y complejo flujo de interacciones y de intercambios. El dar y el recibir, en un interminable proceso de reciprocidades, complementariedades y solidaridades, constituye la base del Buen Vivir. Es decir, se asume la postura ética que debe regir la vida de un ser humano: cuidar de sí mismo y de los demás seres vivos. Y en este mundo de armonías, la vida está sobre cualquier otra consideración. Diríamos, en términos de confrontación política, que en el Buen Vivir interesa la reproducción de la vida y no la del capital.

Desde la lectura de los significados de la *chakana*, la cruz andina o cruz sagrada, se podrían extraer valiosas lecciones para comprender el significado de la unidad en la diversidad, que mantiene una permanente tensión de reciprocidad, de complementariedad, de relacionalidad, de correspondencia entre los distintos componentes de la vida. En este libro, por falta de espacio, no se profundiza más sobre las bases conceptuales y filosóficas de las culturas indígenas; sin duda, uno de los elementos fundamentales del Buen Vivir.

En otras partes del mundo, hay muchas prácticas y propuestas interesantes en este ámbito. A modo de una simple muestra de un universo cada vez más grande, destacamos las conocidas como “comunidades de transición” (*transitions towns*), que pretenden dotar de control a las mismas comunidades, para soportar el desafío del cambio climático y de la construcción de una economía postpetrolera. Este movimiento está activo en varios países de todo el mundo.⁹³

Un punto clave: la solución no está en el Estado (menos aún, en el mercado). Se requiere otro tipo de Estado —un Estado plurinacional,

93 Los orígenes de la propia *Energiewende* pueden ser incorporados en este esfuerzo de construcción de otro mundo desde las comunidades. Ver Tazio Müller (2015). “Alemania: La transición energética - Combinar escalas y estrategias para el cambio”. En Lang M., Cevallos B. y López C. (Eds). *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa* [versión pdf]. Grupo de Trabajo Permanente de la Fundación Rosa Luxemburg, Quito. Disponible en: <http://www.rosalux.org.ec/producto/como-transformar/>

como proponen los movimientos indígenas de Bolivia y Ecuador—,⁹⁴ que puede contribuir a la construcción de una sociedad no jerarquizada ni autoritaria, siempre que esté controlado desde abajo, desde lo comunitario. Cómo recuperar la política, en tanto espacio vivo de la sociedad, es una gran pregunta.

Finalmente, un comentario que puede ayudar. Consideramos que, dentro del movimiento del decrecimiento hay importantes voces que insisten en conservar las “cualidades de la modernidad” (Klein, 2013; Sommer y Welzer, 2014; Brie, 2014). No hay que malinterpretar: no es que, a *grosso modo*, el mundo va en buen camino y solo hay que “quitarle las malas costumbres” para que “la” modernidad se cristalice positivamente. En realidad, aún vivimos y sufrimos la dialéctica del Iluminismo y la misma Ilustración. A pesar de ello, la crítica de la modernidad debe manejar con cautela algunos logros (que se pueden discutir); por ejemplo, aspectos de la individualidad más allá de la dominación, funciones facilitadoras de la organización social, división del trabajo, algunas formas de anonimidad, etc.

94 Tampoco se ha avanzado mucho en este campo en Bolivia y, mucho menos, en Ecuador.

6. ¿CÓMO SALIR DEL LABERINTO? PERSPECTIVAS Y PREGUNTAS ABIERTAS

Las visiones y conceptos no solo están inmersos en la realidad social, de los intereses y de las estructuras de poder, sino que se manifiestan en la práctica social y, al mismo tiempo, también la guían, al visibilizar determinados hechos y constelaciones e invisibilizar otros.

En la sociedad, esta situación se refleja en la visión del crecimiento económico; un concepto apenas cuestionado en el Sur global.⁹⁵ En América Latina y en el resto del mundo “subdesarrollado”, el crecimiento económico se llega incluso a considerar como sinónimo de “desarrollo” en amplios segmentos de la población y en casi todos los gobiernos. En círculos especializados, se entiende más que esta comparación es equivocada; sin embargo, esto no ha hecho perder a este concepto su fuerza simbólica. Eso, no obstante, mal puede asegurar la permanencia de esta casi religión del crecimiento económico. Sus resultados no solo son insatisfactorios, sino que sus inconsistencias, como lo vimos antes, poco a poco empiezan a aflorar.

Es más, desde un enfoque más amplio, podríamos decir que el debate del decrecimiento, que está más afincado en los países industrializados, en cierta etapa del capitalismo, cuando las masas experimentaron un mejoramiento de la calidad de vida, se volverá más intenso globalmente cuando integre de manera sistemática las experiencias y debates desarrollados en el Sur global. Y, sobre todo, cuando se compruebe que el crecimiento económico permanente, en un mundo con claros límites biofísicos, es un imposible.

En este punto, resaltamos el hecho de que el decrecimiento y el postextractivismo se integran como las dos caras de una misma cuestión. Ambos enfoques discuten, de alguna manera, temas

95 Como dato curioso, mencionamos la declaración del presidente Correa, quien, ante la desaceleración de la economía, optó por cuestionar el crecimiento económico, afirmando que este no es necesario para el Buen Vivir (20 de octubre de 2015). Recuperado de: <http://www.larepublica.ec/blog/politica/2015/10/20/correa-reitera-crecimiento-economico-no-es-necesario-buen-vivir/>

históricamente antiguos y también nuevos, en tanto abordan de manera crítica los modos de vida existentes, e incluso proponen alternativas. Hablamos de modos de vida insertados en una lógica imperial que subordina la Naturaleza y el trabajo a las insaciables demandas de acumulación del capital. Así de simple, así de complejo.

En síntesis, con el presente aporte entendemos que, sin ser para nada sinónimos ni necesariamente complementarios, el decrecimiento y el postextractivismo son una suerte de dúo de expresiones relacionadas de una misma realidad global. Si el Norte global decrece (deteniendo o al menos frenando, por tanto, sus procesos de acumulación), con seguridad disminuirá sus requerimientos de objetos de trabajo y productos primarios de consumo (en especial, materias primas). Esto necesariamente debería obligar al Sur global a plantearse un proceso postextractivista.

Ahora bien, para aprovechar un diálogo común, tal vez debamos despedirnos de términos como decrecimiento y postextractivismo. Ya lo dijimos: son términos con muy escaso atractivo simbólico. Quizás hay que optar por conceptos como el Buen Vivir o Vivir Bien, o Bien Común de la Humanidad (Houtart, 2013), en tanto aproximaciones diferentes, emancipadoras y sostenibles. Como recomienda el propio François Houtart: “Debemos encontrar un nuevo paradigma de vida frente al paradigma de muerte” (2015). Y ese nuevo paradigma debe contar, incluso, con un gran atractivo simbólico, si lo que se busca es sumar consensos de amplios segmentos de la población mundial.

Conceptos —sería mejor referirse a vivencias— como el Buen Vivir deberían tratar de brindar aproximaciones sociales altamente complejas, interrelacionadas, de una vida o convivencia plena, libre de imposiciones; de libertad y felicidad, de complementariedad, de una vida en un entorno social y natural digno.⁹⁶ La cuestión es cómo proveerse, de forma concreta, solidaria y productiva, de una alimentación suficiente, así como de salud, vivienda, vestimenta, movilidad, comunicación y suministro energético para todas las personas, a través de sistemas de abastecimiento cada vez más autónomos, sin subordinar a la Naturaleza.

96 Gudynas (2012a, p. 13), Brand, Pühl y Thimmel (2013), Lorenz (2014).

Estos conceptos y estas prácticas serían parte integral de sociedades donde no reinen la dominación ni las imposiciones de cualquier tipo. Como punto de partida tendrían la aspiración común de identificar y revelar estructuras y procesos de poder ya existentes o que estén formándose, de criticarlos y superarlos. Como apunta Antonio Gramsci: se trata de conceptos y visiones morales superiores para una vida atractiva. O, en palabras de Hans Thie, quien, aludiendo a Hegel, habló de una ilustración suave, que cambie los parámetros de tal forma que mañana ya no sea correcto lo que hoy es considerado como tal.

Para concluir, a continuación presentamos algunas cuestiones abiertas, y acotamos también nuevas ideas y sugerencias.

En primer lugar, ambas perspectivas –decrecimiento y postextractivismo– podrían fortalecerse si manejaran un concepto de Estado y de política más explícito y más crítico. “Pensar globalmente, actuar localmente” está bien, pero no es suficiente. Además, por más críticas que hagamos al Estado, este existe y tiene un papel central en el capitalismo, como sistema interestatal.

Por un lado, suele considerarse al Estado como una instancia que, motivada por debates y movimientos críticos y por los problemas mismos, busca solucionar problemas. Pero, por otro lado, también el Estado es visto como parte del mal. La teoría crítica del Estado que lo define (tanto occidental como postcolonial) como una relación social y, al mismo tiempo, como una instancia que estabiliza las constelaciones de poder existentes, podría ayudarnos a precisar más el tema. Asimismo, surgen preguntas político-estratégicas sobre cómo respaldar y asegurar socialmente aquellas emancipaciones logradas y qué papel desempeña el Estado en todo ello (Lang y Brand, 2015).

Lo mismo sucede en las discusiones sobre postextractivismo y decrecimiento, respecto de conceptos muy difusos de la política (Demirovic, 2014). En algunos casos, se refiere a la famosa “postpolítica”, en tanto la política solo es un espectáculo que disfraza el “verdadero” lugar del poder social; es decir, la economía capitalista, y los intereses detrás, o sea, del capital. Para otros, y en la tradición de Carl Schmitt, la política tiene lugar como conflicto casi militarizado entre

alianzas y amigos en contra de enemigos (que tienen que ser identificados, hasta contruidos como una entidad; o sea, “el enemigo”). Y una tercera posición reduce “la política” a actos constituyentes y subversivos, más o menos revolucionarios y pensados como eventos; posición que deprecia las instituciones políticas como “lo político”.

Lo que omiten estas posiciones es que cualquier perspectiva emancipadora precisa no solo transformaciones y rupturas, aprovechando contingencias históricas. Además, requiere mecanismos para solucionar civilizadamente conflictos —y no de forma violenta—, para asegurar logros y consolidar dimensiones y relaciones sociales emancipadoras. Necesita espacios de discusión y reflexión, que —con las condiciones autoritarias y de tensiones y temor, creadas en Europa y América Latina— dolorosamente faltan. Necesitamos aproximarnos crítica y democráticamente a qué es lo que podemos asumir como lo común deseado, que debe asegurarse para toda la sociedad mediante leyes, reconocimiento y recursos materiales. Es decir, qué es lo particular legítimo y qué no lo es. Y todo esto, en un tránsito que no ahogue los pluralismos, sin dejar de abordar soluciones radicales, en la medida que vayan a la raíz de los problemas.

Intentar resolver este acertijo no será fácil. Para empezar, debemos reencontrarnos con “la dimensión utópica”, tal como planteaba el peruano Alberto Flores Galindo.⁹⁷ Esto implica fortalecer los valores básicos de la democracia: libertad, igualdad, solidaridad y equidades, mediante la incorporación de diversas aproximaciones y valoraciones conceptuales de la vida en comunidad, en todos los ámbitos de vida de los seres humanos, sean hogares o unidades de producción, por ejemplo. Estas nuevas formas de vida, sobre bases de verdadera tolerancia, tendrán que respetar, por ejemplo, la diversidad de opciones sexuales y de formas de organizar las familias y las propias comunidades. Ese nuevo horizonte sirve para caminar, como diría Eduardo Galeano (1993): “La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar”.

97 Reencontremos la dimensión utópica. Carta a los amigos (28 de mayo de 2005). CyberAyllu. Recuperado de: http://www.andes.missouri.edu/andes/Especiales/AFG_CartaAmigos.html

En conclusión, el Buen Vivir –en tanto filosofía de una vida sin filósofos– abre la puerta para construir un proyecto emancipador. Un proyecto que, al haber sumado muchas historias de luchas de resistencia y de propuestas de cambio, al nutrirse de experiencias sobre todo locales, a las que deberán sumarse aportes provenientes de diversas latitudes, se posiciona como punto de partida para construir democráticamente sociedades sustentables en todos los ámbitos. Temas como la construcción de una nueva economía o los Derechos de la Naturaleza se perfilan también como cuestiones que deben interesar a todas y todos y, como tales, deben ser discutidos y abordados, sobre todo a partir de experiencias locales o regionales específicas.

Para proponer una sociedad diferente, retomando nuevamente el pensamiento de Flores Galindo, muy en la tradición de los zapatistas mexicanos, “(...) no hay una receta. Tampoco un camino trazado, ni una alternativa definida. Hay que construirlo”. O, recogiendo la célebre frase de otro peruano, Carlos Mariátegui: “Ni calco, ni copia; sino creación heroica”.

No tener un camino predeterminado no es un problema. Todo lo contrario. Nos libera de visiones dogmáticas, pero nos exige mayor claridad en el destino al que queremos arribar, asumir conscientemente la transición hacia otra civilización; es decir, “entrar” en una fase en donde la vida sea lo prioritario. No solo cuenta el destino, sino también el camino o los caminos para conseguir la vida humana en dignidad, que garantice a todos los seres humanos y no humanos un presente y un futuro, y asegure, así, la supervivencia de la humanidad en el planeta.

En este contexto, lo político significa debates y prácticas hasta donde el proceso democrático alcance, sin marginar las esferas de lo económico y las formas de producción (en el sentido amplio), y de organizar la división de trabajo. Esta democratización radical también alcanza a lo cotidiano, a la esfera de las necesidades, sin perder la tensión necesaria con la exigencia de la libertad (que no es, para nada, una tarea fácil).

En segundo lugar, debe considerarse también la dimensión internacional, sobre todo, los efectos del mercado global y de la geopolítica. En el debate postextractivista, el mercado global está más

presente, pues el objeto de la discusión —el modelo de acumulación primario-exportadora, como base de un modelo de desarrollo— está totalmente vinculado con este. A pesar de ello, aún en América Latina, las alternativas se relacionan muy poco con el mercado mundial y la política global. A lo sumo, se piensan a escala continental; pero, por lo general, solo se quedan en un marco nacional. En pocas palabras: falta tomar en cuenta las múltiples y diversas experiencias y debates sobre el imperialismo, como el verdadero trasfondo de la actual globalización del sistema capitalista.⁹⁸

Si también la perspectiva del decrecimiento pretende reflexionar y actuar a favor de una transformación profunda, no podrá evitar pensar en una economía política y una ecología política, versiones críticas de la globalización capitalista e imperial. En concreto, esto significa analizar en un contexto global las constelaciones políticas, socioeconómicas, culturales y sociales naturales que se quieren cambiar, y estudiarlas bajo una teoría crítica de la transformación socioecológica. Para ello, hace falta una teorización, al mismo tiempo que un diálogo de las formas de conocimiento, y el desarrollo de muchas propuestas.⁹⁹

Es evidente que las experiencias del Norte global deberán considerar las experiencias y los debates que se generan en América Latina y en otras regiones del mundo, marginadas y empobrecidas. Ese intercambio de reflexiones y experiencias será muy útil para que los individuos y las comunidades opten por vías que aseguren su emancipación de las relaciones de dominación existentes y alienantes, mediante la superación de aquellas relaciones fetichizadas *ad infinitum*, propias del consumismo y productivismo.

Estos procesos de emancipación deben orientarse hacia el pleno disfrute de la individualidad en la comunidad, sin perjudicar a otras personas, así como en relaciones societales con la Naturaleza profundamente sustentables. Solo así se podrá poner fin a todo tipo de fetiches, y abrir la puerta a transiciones que nos permitan superar el extractivismo y la mencionada religión del crecimiento económico.

98 Toni Negri y Michael Hardt (2002), Claudio Katz (2011), Leo Panitch y Sam Gindin (2012), Deepa Kumar (2014), para mencionar apenas unas cuantas personas que abordan este tema crucial.

99 Ver, por ejemplo, las propuestas formuladas en el trabajo de Acosta y Cajas (2015).

Para superar la civilización capitalista, urge desarrollar en la práctica el decrecimiento y el postextractivismo, dentro de lo que se puede entender como el postdesarrollo. Ir más allá del capitalismo constituye el punto en común central de ambas perspectivas. Por lo tanto, no es conveniente dejar engañarse con situaciones pasajeras, como puede ser el *boom* de los recursos naturales, con sus consiguientes “acaparamientos de territorios externos e internos” (Dörre, 2015, p. 113 y ss.), que estabilizan y consolidan más aún las estructuras que criticamos y pretendemos cambiar. En todo momento, hay que poner en entredicho los modos de vida y de producción devoradoras de recursos naturales, que sofocan la vida misma. No hay ninguna posibilidad de que todos “ganemos”, ni en el Norte global ni en el Sur global, si se mantiene este tipo de modalidades de acumulación propias del capitalismo. Incluso, en el largo plazo, en lugar de “ganar-ganar”, al paso que vamos, terminaremos en una situación de “perder-perder”.

Y, con eso, llegamos a los temas culturales. Hollender (2015, p. 92) lo resume así: “Tal vez, el desafío más grande del post-crecimiento es la manera en la que el crecimiento ha llegado a formar parte de las normas, de los valores y de las conductas culturales”.¹⁰⁰ Esto es válido para el extractivismo, ya que en las sociedades extractivistas podemos encontrar una suerte de ADN extractivista profundamente arraigado. Por su parte, Kristina Dietz (2014) menciona la ventaja de analizar el crecimiento y la explotación de recursos naturales en el Norte y el Sur global desde un punto de vista de historia entrelazada: viendo el “desarrollo” y el “progreso” como parte de estructuras imperiales impregnadas de poder y dominación.

Esto demanda entender que el extractivismo no es solamente una estrategia económica, sino una forma de explotación altamente compleja, que no solo depende de la Naturaleza y la destruye, sino que estructura diversas relaciones sociales de producción y reproducción, trabajo y división de trabajo, formas de organización política y terrenos estatales, subjetividades e imaginarios sociales (muchos recogidos en las patologías antes mencionadas). Entonces, una

100 De manera similar, en Acosta (2014); sobre una economía política cultural, véase Sum y Jessop (2013).

estrategia postextractivista debe poner en entredicho la totalidad de las estructuras productivas, sociales y políticas que respaldan esta modalidad de acumulación primario-exportadora. Una tarea muy compleja. No olvidemos que hay amplios segmentos de la población que asumen el extractivismo como una palanca para potenciar el desarrollo y el progreso, a lo que se suman las interrelaciones transnacionales del esquema de dominación extractivista.

Para los enfoques emancipadores en el Sur global, que podrían resumirse bajo el concepto del postextractivismo, se necesitan cambios en América Latina y en el Norte global. Se acepta, entonces, que “el postextractivismo y el postcrecimiento son dos caras de una misma moneda, y, como tales, debemos tratarlos en los debates críticos del crecimiento” (Dietz, 2014, p. 19 y ss.).

Estas discusiones –presentes de diversas maneras en la realidad del todavía vigente sistema capitalista– se nutren de la imperiosa necesidad de promover en el mundo la vida armoniosa entre los seres humanos, y de estos en la Naturaleza; una vida que ponga en el centro la autosuficiencia y la autogestión de los seres humanos que viven en comunidad. El esfuerzo debe estar normado por estas cuestiones medulares que garanticen la reproducción de la vida. Ese es, en definitiva, un gran desafío para la humanidad.

Esto implica tener en mente un cambio de era. Habrá que superar la postmodernidad, en tanto era del desencanto. No puede continuar dominando el modelo de desarrollo devastador, que tiene en el crecimiento económico insostenible su paradigma de modernidad. Habrá, entonces, que derrotar a la idea del progreso, entendida como la permanente acumulación de bienes materiales.

¿Será posible que, a partir de la actual crisis del capitalismo, se procese una nueva organización civilizatoria para hacer realidad esas transformaciones, que permitan reconstruir –potenciando lo local y lo propio– otro tipo de Estados, renovados espacios regionales y locales, para desde allí construir democráticamente espacios globales democráticos, en fin, otros mapas territoriales y conceptuales?

Y, como ya indicamos brevemente, hay un tercer punto que tendría que debatirse más explícitamente: los límites, sean ecológicos o

planetarios,¹⁰¹ politizados en conceptos como el *peak oil* o pico petrolero. Pero ¿qué nos brindan los hallazgos de las ciencias naturales sobre los límites biofísicos y posibles puntos de inflexión en la política social?

En la actualidad, vemos que el descubrimiento y explotación de gas y petróleo “de pizarra bituminosa” ponen de cabeza –aparentemente– todos los pronósticos sobre el pico petrolero. Por supuesto, esto no significa que los límites no existan, pero tampoco son puntos de referencia cien por ciento fiables para la política emancipadora. Además, los límites (p.e. el objetivo de 2 °C en materia de cambio climático), obedecerían más a criterios políticos que a prudencia científica (Geden y Beck, 2014; Dietz y Wissen, 2009).

El debate crítico del decrecimiento corre el riesgo de subestimar un aspecto fundamental del crecimiento económico y, por ende, capitalista: la dominación. Muchos conceptos y términos aluden a esta subestimación: la “liberación de la abundancia”, la “igualdad de la felicidad” o las “infraestructuras mentales”. En este contexto, hace falta precisar qué se entiende como crecimiento capitalista o capitalismo en general. En realidad, muchos documentos y trabajos nos dejan en la incógnita al respecto, al sugerir que el crecimiento es simplemente el incremento de la producción material y del consumo, sin considerar sus implicaciones como constelaciones capitalistas sociales patriarcales, racistas o postcoloniales.

Revisar la esencia del crecimiento económico resulta, entonces, indispensable. Lo que sí cabría preguntarse es si hay formas de desarrollo de las fuerzas productivas que puedan transitar en otra dirección. Está claro que la destrucción producida por el crecimiento económico, en su forma de acumulación capitalista, es efectivamente la que conduce a un camino sin salida. Una evolución alternativa debería entrañar, sin duda alguna, otras lógicas económicas. Esta nueva economía deberá ser repensada desde la búsqueda y construcción de opciones diseñadas y aplicadas con una visión holística y sistémica, plasmada desde los Derechos Humanos y los Derechos de la Naturaleza, asumiéndolos como punto de partida y no de llegada. A ese respecto, puede pensarse en múltiples casos experimentados,

101 Límites discutidos de manera prominente en Rockström et al. (2009); véase también Mahnkopf (2013).

basados en el paradigma de la denominada “vía campesina” (Patel, 2009), entre muchos otros.

La situación es similar para diferentes enfoques al interior de la temática del postextractivismo. Allí, muchas veces, se maneja un tono claramente más crítico; pero muchas aproximaciones siguen siendo vagas y poco concretas, cuando del concepto de capitalismo o de las alternativas se trata. Esta es, a no dudarlo, una de las grandes tareas todavía pendientes, sin negar los avances que se han registrado en los últimos años.

Todo eso ocurre en un momento histórico en extremo complejo. En América Latina, los gobiernos neoliberales se consolidan mientras que los gobiernos “progresistas” pierden legitimidad,¹⁰² sobre todo, porque han regresado de una u otra manera al redil neoliberal, con regímenes autoritarios y caudillescos. En Europa, el auge de la extrema derecha es el pan de todos los días en muchos países. Por tanto, hay que identificar con claridad y urgencia los escollos a superar, que se encuentran inmersos en este sistema de muerte, el capitalismo, antes de que este termine por acabar con la vida en el planeta.

Es urgente abordar todos los desafíos políticos y analíticos existentes, desde visiones plurales y con acciones colectivas que demandan sociedades fundamentales en la igualdad y las equidades. Una tarea que nos conmina a caminar radicalizando la democracia: ¡siempre más democracia, nunca menos!

102 Al respecto, ver el debate en torno del “fin del ciclo”, de Mezzadra y Sztulwark (2015), Chodor (2015), Modonesi (2016), en la edición especial de *Latin American Perspectives*, 2016.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto. (2016a). Ocaso y muerte de una revolución que al parecer nunca nació. Reflexiones a la sombra de una década desperdiciada. Revista *Ecuador Debate* 98, pp. 7-28. Quito: CAAP.
- (2016b). Las dependencias del extractivismo. Aporte para un debate incompleto. Revista *Aktuel Marx Intervenciones* 20. *Nuestra América y la Naturaleza (colonial). del capital: La depredación de los territorios/cuerpos como sociometabolismo de la acumulación*, pp. 123-154. Santiago de Chile.
- (2015). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*. La Paz: Clae / Cedib.
- (2014a). Iniciativa Yasuní-ITT. La difícil construcción de la utopía. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=180285>
- (2014b). Pos-crecimiento y pos-extractivismo: Dos caras de la misma transformación cultural. En Varios autores, *Pos-crecimiento y Buen Vivir. Propuestas globales para la construcción de sociedades equitativas y sustentables*. Quito: FES-Ildis. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=196977>
- (2013a). Die Rechte der Natur. Für eine zivilisatorische Wende. En Manuel Rivera y Klaus Töpfer (eds.), *Nachhaltige Entwicklung in einer pluralen Moderne. Lateinamerikanische Perspektiven*. Berlín: Matthes y Seitz.
- (2013b). *El Buen Vivir Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Icaria: Barcelona. (Libro publicado también en francés, 2014; alemán, 2015; y portugués, 2016).
- (2013c). Otra economía para otra civilización. *Revista TEMAS* 75 (julio-septiembre), Cuba, pp. 21-27.

- (2011). Los Derechos de la Naturaleza. Una lectura sobre el derecho a la existencia. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.), *La Naturaleza con Derechos. De la filosofía a la política*. Serie *Debate Constituyente*. Quito: Abya Yala, pp. 317-368.
- (2009). *La maldición de la abundancia*. Quito: CEP, Swissaid y Abya Yala.
- (2003). ¡Globalización o desglobalización, esa no es la cuestión! Algunos comentarios para un debate (*in*)trascendente. [Versión PDF]. Carta Global latinoamericana, Claes. Recuperado de <http://globalizacion.org/wp-content/uploads/2016/01/CartaLat05AcostaGlobalizacion2003.pdf>
- (2001). La increíble y triste historia de América Latina y su perversa deuda externa. En Varios autores. *Otras caras de la deuda: propuestas para la acción*. CDES y Editorial Nueva Sociedad. Recuperado de http://www.lainsignia.org/2002/diciembre/econ_019.htm y http://www.lainsignia.org/2002/diciembre/econ_022.htm
- (1994). *La deuda eterna. Una historia de la deuda externa ecuatoriana*. Quito: Libresa.
- Acosta, Alberto, y John Cajas. (2015). *Instituciones transformadoras para la economía global. Pensando caminos para dejar atrás el capitalismo*. En Miriam Lang, Belén Cevallos y Claudia López (comps.), *La osadía de lo nuevo. Alternativas de política económica*. Grupo de Trabajo Permanente de la Fundación Rosa Luxemburg. Quito: Abya Yala, pp. 133-197.
- Acosta, Alberto, Eduardo Gudynas, Esperanza Martínez, y Joseph Vogel. (2009). Dejar el crudo en tierra o la búsqueda del paraíso perdido. Elementos para una propuesta política y económica para la Iniciativa de no explotación del crudo del ITT. *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana* 8 (23), p. 429.

- Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30511379019>
- Acosta, Alberto, y Francisco Hurtado Caicedo. (2016). De la violación del Mandato Minero al festín minero del siglo XXI. Recuperado de <https://www.rebelion.org/noticia.php?id=215028>
- Acosta, Alberto, y Esperanza Martínez (eds.). (2009). *Derechos de la Naturaleza. El futuro es ahora*. Serie Debate Constituyente. Quito: Abya Yala.
- Acosta, Alberto, Esperanza Martínez, y William Sacher. (2013). Salir del extractivismo: una condición para el Sumak Kawsay. Propuestas sobre petróleo, minería y energía en el Ecuador. En Miriam Lang y Dunia Mokrani (comps.). *Alternativas al capitalismo y al colonialismo del siglo XXI*. Grupo de Trabajo Permanente de la Fundación Rosa Luxemburg, Quito, pp. 307-380.
- Alimonda, Héctor (coord.). (2011). *La Naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- (2002). *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*. Buenos Aires: Clacso.
- Altvater, Elmar. (1993). *The Future of the Market*. Londres: Verso.
- Amin, Samir. (1990). *Maldevelopment. Anatomy of a Global Failure*. Recuperado de <http://www.unu.edu/unupress/unupbooks/uu32me/uu32me00.htm>
- Andreucci, Diego, e Isabella M. Radhuber. (2015). Limits to “Counter-neoliberal” Reform: Mining Expansion and the Marginalisation of Post-extractivist Forces in Evo Morales’s Bolivia. Recuperado de *Geoforum*. <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0016718515002304>

- Asara, Viviana, Emanuele Profumi, y Giorgos Kallis. (2013). De-growth, Democracy and Autonomy. *Environmental Values* 22 (2), pp. 217-239.
- Atzmüller, Roland, Joachim Becker, Ulrich Brand, Lukas Oberndorfer, Vanessa Redak, y Thomas Sablowski (coords.). (2013).. *Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Ávila Santamaría, Ramiro. (2011). *El neo-constitucionalismo transformador. El estado y el derecho en la Constitución de 2008*. Alberto Acosta y Esperanza Martínez (eds.). Abya Quito: Yala.
- Bhagwati, Jagdish N. (1958). Inmiserizing Growth. The *Review of Economic Studies* 25 (3). (Jun. 1958), pp.201-205.
- Bebbington, Anthony, y Jeffrey Bury (eds.). (2013). *Subterranean Struggles. New Dynamics of Mining, Oil, and Gas in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
- Becker, Egon. (2001). La transformación ecológica-social. Notas para una ecología política sostenible. En Reinhold E. Thiel (coord.). *Teoría del desarrollo. Nuevos enfoques y problemas*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, pp. 280-287.
- Becker, Egon, Diana Hummel, y Thomas Jahn. (2011). Gesellschaftliche Naturverhältnisse als Rahmenkonzept? En Matthias Groß (coord.). *Handbuch Umweltsoziologie. Wiesbaden Verlag für Sozialwissenschaften*. Traducción al inglés: *Societal Relations to Nature as a Common Frame of Reference for Integrated Environmental Research*. Recuperado de http://www.isoe.de/uploads/media/becker-hummel-jahn-soc-rel-nat-en-2012_01.pdf.
- Bender, Harald, Norbert Bernholt, y Bern Winkelmann. (2012)..*Kapitalismus und dann? Systemwandel und Perspektive gesellschaftlicher Transformation*. München: Oekom Verlag.

- Bieling, Hans-Jürgen. (2013). European Financial Capitalism and the Politics of (De-)financialization. *Competition y Change* 17 (3), pp. 283-298.
- Biesecker, Adelheid, y Sabine Hofmeister. (2010). (Re)productivity: Sustainable relations both between society and nature and between the genders. *Ecological Economics* 69 (8), pp. 1703-1711.
- Biesecker, Adelheid, Christa Wichterich, y Uta von Winterfeld. (2012). Feministische Perspektiven zum Themenbereich Wachstum, Wohlstand, Lebensqualität. Documento M-17 (26)23 de la Comisión de Expertos Crecimiento, Bienestar y Calidad de Vida del Parlamento Alemán.
- Borras, Saturnino M., Cristóbal Kay, Sergio Gómez, y John Wilkinson. (2012). Land Grabbing and Global Capitalist Accumulation: Key Features in Latin America. *Canadian Journal of Development Studies*, 33 (4), pp. 402-416.
- Boserup, Ester. (2007). Women's Role in Economic Development. *European Review of Agricultural Economics* 35 (4), pp. 598-601. Londres, Sterling: EarthScan.
- Boulding, Kenneth. (1966). The economics of the Coming Spaceship Earth. En H. Jarrett (ed.). *Environmental Quality in a Growing Economy*. Baltimore: Resources for the Future / Johns Hopkins University Press, pp. 1-14.
- Brand, Ulrich. (2016a)..Post-neoliberalism. In: Springer, Simon, Kean Birch y Julie MacLeavy (eds)..*Handbook of Neoliberalism*. Londres: Routledge, pp. 569-577.
- (2016b). How to get out of the Multiple Crisis? Towards a critical theory of Social-Ecological Transformation. *Environmental Values* 25 (5), pp. 503-525.

- (2016c). *Lateinamerikas Linke. Ende des progressiven Zyklus*. Hamburgo: VSA.
- (2014). Growth and Domination: Shortcomings of the (De-) Growth Debate. En A. Pažere, y A. Bielskis (eds.). *Debating with the Lithuanian Left: Terry Eagleton, Joel Bakan, Alex Demirovic and Ulrich Brand*. Vilnius: Demos, pp. 34-48.
- (2012). El papel del Estado y de las políticas públicas en los procesos de transformación. En Miriam Lang, y Dunia Mokrani (coords.). *Más Allá del Desarrollo*. Quito: Abya Yala y Fundación Rosa Luxemburg, pp. 145-158.
- Brand, Ulrich, Kristina Dietz, y Miriam Lang. (2016). Neo-Extractivism in Latin America..One Side of a new Phase of Global Capitalist Dynamics. *Revista de Ciencia Política* (Bogotá), en prensa.
- Brand, Ulrich, y Christoph Görg. (2003). ¿Globalización sustentable? Desarrollo sustentable como pegamento para el montón de cristales trizados del neoliberalismo. *Ambiente y Sociedad* 6 (1), Sao Paulo, pp. 45-72.
- Brand, Ulrich, y Miriam Lang. (2015). Green Economy. En Philipp Pattberg, y Fariborz Zelli (eds.). *Encyclopedia of Global Environmental Politics and Governance*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 461-469.
- Brand, Ulrich, y Markus Wissen. (2015). Strategies of a Green Economy, Contours of a Green Capitalism. En van der Pijl, Kees (ed.). *The International Political Economy of Production*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 508-523.
- (2014). Financialisation of Nature as Crisis Strategy. *Journal für Entwicklungspolitik* 30 (2), número especial Financialisation of Food, Land and Nature, pp. 16-45.

- (2012). Global Environmental Politics and the Imperial Mode of Living: Articulations of State-Capital Relations in the Multiple Crisis. *Globalizations* 9 (4), pp. 547-560.
- Breining, Lilli, y Michael Reckordt. (2012). *The Frenzy for Raw Materials. The Effects of Mining in the Philippines*. Essen: Philippenbüro.
- Brie, Michael (coord.). (2014). *Futuring. Perspektiven der Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- (2009). Ways out of the Crisis of Neoliberalism. *Development Dialogue* 51, pp. 15-31.
- Bryant, Raymond, y Sinead Bailey (1997). *Third World Political Ecology*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Buckel, Sonja, y Andreas Fischer-Lescano. (2009). Gramsci Reconsidered: Hegemony in Global Law. *Leiden Journal of International Law* 22, pp. 437-454.
- Burchardt, Hans J., y Kristina Dietz. (2014). (Neo-)extractivism. A new challenge for development theory from Latin America. *Third World Quarterly* 35 (3), pp. 468-486.
- Candeias, Mario. (2011). Passive Revolutions vs. Socialist Transformation. Documento para la Commons-Conference, en Roma, 28 y 29 de abril, 2011, organizado por Rosa Luxemburg Foundation Brussels.
- (2004). *Neoliberalismus, Hochtechnologie, Hegemonie. Grundrisse einer transnationalen kapitalistischen Produktions- und Lebensweise*. Hamburgo: Argument.
- Ceceña, Ana E. (2009). Postneoliberalism and its Bifurcations. *Development Dialogue* 51, pp. 33-43.

- (coord.). (2006). *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: Clacso.
- Ceceña, Ana E., Paula Aguilar, y Carlos Motto. (2007). *Territorialidad de la dominación. Integración de la Infraestructura Regional Suramericana*. Buenos Aires: Observatorio Latinoamericano de Geopolítica.
- Cedla (Centre for Labour and Agricultural Development). (2014). Ley Minera del MAS privatista y anti-indígena. *Boletín de seguimiento a políticas públicas*, 26.
- Cepal (Comisión Económica para América Latina). (2011). *Latin America and the Caribbean in the World Economy: A Crisis Generated in the Centre and a Recovery Driven by the Emerging Economies*. Santiago de Chile: Cepal / Naciones Unidas.
- Chodor, Tom. (2015). *Neoliberal hegemony and the Pink Tide in Latin America: breaking up with TINA?* Basingstoke / Hampshire / Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Colectivo Voces de Alerta. (2011). *15 mitos y realidades de la minería transnacional en la Argentina*. Colección Cascotazos. Buenos Aires: Editorial El Colectivo y Ediciones Herramienta.
- Coraggio, José Luis. (2011). Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital. En Acosta, Alberto, y Esperanza Martínez (eds.). *Serie Debate Constituyente*. Quito: Abya Yala.
- Cullinan, Cormac. (2003). *Wild Law. A Manifesto for Earth Justice*. Vermont: Chelsea Green.
- Correa, Rafael. (2012). Ecuador's Path. *New Left Review* 77, pp. 89-104.
- D'alisa, Giacomo, Frederico Demaria, y Giorgios Kallis (coords.). (2015). *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*. Barcelona: ICARIA. Libro publicado en varios idiomas.

- Daly, Hermann E. (coord.). (1999). *Ecological Economics and the Ecology of Economics. Essays in Criticism*. Chaltenham: Edward Elgar.
- (comp.). (1990). *Economía, ecología, ética. Ensayos hacia una economía en estado estacionario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Delgado Ramos, Gian C. (coord.). (2013). *Ecología política del extractivismo en América Latina: casos de resistencia y justicia socio-ambiental*. Buenos Aires: Clacso.
- Demaria, Federico, François Schneider, Filka Sekulova, y Joan Martínez Alier. (2013). What is Degrowth? From an Activist Slogan to a Social Movement. *Environmental Values* 22 (2), pp. 191-215.
- Demirovic, Alex. (2014). The Critique of Politics. Recuperado de <https://viewpointmag.com/2014/10/24/the-critique-of-politics/>
- (2011). Materialist State Theory and the Transnationalization of the Capitalist State. *Antipode* 43 (1), pp. 38-59.
- 1997. *Demokratie und Herrschaft*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Demirovic, Alex, Julia Dück, Florian Becker, y Pauline Bader (coords.). (2011). *VielfachKrise im finanzdominierten Kapitalismus*. Hamburgo: VSA.
- Deutscher Bundestag (Parlamento alemán). (2013). *Expert Commission, Growth, Well-Being, Quality of Life*. Reporte final. Berlín: Deutscher Bundestag.
- Dietz, Kristina. (2014). Nord-Süd-Dimensionen der Wachstumskritik. En Redaktionsgruppe Degrowth (ed.). *Mehr oder weniger. Wachstumskritik von links*. Berlín: Rosa-Luxemburg-Stiftung, pp. 18-21.

Dietz, Kristina, y Markus Wissen. (2009). Kapitalismus und natürliche Grenzen. Eine kritische Diskussion ökomarxistischer Zugänge zur ökologischen Krise. *Prokla* 159, pp. 351–370.

Dos Santos, Theotonio. (1998). La teoría de la dependencia un balance histórico y teórico. En Varios autores. *Los retos de la globalización*. Caracas: Unesco.

----- (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: ERA.

Dörre, Klaus. (2015). The New Landnahme. Dynamics and Limits of Financial Market Capitalism. En Klaus Dörre, Stephan Lessenich, y Hartmut Rosa. *Sociology, Capitalism, Critique*. Londres: Verso, pp. 11-66.

Dörre, Klaus, Martin Ehrlich, y Tine Haubner. (2014). Landnahmen im Feld der Sorgearbeit. En Brigitte Aulenbacher, Birgit Riegraf, y Theobald Hildegard (coords.). *Sorge: Arbeit, Verhältnisse, Regime*. Baden-Baden: Nomos, pp. 107-124.

Durand, Francisco. (2006). *La mano invisible en el Estado. Efectos del neoliberalismo en el empresariado y la política*. Lima: DESCO / FES.

Echeverría, Bolívar. (2010). *Modernidad y blanquitud*. México: ERA.

----- (2007). El capitalismo es posible solo sacrificando la Vida. *El Comercio*, entrevista efectuada el 4 de agosto de 2007.

Endara, Gustavo (coord.). (2014). *Post-Crecimiento y Buen Vivir. Propuestas globales para la construcción de sociedades equitativas y sustentables*. Quito: Fundación Friedrich Ebert.

Engels, Bettina, y Kristina Dietz (eds.). (2016). *Contested Extractivism, Society and the State: Struggles over Mining and Land*. Houndmills: Palgrave Macmillan (en prensa).

- Escobar, Arturo. (2015). *Degrowth, Postdevelopment and Transitions: A Preliminary Conversation*. Manuscrito.
- (1995). *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Esteva, Gustavo. (1995). Desarrollo. En Wolfgang Sachs (coord.). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. (Primera edición en inglés). Perú: Pratec.
- Esterman, Josef (2014). Ecosofía andina. Un paradigma alternativo de convivencia cósmica y de vida plena. En Varios autores: *Bifurcación del Buen Vivir y el sumak kawsay*. Ediciones SUMAK, Quito, pp. 47-86.
- Eversberg, Dennis, y Matthias Schmelzer. (2016). A Diverse and Conflictual Alliance: Convergence and Divergence at the Grassroots Level of the Emerging Degrowth Movement. Artículo en proceso de revisión de revista *Environmental Values*.
- Exner, Andreas. (2014). Degrowth and Demonetization: On the Limits of a Non-Capitalist Market Economy. *Capitalism Nature Socialism* 25 (3), pp. 9-27.
- Fairhead, James, Melissa Leach, y Ian Scoones. (2012). Green Grabbing: a new appropriation of nature? *Journal of Peasant Studies* (39), pp. 237-261.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). (2013). Food wastage footprint, Impacts on Natural resources, Summary report. Roma: FAO.
- Fatheuer, Thomas. (2011). *Buen Vivir. A Brief Introduction to Latin America's New Concepts for the Good Life and the Rights of Nature*. Berlín: Fundación Heinrich Böll.

- Felber, Christian. (2014). *Geld. Die neuen Spielregeln*. Viena: Deuticke.
- , 2012. *Gemeinwohl. Ökonomie. Eine demokratische Alternative wächst*. Viena: Deuticke. Publicado también en español: *La economía del bien común*. Deusto S.A. Ediciones.
- Felli, Romain. (2014). An Alternative Socio-ecological Strategy? International Trade Unions' Engagement with Climate Change. *Review of International Political Economy* 21 (2), pp. 372-398.
- Ferrer, Aldo. (2002). *Vivir con lo nuestro. Nosotros y la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Flores Galindo, Alberto. (s/f). *Reencontremos la dimensión utópica*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario y El Caballo Rojo.
- Forsyth, Timothy. (2003). *Critical Political Ecology*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Foster, John B. (2000). *Marx's Ecology: Materialism and Nature*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Frank, André Gunder. (1979). *Lumpenburguesía y lumpendesarrollo*. Barcelona: Laia.
- , (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Fraser, Alastair, y Miles Larmer (eds.). (2010). *Zambia, Mining and Neoliberalism: Boom and Bust on the Globalized Copperbelt*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Frers, Cristian. (2010). ¿Hacia dónde va la basura electrónica? Recuperado de http://www.ecoportall.net/Temas-Especiales/Basura-Residuos/hacia_donde_va_la_basura_electronica

- Furtado, Celso. (1974). *El desarrollo económico, un mito*. México: Siglo XXI.
- Gabbert, Karin. (2012). *Das Gute Leben ist in aller Munde*. Introducción a Gudynas, Eduardo: *Buen Vivir. Das Gute Leben jenseits von Wachstum und Entwicklung*. Berlín: Rosa Luxemburg Stiftung.
- , 2013 Hay que dejar de crecer. Acerca del postcrecimiento. En Miriam Lang, Claudia López C y Alejandra Santillana. *Alternativas al capitalismo y al colonialismo del siglo XXI*. Grupo de Trabajo Permanente de la Fundación Rosa Luxemburg, Quito, pp. 431-444.
- Gago, Verónica. (2015). Financialization of Popular Life and the Extractive Operations of Capital: A Perspective from Argentina. *The South Atlantic Quarterly* 114 (1), pp. 11-28.
- Gago, Verónica, y Diego Sztulwark. (2009). Notes on Postneoliberalism in Argentina. *Development Dialogue* 51, pp. 181-90.
- Galeano, Eduardo. (2011) [1971]. *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid: Siglo XXI.
- Gallas, Alexander, Lars Bretthauer, John Kannankulam, e Ingo Stütze (eds.). (2011). *Reading Poulantzas*. Londres: Merlin Press.
- Geden, Oliver, y Silke Beck. (2014). Renegotiating the global climate stabilization target. *Nature Climate Change* (4), pp. 747-748.
- Görg, Christoph. (2011). Societal Relationships with Nature: A Dialectical Approach to Environmental Politics. En Biro, Andrew (coord.). *Critical Ecologies. The Frankfurt School and Contemporary Environmental Crises*. Toronto: University of Toronto Press, pp. 43-72.
- Gibson-Graham, J. K. (2006). *The End of Capitalism (As We Knew It). A Feminist Critique of Political Economy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Giraldo, Omar Felipe. (2014). *Utopías en la era de la supervivencia. Una interpretación del Buen Vivir*. México: Editorial Ítaca.
- Graefe, Stafanie. (2016). Grenzen des Wachstums? Resiliente.Subjektivität im Krisenkapitalismus. *Psychosozial* 142 (2016).
- Gramsci, Antonio. (1996) [1930]. *Prison Notebooks*, vol. 2. Joseph A Buttigieg (ed.), Nueva York: Columbia University Press.
- Grugel, Jean, y Pia Riggirozzi. (2012). Post-neoliberalism in Latin America: Rebuilding and Reclaiming the State after Crisis. *Development and Change* 43 (1), pp. 1-21.
- Gudynas, Eduardo. (2016a). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*. Cochabamba, Bolivia: Cedib / Claes.
- (2016b). *Los Derechos de la Naturaleza. Respuestas y aportes desde la ecología política*. Quito: Abya Yala.
- (2014a). Sustentación, aceptación y legitimación de los extractivismos: múltiples expresiones pero un mismo basamiento. *Opera* 14 (Enero-Junio), pp. 137-159.
- (2014b). Buen Vivir: sobre secuestros, domesticaciones, rescates y alternativas. En Varios autores, *Bifurcación del Buen Vivir y el sumak kawsay*. Quito: Ediciones Sumak, pp. 23-46.
- (2013a). *Izquierda y progresismo: la gran divergencia*. Recuperado de <http://www.alainet.org/es/active/70074>
- (2013b). Extracciones, extractivismos y extrahecciones. Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales. *Observatorio del desarrollo*, 18 (febrero).
- (2012). Worte sind nicht neutral. Ein lateinamerikanischer

- Blick auf die Diskussion um ‚Wachstumsrücknahme‘. En *Südlink* 159 (Marzo), pp. 14-15.
- (2011). Alcances y contenidos de las transiciones al postextractivismo. *Ecuador Debate*, pp. 61-79.
- (2009a). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual. En: Jürgen Schuldt, Alberto Acosta, Alberto Barandiarán, Anthony Bebbington, Mauricio Folchi, Cedla Bolivia, Alejandra Alayza, y Eduardo Gudynas. *Extractivismo, política y sociedad*. Quito: CAAP /Claes , pp. 187-225.
- (2009b). El mandato ecológico. Derechos de la naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución. En Acosta, Alberto, y Esperanza Martínez (eds.). *Serie Debate Constituyente*. Quito: Abya-Yala.
- Gudynas, Eduardo, y Alberto Acosta. (2011a). La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad del Zulia–Venezuela, 16 (53 Abril-Junio), pp. 71-83.
- (2011b). El buen vivir o la disolución de la idea del progreso. En Mariano Rojas (coord.). *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina*. México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico de México, pp. 103-110.
- Haberl, Helmut, Marina Fischer-Kowalski, Fridolin Krausmann, Joan Martínez Alier, y Verena Winiwarter. (2011). A Socio-metabolic Transition towards Sustainability? Challenges for Another Great Transformation. *Sustainable Development* 19 (1), pp. 1-14.

- Harvey, David. (2003). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Helfrich, Silke, y Fundación Heinrich Böll. (2012). *Commons. Für eine neue Politik jenseits von Markt und Staat*. Bielefeld: Transcript Verlag.
- Hirsch, Joachim. (1997). Globalization of capital, nation-states and democracy. *Studies in Political Economy* (54), pp. 39-58.
- Hollender, Rebecca. (2015). Post-Growth in the Global South. The Emergence of Alternatives to Development in Latin America. *Socialism and Democracy* 29 (1), pp. 73-101.
- Hornborg, Alf, J. R. McNeill, y Joan Martínez Alier (eds.). (2007). *Rethinking Environmental History: World-System History and Global Environmental Change*. Colección Globalization and the Environment. Londres: Altamira Press.
- Houtart, François. (2013). *Ética social de la vida: hacia el bien común de la humanidad*. Madrid: Iepala Editorial.
- (2011a). *El camino a la Utopía y el bien común de la Humanidad*. Panamá / La Paz: Ruth Casa Editorial / Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- (2011b). El concepto del Sumak Kawsay (Buen Vivir) y su correspondencia con el bien común de la humanidad. *Ecuador Debate* 84. Quito: CAAP, pp. 57-76.
- Houtart, François, y Birgit Daiber (comps.). (2012). *Un paradigma post-capitalista: El bien común de la Humanidad*. Panamá: Ruth Casa Editorial.
- Hudis, Peter. (2013). *Marx's Concept of the Alternative to Capitalism*. Chicago: Haymarket Books.

- Ilich, Ivan. (2015). *Obras Reunidas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1985). *La sociedad desescolarizada*. México: Joaquín Mortiz.
- (1975). *Némesis médica: la expropiación de la salud*. Barcelona: Barral Editores.
- (1974). *Energía y equidad*. Barcelona: Barral Editores.
- (1973). *La convivencialidad*. Barcelona: Barral Editores.
- Institute Of Social Analysis Of Rosa Luxemburg Foundation. (2009). *The crisis of finance market capitalism. challenge for the left*. Traducción de la versión alemana 'Die Krise des Finanzmarkt-Kapitalismus. Herausforderung für die Linke'. *Kontrovers* 1/09. Berlín.
- CSI (Confederación Sindical Internacional). (2014). Workers y Climate Change. International Trade Union Confederation (ITUC). Contribución para la 20 Conferencia de la UNFCCC. 1-12 de diciembre de 2014. Lima, Perú.
- Jackson, Tim. (2009). *Prosperity Without Growth. Economics for a Finite Planet*. Londres: Earthscan.
- Jäger, Johannes, Bernhard Leubolt, y Lukas Schmidt. (2014). Alles Extraktivismus in Südamerika? *Journal für Entwicklungspolitik* (JEP) 30 (3), pp. 9-26.
- Jasanoff, Sheila (ed.). (2004). *States of Knowledge. The Coproduction of Science and Social Order*. Londres: Routledge.
- Jenss, Alke, y Stefan Pimmer (eds.). (2014). *Der Staat in Lateinamerika. Kolonialität, Gewalt, Transformation*. Münster: Westfälisches Dampfboot.

- Jessop, Bob. (2007). *State Power: A Strategic-Relational Approach*. Cambridge: Polity.
- Jorgenson, Andrew A., y James Rice. (2005). Structural Dynamics of International Trade and Material Consumption: A Cross-National Study of the Ecological Footprints of Less-Developed Countries. *Journal of World-Systems Research* 11 (1), pp. 57-77.
- Kallis, Giorgios. (2011). In Defense of Degrowth. *Ecological Economics*, 70 (5), pp. 873-880.
- (2011). *La teoría clásica del imperialismo* [version pdf]. Recuperado de http://www.lahaine.org/b2-img11/katz_teorial.pdf
- Kallis, Giorgos, y Hug March. (2015). Imaginaries of Hope: the dialectical utopianism of degrowth. *Annals of the Association of the American Geographers* 105 (2), pp. 360-368.
- Kaufmann, Stefan, y Tazio Müller. (2009). *Grüner Kapitalismus. Krise, Klimawandel und kein Ende des Wachstums*. Berlín: Dietz.
- Kerschner, Christian. (2010). Economic de-growth vs. steady-state economy. *Journal of Cleaner Production* 18 (6), pp. 544-551.
- Keynes, John Maynard. (1930). Economic Possibilities for our Grandchildren [version pdf]. En *Essays in Persuasion*. Nueva York: W. W. Norton y Co., 1963, pp. 358-373. Recuperado de www.econ.yale.edu/smith/econ116a/keynes1.pdf
- Kill, Jutta. (2015). *Financialization of Nature. Creating a New Definition of Nature*. Amsterdam: Friends of the Earth International.
- Klein, Dieter. (2013). *Das Morgen tanzt im Heute. Transformation im Kapitalismus und über ihn hinaus*. Hamburg: VSA.

- Kleinhüchelkotten, Silke. (2012). Suffizienz oder die Frage nach dem guten Leben. En Varios autores: *Wirtschaft ohne Wachstum?!. Notwendigkeit und Ansätze einer Wachstumswende*. Freiburg: Institut für Forstökonomie, Universität Freiburg.
- Koch, Max. (2012). *Capitalism and Climate Change*. Londres: Palgrave / MacMillan.
- Konecny, Martin. (2012). Die Herausbildung einer neuen Economic Governance als Strategie zur autoritären Krisenbearbeitung in Europa. Gesellschaftliche Akteure und ihre Strategien. *Prokla* 3 (2012), pp. 377-394.
- Kothari, Ashish. (2014a). Radical Ecological Democracy: A Path for India and Beyond. *Development* 57 (1), pp. 36-45.
- (2014b) .Degrowth and Radical Ecological Democracy: A View from the South. Recuperado de <http://blog.postwachstum.de/degrowth-and-radical-ecological-democracy-a-view-from-the-south-20140627>
- Kothari, Ashish, Federico Demaria, y Alberto Acosta. (2015). Buen Vivir, Degrowth and Ecological Swaraj: Alternatives to Sustainable Development and the Green Economy. *Development*, 57 (3/4), pp. 362-375.
- Kumar, Deepa. (2014). Imperialist feminism and liberalism. *Open Democracy* (6 de noviembre).
- Lander, Edgardo. (2012). The State in the Current Processes of Change in Latin America: Complementary and Conflicting Transformation Projects in Heterogeneous Societies. *Journal für Entwicklungspolitik* (JEP) 28 (3), pp. 74-94.
- (2011). The Green Economy: The Wolf in Sheep's Clothing. Recuperado de www.tni.org/green-wolf

- Lander, Edgardo, Carlos Arze, Javier Gómez, Pablo Ospina, y Víctor Álvarez. (2013). *Promesas en su laberinto. Cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina*. Quito / La Paz / Caracas: Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE) / Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (Cedla) / Centro Internacional Miranda (CIM).
- Lang, Miriam, y Ulrich Brand. (2015). Dimensiones de la transformación social y el rol de las instituciones. En Miriam Lang, Belén Cevallos y Claudia López (coords.). *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg, pp. 7-32.
- Lang, Miriam, Belén Cevallos, y Claudia López (coords.). (2015). *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg.
- Lang, Miriam, y Dunia Mokrani (coords.). (2013). *Más allá del desarrollo*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg.
- Larrea, Carlos. (2009). *Yasuni-ITT: Una Iniciativa para cambiar la historia* [versión pdf]. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores y Ministerio del Ambiente. Recuperado de <http://www.campusvirtual.uasb.edu.ec/uisa/images/yasuni/documentos/2011%20itt%20folleto%20esp.pdf>
- Latouche, Serge. (2010). Degrowth. *Journal of Cleaner Production* 18 (6), pp. 519-522.
- (2008). *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona: Icaria.
- Latour, Bruno. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Leff, Enrique. (2010). *Imaginario sociales y sustentabilidad* (mimeo).

- (2008). Decrecimiento o deconstrucción de la economía. *Revista virtual Peripeccias* 117 (8 de octubre).
- (2004). *Racionalidad Ambiental, La reapropiación social de la naturaleza*. México: Editorial Siglo XXI.
- (1994). *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. México: Editorial Siglo XXI.
- Leibenstein, Harvey. (1950). Bandwagon, Snob, and Veblen Effects in the Theory of Consumer's Demand. *Quarterly Journal of Economics* 62 (2, mayo), pp. 183-207.
- Leimbacher, Jörg. (2008). *Auf dem Weg zu Rechte der Natur. Stan der Dinge und mögliche nächste Schritte*. Berna, 22 de noviembre del 2008 (mimeo).
- (1988). *Die Rechte der Natur*. Basilea y Frankfurt am Main.
- Lessenich, Stephan. (2014). Akteurszwang und Systemwissen. Das Elend der Wachstumsgesellschaft. *Working Paper der DFG-KollektorforscherInnengruppe Postwachstumsgesellschaften*, Nr. 3/2014, Jena.
- (2011). Constructing the Socialized Self. Mobilization and Control in the "Active Society". En Ullrich Bröckling, Susanne Krasmann, y Thomas Lemke (coords.). *Governmentality. Current Issues and Future Challenges*. Nueva York / Londres: Routledge, pp. 304-319.
- Lohman, Larry. (2012). Mercados de carbono. La neoliberalización del clima. Serie *Debate Constituyente*. Quito: Abya Yala.
- Lorenz, Stephan. (2014). *Mehr oder weniger? Zur Soziologie ökologischer Wachstumskritik und nachhaltiger Entwicklung*. Bielefeld: Transcript.
- Luxemburg, Rosa. (1951) [1913]. *The Accumulation of Capital*. Lon-

dres: Routledge. Versión en español: La acumulación del capital. Edicions internacionals Sedov. Recuperado de versión pdf en: <http://grupgerminal.org/?q=system/files/LA+A-CUMULACI%C3%93N+DEL+CAPITAL.pdf>

Machado Araújo, Horacio. (2016). O debate sobre o “extrativismo” em tempos de ressaca A Natureza americana e a ordem colonial. En Varios autores. *Descolonizar o imaginário. Debates sobre pós-extrativismo e alternativas ao desenvolvimento*. Fundação Rosa Luxemburg, pp. 445-468. http://rosaluxspba.org/wp-content/uploads/2016/08/Descolonizar_o_Imaginario_web.pdf. También disponible en La naturaleza americana y el orden colonial del capital. El debate sobre el “extractivismo” en tiempos de resaca. Abril. Recuperado de <https://www.rebellion.org/noticia.php?id=211020>

----- (2015). *Ecología política del extractivismo*. Clase N°10. Curso Ecología Política Latinoamericana. Campus Clacso, Buenos Aires (mimeo).

----- (2014). *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea*. Colección Tiempo. Buenos Aires: Mardulce.

Machado, Decio, y Raúl Zibechi. (2016). *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Mahnkopf, Birgit. (2013). Peak Everything—Peak Capitalism? Folgen der sozial-ökologischen Krise für die Dynamik des historischen Kapitalismus. *Working Paper der DFG-KollegforscherInnen-gruppe Postwachstumsgesellschaften*, 02/2013, Jena.

----- (2012). Kapitalismuskritik als Wachstumskritik. En: Klaus Dörre, Dieter Sauer, y Volker Wittke (Eds.). *Kapitalismustheorie und Arbeit*. Frankfurt / Main: Campus, pp. 389-408.

Mann, Geoffrey. (2009). Should Political Ecology be Marxist? A

- Case for Gramsci's Historical Materialism. *Geoforum* 40 (3), pp. 335-344.
- Markantonatou, Maria. (2013). From the Limits to Growth to “De-growth”: Discourses of Critique of Growth in the Crises of the 1970s and 2008. *Working Paper der DFG-KollegforscherInnen-gruppe Postwachstumsgesellschaften*, 05/2013. Jena.
- Marini, Ruy Mauro. (1978). Razones del neo-desarrollismo. *Revista Mexicana de Sociología*, XL (XL).
- (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.
- Martin, Pamela. (2011). *Oil in the Soil: The Politics of Paying to Preserve the Amazon*. Maryland, EE.UU.: Rowman y Littlefield Publishers, Inc. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/80751655/Oil-in-the-Soil-The-Politics-of-Paying-to-Preserve-the-Amazon>
- Martínez, Alexandra, Sandra Rativa, Belén Cevallos, y Dunia Mokrani. (2015). El estado como instrumento, el estado como impedimento. Aportes al debate sobre la transformación social. En Miriam Lang, Belén Cevallos, y Claudia López (coords.). *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg, pp. 35-75.
- Martínez Alier, Joan. (2008). Decrecimiento sostenible. *Revista Ecología Política* 35, Icaria Editorial, pp. 51-58. Recuperado de <file:///C:/Users/Alberto/Downloads/Dialnet-DecrecimientoSostenible-2676655.pdf>
- (2007). Ecuador: La moratoria petrolera en el Parque Nacional Yasuní. Recuperado de http://www.biodiversidadla.org/Menu_Derecha/Prensa/Ecuador_la_moratoria_petrotera_en_el_Parque_Nacional_Yasuni

- Martínez Alier, Joan, Pascual Unai, Vivien Franck-Dominique, y Edwin Zaccai. (2010). Sustainable De- Growth. *Ecological Economics* 69 (9), pp. 1741-1747.
- Martínez Alier, Joan, y Mariana Walter. Metabolismo social y conflictos extractivos. En Fabio de Castro, Barbara Hogenboom y Michiel Boud (coords.), *Gobernanza ambiental en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, pp. 73-104. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20150318053457/GobernanzaAmbiental.pdf>
- Martínez, Esperanza. (2014). La Naturaleza entre la cultura, la biología y el derecho. En la serie *La Naturaleza con derechos*. Quito: Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo.
- (2009). *Yasuni. El tortuoso camino de Kyoto a Quito*. Quito: CEP / Ediciones Abya Yala. Recuperado de <http://www.agenciaecologista.info/libros-recomendados/523-yasuni-el-tortuoso-camino-de-Kyoto-a-quito>
- Martínez, Esperanza, y Alberto Acosta (comps.). (2010). *ITT-Yasuni Entre el petróleo y la vida*. Quito: Abya Yala. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/166974981/ITT-Yasuni-Entre-el-petroleo-y-la-vida>
- Marx, Carlos. (2007) [1857-61]. *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* Vol. 1. México: Siglo XXI Editores.
- (2013) [1867]. *El Capital. Tomo I: El proceso de producción del capital*. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, Carlos, y Federico Engels. (1970) [1845/46]. *La Ideología Alemana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Marterbauer, Markus, y Lukas Oberndorfer. (2014). Die Verselbs-

tändigung neoliberaler Wirtschaftspolitik in der EU. Von einem sozial-ökologischen Umbruch, der ansteht, aber nicht eintritt. *Infobrief EU y International* 04/2014, Viena.

- Max-Neef Manfred, Antonio Elizalde, y Martín Hopenhayn. (1986). Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro. *Development Dialogue*, número especial. Cepaur, Fundación Dag Hammarskjöld.
- Mella, Pablo. (2015). Ética del posdesarrollo. Santo Domingo: Instituto Filosófico Pedro F. Bonó,.
- Mellor, Mary. (1993). *Breaking the Boundaries: Towards a Feminist Green Socialism*. Londres: Virago Press.
- Meschkat, Klaus. (2015). Los gobiernos progresistas y las consecuencias políticas del neoextractivismo. En Miriam Lang, Belén Cevallos, y Claudia López (coords.). *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg, pp. 77-89.
- Mezzadra, Sandro, y Diego Sztulwark. (2015). Political Anatomy of the South American Conjuncture: Images of Development and New Social Conflict in the Present Period. *Viewpoint Magazine*. Recuperado de <https://viewpointmag.com/2015/08/06/political-anatomy-of-the-south-american-conjuncture-images-of-development-and-new-social-conflict-in-the-present-period/>
- Mill, John Stuart. (1996) [1848] *Principios de Economía Política. Con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*. México, DF: Fondo de Cultura Económica. (Citamos de esta, que es la tercera reimpresión de la segunda edición en español de 1951).
- Myrdal, Gunnar. (1957). *Economic theory and Underdevelopment Regions*. Ver version en español *La teoría económica y los países subdesarrollados*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

- Modonesi, Massimo. (2016). The End of Progressive Hegemony and the Regressive Turn in Latin America: The End of a Cycle? *Viewpoint Magazine*. Recuperado de <https://viewpointmag.com/2015/12/21/the-end-of-progressive-hegemony-and-the-regressive-turn-in-latin-america-the-end-of-a-cycle/>
- Moreno, Camila. (2015). *O Brasil made in China: para pensar as reconfigurações do capitalismo contemporâneo*. São Paulo: Fundação Rosa Luxemburgo.
- (2014). Des-desarrollo como antesala para el buen vivir: repensar la civilización del occidente. En Gustavo Endara (coord.). *Post-crecimiento y Buen Vivir*. Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung, pp. 257-274.
- (2013). Las ropas verdes del rey. La economía verde: una nueva fuente de acumulación primitiva. En Miriam Lang, Claudia López, y Alejandra Santillana (coords.). *Alternativas al Capitalismo/Colonialismo del Siglo XXI*. Quito: Abya Yala / Fundación Rosa Luxemburg, pp. 63-97.
- Moreno, Camila, Daniel Speich, y Lili Fuhr. (2015). *Carbon metrics. Global abstractions and ecological epistemicide* [version pdf]. Berlín: Fundación Heinrich Böll. Recuperado de https://www.boell.de/sites/default/files/2015-11-09_carbon_metrics.pdf
- Müller, Christa, y Niko Paech. (2012). Suffizienz und Subsistenz. En Varios autores. *Wirtschaft ohne Wachstum?! Notwendigkeit und Ansätze einer Wachstumschwende*. Freiburg: Institut für Forstökonomie, Universität Freiburg.
- Muraca, Barbara. (2014). *Gut leben. Eine Gesellschaft jenseits des Wachstums*. Berlín: Wagenbach.
- 2013. Décroissance: A Project for a Radical Transformation of Society. *Environmental Values* 22 (2), pp. 147-169.

- Murcia, Diana. (2009). *El Sujeto Naturaleza: Elementos para su comprensión*. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.). *La Naturaleza con Derechos. De la filosofía a la política*. Serie Debate Constituyente. Quito: Abya Yala.
- Naciones Unidas, Convención Marco Sobre El Cambio Climático. (2015). Aprobación del Acuerdo de París [versión pdf]. Recuperado de <http://unfccc.int/resource/docs/2015/cop21/spa/109s.pdf>
- Naredo, José Manuel. (2009). *Luces en el laberinto. Autobiografía intelectual*. Madrid: Catarata.
- Narvaéz, Iván. (2009). *Petróleo y poder: el colapso de un lugar singular Yasuní*. Quito: Flacso / GTZ. Recuperado de www.flacsoandes.org/biblio/catalog/resGet.php?resId=25059
- Narr, Wolf-Dieter, y Alexander Schubert. (1994). *Welökonomie. Die Misere del Politik*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Negri, Toni, y Michael Hardt. (2002). *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Oberndorfer, Lukas. (2015). From New Constitutionalism to Authoritarian Constitutionalism: New Economic Governance And the State of European Democracy. En Johannes Jäger, y Elisabeth Springler (coords.), *Asymmetric Crisis in Europe and Possible Futures. Critical Political Economy and Post-Keynesian Perspectives*. Londres: Routledge, pp. 25-54.
- Oviedo Freire, Atawallpa. (2011). *Qué es el sumakawasy. Más allá del socialismo y capitalismo*. Quito: Ediciones Sumak.
- Oxfam. (2016). *Una economía al servicio del 1%* [versión pdf]. Recuperado de https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf

- Paech, Björn, y Niko Paech. (2012). Suffizienz plus Subsistenz ergibt ökonomische Souveranität. En Varios autores, *Wirtschaft ohne Wachstum?! Notwendigkeit und Ansätze einer Wachstumswende*. Freiburg: Institut für Forstökonomie, Universität Freiburg, pp 270-272.
- Paech, Niko. (2014). Postwachstumsökonomie als Abkehr von der organisierten Verantwortungslosigkeit des Industriesystems. En Robert Pfaller y Klaus Kufeld (coords.). *Arkadien oder Dschungelcamp. Leben im Einklang oder Kampf mit der Natur*. Freiburg / Múnich: Verlag Karl Alber, pp. 217-247.
- , (2012). *Befreiung vom Überfluss*. Múnich: Oekom.
- Panitch, Leo, y Sam Gindin. (2012). *The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire*. Londres: Verso.
- Patel, Raj. (2009). *The Value of Nothing. How to Reshape Market Society and Redefine Democracy*. Nueva York: Picador.
- Peet, Richard, Paul Robbins, y Micheal Watts (eds.). (2011). *Global Political Ecology*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Peluso, Nancy Lee, y Christian Lund. (2011). New Frontiers of Land Control. *Journal of Peasant Studies* 38, pp. 667-681.
- Pérez, Carlota. (2010). Revoluciones tecnológicas y paradigmas techno-económicos. Traducción al castellano del inglés. *Cambridge Journal of Economics*. Recuperado de <http://www.carlotaperez.org/pubs?s=tf&l=es&a=techrevolutionstechnoeconomicparadigms>
- Pérez Sáinz, Juan Pablo. (2014). El tercer momento rousseauiano de América Latina. Posneoliberalismo y desigualdades sociales. *Working Paper* 72. Berlín: DesiguALdades.net.

- Perreault, Tom, James McCarthy, y Gavin Bridge (coords.). (2015). *The Routledge Handbook of Political Ecology*. Londres: Routledge.
- Peters, Stefan. (2014). Post-crecimiento y buen vivir: ¿Discursos políticos alternativos o alternativas políticas? En Gustavo Endara (ed.), *Post-crecimiento y Buen Vivir*. Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung, pp. 125-164.
- Pichler, Melanie. (2015). Legal Dispossession: State Strategies and Selectivities in the Expansion of Indonesian Palm Oil and Agrofuel Production. *Development and Change* 46 (3), pp. 508-533.
- Piketty, Thomas. (2015). *El Capital en el Siglo XXI*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. Recuperado de inglés: Piketty, Thomas (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. The Belknap Press of Harvard University Press, England.
- Polanyi, Karl. (2004) [1944]. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Poulantzas, Nicos. (1979). *Estado, Poder y Socialismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Prada Alcoreza, Raúl. (2015). El conservadurismo de los gobiernos progresistas. Recuperado de <https://pradaraul.wordpress.com/2015/09/30/el-conservadurismo-de-los-gobiernos-progresistas/>
- (2014). Cartografías histórico-políticas. Extractivismo, dependencia y colonialidad. Dinámicas moleculares. La Paz. Recuperado de <http://dinamicas-moleculares.webnode.es/news/cartografias-historico-politicas/>
- (2013). Horizontes de la descolonización. Ensayo histórico y político sobre la transición. Recuperado de <http://dinamicas-moleculares.webnode.es/>

----- (2012). *Horizontes pluralistas de la descolonización. Ensayo histórico y político sobre la relación de la crisis y el cambio* (mimeo).

----- (2010). Umbrales y horizontes de la descolonización. En Varios autores, *El Estado. Campo de Lucha*. La Paz: Clacso Ediciones / Muela del Diablo Editores / Comuna.

----- (2008). *Subversiones indígenas*. La Paz: Clacso Ediciones / Muela del Diablo Editores / Comuna.

Prebisch, Raúl. (1950). *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*. Nueva York: United Nations.

Quijano, Aníbal. (2014). *De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Antología Especial. Buenos Aires: Clacso. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/220572491/Anibal-Quijano-Cuestiones-y-horizontes-Antologia-esencial-De-la-dependencia-historico-estructural-a-la-colonialidad-descolonialidad-del-poder-Ani>

----- (2009). Des/colonialidad del poder. El horizonte alternativo. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.), *Plurinacionalidad. Democracia en la diversidad*. Quito: Abya Yala, pp 107-114.

Radhuber, Isabella. (2013). *Der plurinationale Staat in Bolivien. Die Rolle der Ressourcen- und Budgetpolitik*. Münster: Westfälisches Dampfboot,. Disponible también en español: Radhuber, Isabella (2014). *Recursos naturales y finanzas públicas. La base material del Estado plurinacional de Bolivia*. La Paz: Plural Editores.

Räthzel, Nora, y David Uzzell. (2011). Trade unions and climate change: The jobs versus environment dilemma. *Global Environmental Change* (21), pp. 1215-1223.

Reuter, Norbert. (2014). Die Degrowth-Bewegung und die Gewerkschaften. *WSI-Mitteilungen* 07/2014, pp. 555-559.

- Rifkin, Jeremy. (2014). *La sociedad de coste marginal cero*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- . 2011. *La Tercera Revolución Industrial*. Barcelona: Paidós.
- . 2002. *La economía del hidrógeno*. Buenos Aires: Paidós.
- Roa Abendaño, Tatiana, y Luisa María Navas. (2014). *Extractivismo. Conflictos y resistencias*. Bogotá: Censat / Agua Viva, Escuela de Sustentabilidad.
- Robbins, Paul. (2008). The state in political ecology. A postcard to political geography from the field. En *The Sage handbook of political geography*. Londres: Sage, pp. 205-218.
- Roberts, J. Timmons. (2009). Ecologically Unequal Exchange, Ecological Debt, and Climate Justice. The History and Implications of Three Related Ideas for a New Social Movement. *International Journal of Comparative Sociology* 50 (3-4), pp. 385-409.
- Rockström, Johan. (2009). A safe operating space for humanity. *Nature* (461), pp. 472-475.
- Rodríguez-Labajos, Beatriz, Patrick Bond, Luciw Greyll, Serah Munguti, Godwin Ojo, Winnie OverbeekWinnie, e Ivonne Yánez. (2015). *Environmental Justice in the South and Degrowth. Are there really bases for an alliance?* (en preparación).
- Roegen, Nicholas Gergesku. (1971). *The Entropy Law and the Economic Process*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Rogelj, Joeri, David McCollum, Brian Neill, y Keywan Riahi. (2015). Energy system transformations for limiting end-of-century warming to below 1.5 °C. *Nature Climate Change* 5, pp. 519-527.

Rosa, Hartmut. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Editorial Katz.

----- (17 de marzo de 2012). Cuanto más rápido vivimos, menos tiempo tenemos. *El Confidencial*. Recuperado de http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2012-03-17/cuanto-mas-rapido-vivimos-menos-tiempo-tenemos_501839/

-----, 2010. *Alienation and Acceleration. Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*. Malmö / Aarhus: NSU Press.

Sacher, William. (2016). *La ofensiva megaminera china en el Ecuador*. (En prensa).

Sacher, William, y Alberto Acosta. (2012). *La minería a gran escala en el Ecuador. Análisis y datos estadísticos sobre la minería industrial*. Quito: Fundación Rosa Luxemburg / Abya Yala.

Sachs, Wolfgang (ed.). (1996). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: Pratec. (Primera edición en inglés).

Saladin, Peter, y Jörg Leimbacher. (1984). Mensch und Natur: Herausforderung für die Rechtspolitik. Rechte der natur und künftigen Generationen. En Herta Däuler-Gemelin, y Wolfgang Adelerstein, *Menschengerecht*. Heidelberg, pp. 195 y siguientes.

Salleh, Ariel. (2013). The Idea of Earth System Governance. Unifying tool? Or hegemony for a new capitalist Landnahme? Working Paper der DFG-KollegforscherInnengruppe Postwachstumsgesellschaften, 10/2013, Jena.

-----, 2012. Rio+20 and the extractivist green economy. *Arena* 119, pp. 28-30.

-----, 2009. *Eco-sufficiency and Global Justice*. Sydney: Spinifex Press.

- Santos, Boaventura De Souza. (2010). *Refundación del Estado en América latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.), Quito: Abya Yala.
- (2009a). *Las paradojas de nuestro tiempo y la Plurinacionalidad*. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.). *Plurinacionalidad. Democracia en la diversidad*. Quito: Abya Yala.
- (2009b). *Una epistemología del sur*. Buenos Aires: Clacso.
- 2008. *Conocer del Sur. Para una cultura política emancipadora*. La Paz: Clacso Coediciones / Cides-UMSA plural editores.
- Saphir, Jacques. (2004). *Economistas contra la democracia*. Barcelona: Ediciones B.
- Sauer, Birgit, y Stefanie Wöhl. (2011). Feminist Perspectives on the Internationalization of the State. *Antipode* 43 (1), pp. 108-28.
- Schaffartzik, Anke, Andreas Mayer, Simone Gingrich, Nina Eisenmenger, Christian Loy, y Fridolin Krausmann. (2014). The global metabolic transition: Regional patterns and trends of global material flows, 1950-2010. *Global Environmental Change* 26, pp. 87-97.
- Scheer, Hermann. (2005). *Energieautonomie. Eine neue Politik für erneuerbare Energien*. Múnich: Verlag Anjte Kunstmann.
- (1999). *Solare Wirtschaft*. Múnich: Verlag Anjte Kunstmann.
- Schmelzer, Matthias, y Alexis Passadakis. (2011). *Postwachstum. Krise, ökologische Grenzen und soziale Rechte*. Hamburgo: VSA.
- Schneider, Francois, Giorgos Kallis, y Joan Martínez Alier. (2010). Crisis or Opportunity? Economic Degrowth for Social Equity and Ecological Sustainability. *Journal of Cleaner Production* 18 (6), pp. 511-518.

- Schor, Juliet B. (2010). *Plenitud. The New Economics of True Wealth*. The Penguin Press: Nueva York.
- Schuldt, Jürgen. (2013). *Civilización del desperdicio. Psicoeconomía del consumidor*. Lima: Universidad del Pacífico.
- (2012). *Desarrollo a escala humana y de la naturaleza*. Lima: Universidad del Pacífico.
- (2005). ¿Somos pobres porque somos ricos? Recursos naturales, tecnología y globalización. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- (1994). *Enfermedad holandesa y otros virus de la economía peruana*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Schuldt, Jürgen, y Alberto Acosta 2017. Hacia una ‘moneda electrónica paralela’ para afrontar la crisis, ¿Por qué y cómo hacerlo? *Revista Economía* 108. Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Sernageomin (Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile). (2014). *Anuario de la minería de Chile*. Santiago de Chile.
- Shrivastava, Aseem, y Ashish Kothari. (2012). *Churning the Earth: The Making of Global India*. Delhi: Viking/PenguinBooks.
- Silva, Verónica. (2016). The Return of the State, New Social Actors, and Post-Neoliberalism in Ecuador. *Latin American Perspectives*. 43 (1).
- Singer, Hans W. 1950. Gains and Losses from Trade and Investment in Under-Developed Countries. *American Economic Review* 40, pp. 473-485.
- Smith, Philip, y Manfred Max-Neef. (2011). *Economics Unmasked. From power and greed to compassion and the common good*. UK: Green Books.

- Spash, Clive L. (ed.). (2016). *Routledge Handbook of Ecological Economics. Nature and Society*. Londres: Roudledge.
- (2012). New foundations for ecological economics. *Ecological Economics* 77, pp. 36-47.
- Springer, Simon. (2014). Postneoliberalism? *Review of Radical Political Economics* 47 (1), pp. 5-17.
- Stengel, Oliver. (2012). Suffizienz. Die Konsumgesellschaft in der ökologischen Krise. En Varios autores. *Wirtschaft ohne Wachstum?! Notwendigkeit und Ansätze einer Wachstumswende*. Freiburg: Institut für Forstökonomie, Universität Freiburg, pp 285-297.
- Stiglitz, Joseph. (2008). Capitalistas estúpidos. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=77481>
- Stone, Christopher. (1996). *Should Trees Have Standing? And Other Essays on Law, Morals and the Environment*. Nueva York: Oceana Publications.
- Stutzin, Godofredo. (1984). Un imperativo ecológico Reconocer los Derechos a la Naturaleza (versión pdf]. Recuperado de http://www.cipma.cl/RAD/1984-85/1_Stutzin.pdf
- Stützele, Ingo. (2013). *Austerität als politisches Projekt. Von der monetären Integration Europas zur Eurokrise*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Sum, Ngai-Ling, y Bob Jessop. (2013). *Towards a Cultural Political Economy: Bringing Culture Back into Economics*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Svampa, Maristella. (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*. Buenos Aires: Edhasa.

- (2015). Commodities Consensus: Neoextractivism and Enclosure of the Commons in Latin America. *The South Atlantic Quarterly* 114 (1), pp. 65-82.
- (2012). Resource Extractivism and Alternatives: Latin American Perspectives on Development. *Journal für Entwicklungspolitik (JEP)* 28, pp. 43-73.
- Svampa, Maristella, y Mirta A. Antonelli. (2009). *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Biblos Sociedad.
- Sweeney, Sean. (2014). *Climate Change and the Great Inaction. New Trade Union Perspectives*. Trade Unions for Energy Democracy (TUED), en cooperación con Rosa Luxemburg Stiftung—New York Office y Global Labor Institute at Cornell University.
- Tanuro, Daniel. (2013). *Green Capitalism. Why it can't work*. Londres: Merlin Press.
- Tapia Mealla, Luis. (2011). *El estado de derecho como tiranía*. La Paz: Cides / Umsa.
- (2010). *El estado en condiciones de abigarramiento*. En Álvaro García Linera, Raúl Prada, Luis Tapia y Oscar Vega Camacho (Coords.), *El Estado. Campo de lucha*. La Paz: Clacso et al., pp. 97-127.
- Thie, Hans. (2014). Im Club der Visionäre. *En Der Freitag*, 04.09.2014.
- (2013). *Rotes Grün. Pioniere und Prinzipien einer ökologischen Gesellschaft*. Hamburgo: VSA.
- Thwaites Rey, Mabel. (2007). *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo.
- Toro Pérez, Catalina, Julio Fierro Morales, Sergio Coronado Del-

- gado, y Tatiana Roa Avendaño (coords.). (2012). *Minería, territorio y conflicto en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tortosa, José María. (2011). Maldesarrollo y mal vivir. Pobreza y violencia escala mundial. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.). Serie *Debate Constituyente*. Quito: Abya Yala.
- Tricarico, Antonio. (2012). The coming financial enclosure of the commons. En David Bollier y Silke Helfrich (coords.), *The Wealth of the Commons. A World Beyond State and Market*. Amherst: Levellers Press.
- Unceta, Koldo. (2014). *Post-crecimiento y desmercantilización: propuestas para el buen vivir*. En Gustavo Endara (coord.), *Post-crecimiento y Buen Vivir*. Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung, pp. 61-94.
- (2009). Desarrollo, Subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. Una mirada Transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones. En *Carta Latinoamericana, Contribuciones en Desarrollo y Sociedad en América Latina 7*. Montevideo: Claes, pp. 1-34.
- Vallejo, María Cristina, Pablo Samaniego, y Joan Martínez Alier. (2015). Déficit comerciales y déficit físicos en Sudamérica. *Ágora*, documento de trabajo. Recuperado de <http://www.flacsoandes.edu.ec/agora/deficits-comerciales-y-deficits-fisicos-en-sudamerica>. Publicado también en inglés: Commercial and Physical Deficits in South America 1990-2013, en la revista *Ecologicals Economics* (marzo 2017), recuperado de <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0921800915301579>
- Varios Autores. (2012). *Wirtschaft ohne Wachstum?! Notwendigkeit und Ansätze einer Wachstumschwende*. Freiburg: Institut für Forstökonomie / Universität Freiburg.

- Varios Autores y Varias Autoras. (2015). Biopiratería. Biodiversidad y conocimientos ancestrales en la mira del capital. Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.). Serie *Debate Constituyente*. Quito: Abya Yala.
- Veblen, Thorstein. (1963) [1899]. *Teoría de la clase ociosa*. México / Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vega Camacho, Óscar. (2012). Paths for Good Living: The Bolivian Constitutional Process. *Journal für Entwicklungspolitik (JEP)* 28, pp. 95-117.
- Vega Ugalde, Silvia. (2014). Sumak kawsay, feminismos y post-crecimiento: articulaciones para imaginar utopías. En Gustavo Endara (coord.), *Post-crecimiento y Buen Vivir*. Quito: Friedrich Ebert Stiftung, pp. 355-374.
- Veltmeyer, Henry. (2013). The Political Economy of Natural Resource Extraction: A New Model or Extractiverialism? *Canadian Journal of Development Studies/Révue Canadienne D'études du Développement* 34 (1), pp. 79-95.
- Villalba, Unai. (2013). Buen Vivir vs Development: A Paradigm Shift in the Andes? *Third World Quarterly*, 34 (8), pp. 1427-1442.
- Vogel, Henry Joseph. (2010). *The Economics of the Yasuni Initiative. Climate Change as if Thermodynamics Mattered*. Nueva York: Anthem Press. Recuperado de http://books.google.com.ec/books?id=fviQUtyNJQIC&printsec=frontcover&source=-gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Von Winterfeld, Uta. 2006. *Naturpatriarchen. Geburt und Dilemma der Naturbeherrschung bei geistigen Vätern der Neuzeit*. München: Oekom.
- Wallis, Victor. (2010). Beyond 'Green Capitalism'. *Monthly Review* 61 (9).

- WBGU (German Advisory Council on Global Change). (2011). *World in Transition. A Social Contract for Sustainability*. Berlín: WBGU.
- Webber, Jeffrey R. (2010). Latin American Neoliberalism: The Contradictions of Post-Neoliberal Development. *Historical Materialism* 18 (3), pp. 208–229.
- Welzer, Harald. (2011). *Mental Infrastructures. How Growth Entered the World and Our Souls*. Berlín: Fundación Heinrich Böll.
- Welzer, Harald, y Bernd Sommer. (2014). *Transformationsdesign. Wege in eine zukunftsfähige Moderne*. Múnich: Oekom.
- Whitehead, Mark, Rhys Jones, y Martin Jones. (2007). *The nature of the state. Excavating the political ecologies of the modern state*. Oxford: University Press.
- Wilkinson, Richard, y Kate Pickett. (2009). *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner Publications.
- Williamson, John. (1990). What Washington Means by Policy Reform. En Williamson, John (coord.), *Latin American Adjustment: How much has Happened?* Washington, DC: Institute for International Economics, pp. 7-20.
- Wissen, Markus. (2011). *Gesellschaftliche Naturverhältnisse in der Internationalisierung des Staates*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Yates, Julian S., y Karen Bakker. (2014). Debating the ‘Post-neoliberal Turn’ in Latin America. *Progress. Human Geography* 38, pp. 62-90.
- Zaffaroni, Raúl Eugenio. (2011). La Pachamama y el humano. En Alberto Acosta, y Esperanza Martínez (eds.), *La Naturaleza con derechos. De la filosofía a la política*. Quito: Abya Yala.

Zavaleta, René. (2009). Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial. En Luis Tapia (coord.), y René Zavaleta, *La autodeterminación de las masas*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Clacso , pp. 291-320.

Zelik, Raul, y Aaron Tauss (coords.). (2013). *Andere mögliche Welten? Krise, Linksgierungen, populare Bewegungen. Eine lateinamerikanisch-europäische Debatte*. Hamburgo: VSA.

Ziai, Aram (coord.). (2007). *Exploring Post-Development. Theory and Practice, Problems and Perspectives*. Londres: Routledge.

Zibechi, Raúl. (2015). Crisis de los gobiernos progresistas. *Contrapunto*. El Salvador, 30 de diciembre 2015.

7. COMENTARIOS A LA PUBLICACIÓN

NO HAY SOLUCIONES, SOLO HAY INTENTOS

Christa Müller*

Muchas gracias al economista Alberto Acosta y al politólogo Ulrich Brand por llevar las perspectivas decrecimiento y postextractivismo a un diálogo fructífero. Los autores tratan el enfoque del decrecimiento como un concepto importante, pero criticable. Acosta y Brand resuelven los puntos ciegos del enfoque en detalle. Gracias por eso, y felicitaciones.

En el libro se considera el decrecimiento desde dos perspectivas: la de la economía ecológica, que trata sobre los límites del crecimiento, y la del decrecimiento como opción, movimiento y horizonte político en construcción. En mi opinión como investigadora en el campo, sobre todo la segunda parte es instructiva para el debate actual; por eso agregaré algunos aspectos desde una perspectiva sociológica sobre decrecimiento. Mi propuesta, sin embargo, es entender el decrecimiento como un proceso en constante movimiento y mirar las nuevas prácticas que subyacen al decrecimiento como prácticas poscapitalistas o incluso transcapitalistas.

Quiero comenzar con una advertencia. Armin Nassehi (2015), un sociólogo contemporáneo alemán, dice que la crítica al capitalismo considera que el capitalismo es un receptor que puede dar respuesta, o un destinatario concreto. Yo no soy representante de la teoría de sistemas, como el recién citado. Tampoco comparto su visión de que el capitalismo está intrínsecamente, e inevitablemente, ligado a los procesos de modernización. Aun así, no puedo ignorar ese argumento como socióloga. Porque debemos tomar nota de que las sociedades no son objetos, y no pueden transformarse según se nos antoje.

* Christa Müller estudió Sociología en Bielefeld, Marburgo y Sevilla. Después de estadias de trabajo de campo en Costa Rica, México y España, completó su doctorado en 1997 en la Universidad de Bielefeld, sobre la integración de un pueblo de Westfalia al mercado mundial. Es directora de la Sociedad de Investigación Anstiftung en Múnich. Investiga sobre modos de vida sostenibles, y nuevas formas de prosperidad y productividad postindustrial.

Reconozco claramente la necesidad de un cambio social-ecológico radical y urgente; sin embargo, se deben considerar los efectos secundarios y los efectos imprevistos del rumbo político. Esto es tanto más cierto cuanto mayor es la complejidad y la apertura de las sociedades. Y aquí he llegado a mi punto central: más que las generaciones políticas anteriores, el aún joven movimiento del decrecimiento en Europa entiende bien que es mejor no ponerse en simple oposición a las circunstancias del presente, sino subvertirlas subversivamente, y con eso –tal vez– transformarlas pragmáticamente y productivamente.

Ellos experimentan con soluciones a pequeña escala para “re-usar” lo que ya existe para la producción de alimentos y energía, pero también con diseños y tecnologías accesibles para todos (Baier et al. 2016). De este desafío emergen formas de producción colaborativa, que redibujan conceptos convencionales del capitalismo creciente, y, sobre todo, socavan la narrativa central de la modernidad: el progreso a través de la liberación de lo que todavía llamamos “naturaleza”.

El movimiento experimenta y no se detiene mucho en la crítica. Esta actitud es resultado de entender la complejidad de las sociedades modernas, que son difíciles de maniobrar. La intervención es invasiva y no empieza con el “sistema”, sino concretamente con lo que hay. En vez de oponerse o de salirse del sistema, los actores jóvenes escogen el enfoque constructivo de moverse en un campo manejable, y es allí donde intentan probar alternativas durables que luego pueden ser imitadas por otros.

Acosta y Brand critican que los problemas de poder y de dominación no se abordan en el concepto del decrecimiento. En esto tienen razón con respecto a autores como Herman Daly, pero no es cierto si se aplica al movimiento de decrecimiento. Ellos son absolutamente críticos con las formas contemporáneas de dominación, sin embargo, de una manera distinta a los movimientos “tradicionales de izquierda”. El movimiento de decrecimiento intenta mantener su capacidad de obrar; intenta, más bien, inventar y probar conexiones parcialmente autónomas con valores, actitudes y prácticas propios. El fracaso está permitido.

Las salas de resonancia y los campos de referencia son postideológicos y, por eso, múltiples. Las “contradicciones secundarias” (comparado con la “contradicción principal” entre capital y trabajo asalariado en el pensamiento marxista), como la explotación de las selvas o subestimar el valor del llamado trabajo de cuidados realizado principalmente por mujeres –todos estos “puntos ciegos” aparecen en la construcción de espacios y contextos económicos alternativos. El movimiento del decrecimiento actúa con una conciencia política expandida: aunque a menudo tiene capital cultural y económico, ya no piensa que tiene que ayudar a los demás de forma paternalista, o incluso “liberar a los oprimidos”. Reconoce que las condiciones opresivas son múltiples y las relacionan con su condición de consumidores enajenados de las clases medias globales en el Norte y del Sur, ante las distintas formas de opresión y explotación de los humanos y la naturaleza. Los activistas piensan interseccionalmente, están mirando de cerca. Ellos inmediatamente sacan sus consecuencias prácticas, y, si no sirven, intentan otros caminos.

Al mismo tiempo, es importante reconocer que no hay poder externo, como Michel Foucault señala en sus estudios. Esto, sin embargo, no significa que no hay posibilidades de relacionarse con las “invocaciones poderosas” y de generar “nuevas formas de vida”, lo que Foucault equipara con resistencia. Para Foucault, no existe:

En relación con el poder, el lugar de la gran negativa –el alma de la revuelta, el foco de las rebeliones, o la ley pura del revolucionario. Lo que sí existe son resistencias sueltas: posibles, necesarias, improbables, espontáneas, impetuosas, solitarias, sintonizadas, serviles, violentas, intransigentes, dispuestas a ceder, interesadas o sacrificadas, resistencias que solo pueden existir en el campo estratégico de las relaciones de poder. (1977, 117)

Parece que el movimiento del decrecimiento comparte este conocimiento, aunque los activistas pueden no haber leído a Foucault, pero es evidente que han despedido la idea de la “caída del sistema”. En lugar de eso, persiguen una agenda propia, la cual, sin embargo, no se puede adjudicar a ningún partido político, sino que representa nuevas formas de lo político.

En el trasfondo de estas actividades, hay una actitud para encontrarse con el mundo de manera amigable, atenta y concreta. Esta actitud se compromete con el presente, y no lo niega por un futuro supuestamente mejor, como es característico de los movimientos políticos de antaño. En la lógica capitalista-consumista, basada en el crecimiento económico, no hay espacio para arreglar y sanar cosas y relaciones rotas. En este sentido, estas actividades se contraponen a la lógica consumista de tirar y comprar algo nuevo. Quien no tiene dinero no participa.

Sin embargo, no es fácil hacer un pronóstico del futuro de los nuevos movimientos. Vemos aparecer una diversidad creciente de movidas y acciones pequeñas, flexibles, puntuales para ciertas ocasiones y causas. Dejan detrás de sí un rastro espacial, ya que actúan en lugares y espacios específicos, y así los cambian y transforman. Los actores desilusionados de la nación y del Estado empiezan concretamente con “su ciudad”, su barrio y su situación de vida. Su actuar se dirige a un público de la sociedad civil que ya no quiere esperar que las grandes soluciones vengan “de arriba”. Sería fácil ridiculizar a este nuevo estilo de lo político por su carácter lúdico y por su ligereza, pero eso subestimaría su potencial político. Son evidentes las líneas de fractura entre los estilos políticos del siglo XX y aquellos que están surgiendo ahora. Por su colectividad en redes, tienen el potencial mundial de cimbrar las relaciones desiguales en la sociedad global y –en cooperación con las fuerzas progresistas dentro de los Estados nación– también pueden lograr cambios estructurales.

Todos podemos luchar por el mejor conocimiento y buscar nuevas formas capaces de cuestionar masivamente las relaciones hegemónicas. Por eso, el libro de Acosta y Brand es tan importante como el conocimiento indígena, como el reconocimiento de la chicha andina, como una economía de código abierto o como el exprimidor de jugo reinventado. No hay soluciones, solo hay intentos, y ojalá haya salidas del laberinto capitalista.

Gracias por el libro, Alberto y Ulrich, Rosa Luxemburg, la amante de las flores y de la igualdad, estaría orgullosa de Ustedes.

Referencias

- Baier, A., Hansing, T., Müller, C., y Werner, K. (Eds.). (2016). *Die Welt reparieren. Open Source und Selbermachen als postkapitalistische Praxis*. Bielefeld: Transcript.
- Foucault, M. (1977). *Sexualität und Wahrheit, Bd. 1: Der Wille zum Wissen*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Müller, C. (Ed.). (2011). *Urban Gardening. Über die Rückkehr der Gärten in die Stadt*. München: Oekom.
- Müller, C., y Werner, K. (2015). Neuer Urbanismus. Die New School grüner politischer Utopie. *INDES. Zeitschrift für Politik und Gesellschaft*, H.2-2015: 31-45.
- Nassehi, A. (7 de julio de 2015). Kapitalismuskritik ist Selbstberuhigung. *Zeit online*. Recuperado en <http://www.zeit.de/kultur/2015-07/kapitalismuskritik-selbstberuhigung-artin-nassehi>.

HACIA LA CONJUGACIÓN DE ALTERNATIVAS PARA EL NORTE Y EL SUR GLOBALES CON UNA SUSTENTABILIDAD ECOLÓGICA PLANETARIA

Ivette Vallejo*

El texto de Alberto Acosta y Ulrich Brand aborda los conceptos de decrecimiento y postextractivismo, que encarnan propuestas frente la crisis ecológica, la cual es también social, económica, cultural y, podemos decir, civilizatoria. Estos dos conceptos, el primero formulado desde el Norte global, y el segundo, desde América Latina y el Sur global, no son sinónimos, sino dos caras de una misma cuestión; son complementarios y conforman respuestas a dúo para una misma realidad global.

El postextractivismo y el decrecimiento económico, según los autores, suponen rupturas de modos de vida insertados en una lógica imperial que subordina la naturaleza y el trabajo. Suponen salir de la lógica del desmedido crecimiento económico del Norte y de los modos de vida imperiales de las élites dominantes, que han promovido lógicas extractivas en el Sur global. Son dos alternativas al capitalismo existente que envuelven horizontes contrahegemónicos y permiten pensar en alternativas civilizatorias. Un debate conjunto entre estas dos opciones, como lo señalan Acosta y Brand, abre la necesidad de un diálogo entre el Norte y el Sur globales.

Las propuestas del decrecimiento y del postextractivismo pueden engarzarse, pues tienen en común la búsqueda de nuevas comprensiones y nuevas prácticas hacia una vida digna para humanos y no

* Ivette Vallejo es doctora en Ciencias Sociales (Ceppac /UNB), máster en Antropología Social (Ciesas/México D.F). Actualmente se desempeña como profesora-investigadora del Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio de FLACSO, en la maestría de investigación en Estudios Socioambientales. Ha realizado diversas investigaciones en Ecuador relacionadas con derechos territoriales de los pueblos indígenas, territorio/territorialidad y biodiversidad, conflictos socioambientales relacionados con el neoextractivismo, género y ambiente. Ha investigado sobre los derechos de los pueblos indígenas, y relación pueblos indígenas y Estado, en Brasil, México y Guatemala.

humanos. Esto lleva a salir del crecimiento económico como fin y del extractivismo fundamentados en la dicotomía cultura-naturaleza, que ha erigido un *anthropos* dominador de la naturaleza.

El dúo sobre el que hablan los autores condensa dos perspectivas que se intersectan para transformar no solo las formas de producción y consumo, sino las sociedades y sus relaciones con la naturaleza. Según Brand y Acosta, urge discutir seriamente en el Norte global el decrecimiento económico, lo que debe ir de la mano con el postextractivismo en el Sur global.

Los debates sobre el decrecimiento tienen lugar en Europa, en 2008, cuando la globalización capitalista desencadenó crisis en varias regiones del mundo. Se cuestiona una globalización capitalista, desigual en tiempo y espacio, y que fomenta un modo de vida imperial basado en energías fósiles, industrialización y acaparamiento creciente de tierras. Dicho modo de vida puede ser rastreado desde la colonización del siglo XVI y en el sistema capitalista mundial del siglo XIX, y se limitaba a las clases superiores; sin embargo, desde los años cincuenta del siglo XX se arraigó como pretensión en la vida diaria de las personas del Norte global. Incluso, se tornó en una meta para el Sur global, ya no solo para las élites dominantes, sino para las clases medias. El modo de vida imperial es empujado por los intereses del capital, y asegurado por medios políticos y jurídicos que sustentan un acceso ilimitado a recursos naturales, fuerza laboral, espacio territorial, y que conlleva a un acceso ilimitado a sumideros de contaminación, desplazándolos hacia otros lugares fuera del Norte global.

En el proceso de globalización, el modo de vida imperial reestructuró e intensificó la explotación de recursos naturales globales y de la fuerza laboral a través del mercado mundial; se intensificaron los patrones de consumo y producción basados en energías fósiles, y se expandió la agricultura industrializada. Otros países (China, Brasil, India) progresivamente copiaron los modos de vida imperiales de Occidente. A pesar de estas copias y del seguimiento pretendido de este modo de vida imperial por estratos medios y altos en países semiperiféricos, esto no ha significado cerrar las brechas Norte-Sur.

Brand y Acosta plantean que frente a la crisis en Europa no necesariamente se ha cuestionado el crecimiento económico: hay quienes propugnan una política de austeridad; otros, desde visiones socialdemócratas, promueven un productivismo progresista. En Europa se sigue insistiendo en sostener el *statu quo*, y el crecimiento económico accionado por el capitalismo apuntala la explotación a gran escala de recursos naturales fósiles (carbón, petróleo), así como insta a ocupar los océanos como sumideros, a asegurarse mercados globales de materias primas y a sustraerse recursos naturales baratos.

Ahora bien, la crisis ecológica en el Norte global se ve como problema medioambiental y no como una crisis social integral. Por ello, reconocen los autores que las propuestas que emergen son de mercado: economía verde que abre la puerta a derechos de emisión de la política climática, en un nuevo *green new deal*. En los discursos reinantes del Norte global no se cuestionan los patrones de producción y consumo existentes, más bien se ha tratado de sostenerlos mediante una modernización ecológica selectiva. No se ha dejado de pensar que el planeta es un reservorio de bienes materiales inagotables ni se asimila plenamente que el mundo tiene límites biofísicos que ya están siendo sobrepasados. Este modo de vida imperial consumista y depredador de las élites del Norte y del Sur pone en riesgo el equilibrio ecológico global.

Brand y Acosta plantean que no solo hay que superar el fetiche del crecimiento económico pasando a un crecimiento estacionario, sino que se debe promover el decrecimiento, siguiendo los planteamientos de la economía ecológica y la ecología política. El decrecimiento debería ser la opción para manejar las crisis en el Norte global y para la transformación socioecológica. El decrecimiento sería sinónimo del postcrecimiento, equivalente a “desistimiento del crecimiento”.

Los autores son enfáticos en señalar que no bastan el *green new deal*, ni las propuestas ecokeynesianas de un crecimiento económico cualitativo y selectivo, ni las aproximaciones del ecosocialismo, porque no confrontan el utilitarismo ni las bases antropocéntricas sobre las que este yace. Esto a pesar de que dichas posiciones se opongan del todo a las estrategias neoliberales y que ahora se apuntale un neoliberalismo agresivo que pretende lograr el crecimiento

económico, con la permanente y creciente desvalorización de la mano de obra y del medio ambiente.

Acosta y Brand reconocen que además de que los debates del decrecimiento emergen entre académicos, también hay influjos importantes de los movimientos sociales con propuestas prácticas como “ciudades en transición” (*transition towns*), “el derecho a la ciudad”, movimientos contra megaproyectos, etc. Aquí podríamos mencionar otros: *slow food*, ecoaldeas, movimientos agroecológicos, jardines de vecinos, entre otros. Los autores indican que el problema es la fijación “escalativa” de la modernidad capitalista, que se reposiciona frente a las crisis con políticas de austeridad neoclásica o políticas keynesianas de demanda y redistribución, que, en definitiva, alimentan el mismo motor del crecimiento en vez de disminuirlo, desacelerarlo y apagarlo.

Quiénes propugnan el debate del decrecimiento o postcrecimiento sostienen que en tiempos de crisis múltiple, en un capitalismo dominado por mercados financieros, el crecimiento es desestabilizador. Hay una mayor producción de bienes y servicios, sobre todo en una línea de obsolescencia programada para asegurar la producción y mayores requerimientos de energía y minerales. Finalmente, el creciente consumo de bienes de estatus aumenta las inequidades, a la vez que ahonda el desequilibrio ecológico y los daños socioambientales. El Norte global debería pagar no solo la deuda climática, sino la ecológica, que es una deuda de dimensión histórica por un intercambio ecológico desigual y por la ocupación gratuita imperial del espacio ambiental de los países empobrecidos por el estilo de vida depredador de los países industrializados.

Con todo ello, el decrecimiento es un proceso dirigido hacia formas de producción y vida diferentes, sostenibles a nivel social y ecológico, justas y solidarias, que permite llevar una vida nueva, con cohesión social, y experimentar prosperidad pero reduciendo la carga material sobre el medio ambiente. Varios planteamientos de autores que apuntalan el decrecimiento son recogidos como propuestas: reformas tributario-ecológicas; límites máximos para consumir recursos naturales y para emisiones; cambios culturales para reducir consumo y desigualdad; patrones de abastecimiento simples y

autónomos; subsistencia creativa mediante autoproducción y sus comunes, con tiempos de uso más largos; que la producción consuma menos capital; menos créditos a pagar, y producir local y regionalmente acortando cadenas de producción. Todo ello conllevaría a un sistema ecológico sostenible, a priorizar la suficiencia y la plenitud, y a buscar lo que realmente se necesita.

El decrecimiento no solo es una apuesta a otras formas de producción y consumo, sino que implica un reto sociocultural; convoca a cambios a nivel estructural, institucional, en los imaginarios y en las prácticas. Asimismo, implica nuevos proyectos sociales y educación para el deseo, y va más allá de la política distributiva de la riqueza material. Eso sí, se enfatiza en cambiar la visión de necesidades infinitas, ya que estas son constantes aunque cambien sus satisfactores. Tampoco es suficiente la desmonetarización de la economía, hay que transformar esferas sociopolíticas. El decrecimiento no es la meta, sino consecuencia de objetivos de calidad social y medioambiental.

En definitiva, no basta un crecimiento estacionario; se requiere decrecimiento, desacelerar cambiando la economía. Esto implica transformaciones socioecológicas, cambios profundos de imaginarios y relaciones de poder, y cambios en patrones de consumo y distribución. Sin embargo, el debate del decrecimiento, según reconocen los autores, se sigue arraigando todavía en un enfoque antropocentrista, ya que se han desatendido temas de dominación social y sobre la naturaleza. Todavía hay ambivalencias entre proyectos concretos y una visión social más integral. No se ha tratado a profundidad todavía debates sobre vida digna. No se trata solo de producir menos, sino producir para vivir bien.

En relación con el postextractivismo, se puede decir que el extractivismo de corte colonial se ha enquistado en América Latina configurando subjetividades marcadas por un ADN extractivista en sus sociedades. La propuesta del postextractivismo parte principalmente de los posicionamientos de movimientos activos que cuestionan el extractivismo y su profundización en el continente; rechazan la dominación y destrucción de la naturaleza y la explotación de seres humanos.

Lo central estaría en la desmercantilización de la naturaleza; en el cuestionamiento a la división naturaleza-cultura y en apuntalar el respeto al funcionamiento de los sistemas naturales, sin perder de vista la dignidad humana. Se cuestiona el sometimiento de la naturaleza al mercado, y se invita a revalorizar la naturaleza y comprender a los seres humanos como parte del tejido de la vida.

Brand y Acosta proponen varias fases para América Latina y el Sur global: 1) introducir estándares sociales y medioambientales, pago de compensaciones para poblaciones afectadas; 2) lograr una transición hacia una economía postextractivista, reduciendo la dependencia de la actividad extractiva e imaginando una política económica alternativa; 3) pasar a formas de economía popular, reducir la explotación masiva de recursos, y reestructurar tributos y subsidios con criterios de equidad social y ecológica. Reconocen que el postextractivismo se nutre de propuestas, de vivencias, de prácticas de vida comunitaria, y de la presencia de modos diversos de vida (sin ánimo, dicen, de idealizar). El postextractivismo retoma demandas, posiciones y también experiencias de una economía plural.

Identifican que la ambivalencia del postextractivismo radica en que en América Latina la crítica al crecimiento económico todavía no está en agenda, pues en las sociedades de la región la idea del desarrollo está muy arraigada. No se ha abordado suficientemente que el modo de vida imperial es una aspiración constante de estratos medios de América Latina y de los sures globales en general. Este modo de vida se ha conformado no solo como determinadas formas de producción y consumo, sino de aspiraciones y configuración de subjetividades. Todavía hay un amplio respaldo al crecimiento económico en la población, y se justifica muchas veces en distintos grupos sociales el extractivismo como medio, enquistándose como una infraestructura mental.

Tanto el decrecimiento como el postextractivismo comparten una profunda crítica al capitalismo; en especial en su fase neoliberal. Los autores concuerdan en que el problema de fondo es el enraizamiento de las visiones y prácticas de progreso, desarrollo y crecimiento. El decrecimiento y el postextractivismo buscan superar el reduccionismo de los debates económicos y sociales progresistas

situados en la distribución de ingresos, para elevar la discusión y propuestas prácticas hacia un nivel más profundo de contenido estructural. Ambos actúan en un terreno sinuoso donde se enfrentan a fuerzas llamadas progresistas, que apuntalan políticas que no han roto con el desarrollo y crecimiento, y que apuntan a desarrollo sostenible o crecimiento verde.

Hablar de transformaciones socioecológicas que aúnen al Norte y al Sur globales implica incluir no solo debates sobre lo económico, sino también sobre lo político, lo cultural y lo ético. Esto significa apuntar a visiones futuras de producción social y ecológicamente compatibles; a buscar modelos de vida y bienestar alternativos, y a que necesitemos menos cosas y procuremos otra relación con ellas.

El decrecimiento critica la economía ambiental neoclásica y las teorías keynesianas, por ser hijas de la colonialidad. El postextractivismo cuestiona también a las ciencias. El primero todavía se queda en lo antropocéntrico; el segundo está más sensibilizado sobre las diferencias, por formas diversas de conocimiento y racionalidades. Añadiría, por mi parte, que el postextractivismo está más atento a las relaciones que entablan los humanos con los no humanos en diversas sociedades, y más abierto a otras ontologías por nutrirse de los procesos de lucha de comunidades campesinas, indígenas y periurbanas que buscan alternativas de ser, de pensar y de vida.

Ambas propuestas necesariamente tienen que intersectarse. Así, si el Norte global decrece frenando o deteniendo sus procesos de acumulación, con seguridad disminuirán sus requerimientos de productos primarios de consumo (en especial materias primas del Sur). Esto obligaría al Sur global a plantearse un proceso postextractivista. También sería interesante si se postulara en sentido inverso: si el Sur no provee de estos productos primarios y se niega a la vez a ser el depósito de las excrecencias de los procesos de crecimiento voraz del Norte, el Sur podría obligar al Norte global a decrecer, impulsando en las poblaciones del Norte la reflexión sobre la necesidad de transformaciones más profundas.

Como dicen los autores, para los sures globales y América Latina estos conceptos todavía resultan poco atractivos. Prefijos como

“post-” nos remiten más a lo que se quiere dejar que a lo que se quiere alcanzar. Ambos términos no resultan tan atractivos aún. Acosta y Brand concluyen que otros conceptos pueden fluir y atraer más como el Buen Vivir y el Vivir Bien (*Sumak Kawsay* y *Suma Qamaña*), principios incorporados a las Constituciones de Ecuador y de Bolivia, que promueven prácticas como la reciprocidad, la *minka*, el *ranti ranti*, entre otras. Suponen también el cuidado de otros seres vivos, la reproducción de la vida. Ambos conceptos y otros más tienen potencialidad para llevarnos hacia nuevos paradigmas de vida, serían más completos e integrales; más emancipadores y más sostenibles.

Me pregunto, sin embargo, si no habrá una atracción mayor hacia estos conceptos por parte de actores que buscan posiciones alternativas en el Norte. ¿No hay, acaso, más apertura para escuchar y hablar de estos conceptos u otras configuraciones de Vivir Bien o Buen Vivir en ciertos sectores más alternativos del norte? ¿En qué medida sectores sociales de estratos medios y altos de América Latina se han sintonizado con el *Sumak Kawsay*? Es una cuestión para debatir. Me parece que después de las experiencias de Bolivia y de Ecuador, en que se adoptaron estos planteamientos en ambas Constituciones (incluso el *ñande reko* guaraní en la Constitución boliviana, como “tierra sin mal”), ha habido cierto desencantamiento por el vaciamiento de sentido y manipulación desde la institucionalidad del Estado en los llamados gobiernos progresistas de Evo Morales y Rafael Correa.

Por otro lado, los autores intentan dimensionar los alcances que tiene el capitalismo principalmente en su fase neoliberal, aunque también “progresista” y/o *green new deal*, al seguir manejando conceptos como crecimiento, desarrollo y progreso, tanto en Europa como en América Latina y en el mundo en general. Incluso, al dar respuestas de mercado a las crisis financiera, ecológica y social. El extractivismo, plantean, no es solo una estructura económica, sino una forma de explotación altamente compleja, que no solo depende de la naturaleza y la destruye, sino que estructura diversas relaciones de producción y reproducción, trabajo y división del trabajo, así como formas de organización política, subjetividad e imaginarios sociales.

Al abordar la esfera de la relación producción-reproducción y de cómo se organiza la división del trabajo para la acumulación, los autores nos conducen a revisar no solo la distribución internacional del trabajo entre centro-periferia, Norte-Sur global, desarrollados-subdesarrollados, exportadores-importadores de naturaleza. Reconocen que la economía capitalista ahonda la separación de los procesos de mercado formales de muchos elementos que los hacen posibles sin ser mercancías, como el trabajo no remunerado. Reconocen que el capitalismo externaliza los trabajos de cuidado y desvaloriza aquello que lo ve separado por el trabajo social no remunerado, realizado por mujeres y por las prestaciones ecológicas de la naturaleza.

En relación con el modo de vida imperial hegemónico, analizan que es importante abordar qué proporciones tienen las formas de dominación en cuanto a clase, género y etnia. En su mirada sobre las ambivalencias de los conceptos de postextractivismo y decrecimiento, cuestionan que no se trate el tema de la dominación cuando se habla de decrecimiento; así como que no se visualice suficientemente que el crecimiento económico que exige el capitalismo configura estructuras de propiedad y de clases, de dominación de clase, género, étnicas y de dominación de la naturaleza.

En sociedades con producción capitalista, la reproducción del trabajo asalariado y la reproducción social no solo se basan en el salario, sino en el trabajo del hogar y de cuidado. Las formas de apropiarse de la naturaleza y transformarla en mercancía aparecen al desarrollarse una división del trabajo en clase, etnias, género y a escala internacional. Esto, según los autores, implica un sostenimiento y estabilización de relaciones de poder y dominación.

Debido a estas maneras de apropiarse, con sus muchas dimensiones, de varios entrecruces de desigualdad interseccionales, se generan crisis socioecológicas. Se entrelazan, dicen Brand y Acosta en este texto, “relaciones sociales dominantes capitalistas, patriarcales, racistas y neocoloniales”, con implicaciones de dominación múltiple: de clase, de género, racista, imperial que terminan siendo el motor de la economía.

Aquí me parece que pueden situarse algunos planteamientos que podrían alimentar la discusión crítica y reflexiva sobre las interseccionalidades de la desigualdad y cómo estas son el fundamento del

capitalismo. Habría que visualizar cómo se vive la desigualdad interseccional en el Norte y en el Sur globales, sobre todo si tomamos en cuenta la cada vez mayor diversidad étnica, cultural y religiosa existente en Europa por los procesos de flujo migratorio, por desplazamientos desde Oriente Medio y África por parte de gobiernos autoritarios y represivos, también afincados en el modo de vida imperial en sus específicas versiones. En América Latina habrá que visibilizar con más atención cómo la voracidad del extractivismo subordina pueblos diversos, y racializa otredades para dominar, a la vez que patriarcaliza y segrega territorios.

En este punto, me parece que a los autores les falta entablar diálogos con los aportes de lideresas indígenas, activistas y académicas latinoamericanas desde los feminismos comunitarios, los feminismos decoloniales y el ambientalismo feminista (de otros *locus* más allá de América Latina), que generan desafíos al patriarcado y al capitalismo, desde luchas que buscan la recuperación de los cuerpos-territorio de las mujeres, como base para la defensa de los territorios-tierra frente a los distintos tipos de extractivismo (minero, petrolero, forestal, entre otros).

Felicito, no obstante, a Acosta y Brand por abrirnos la puerta a seguir buscando puentes de enlace y discusión entre Norte y Sur globales que nos permitan encauzar alternativas planetarias económicas, sociales, ambientales, pero principalmente hacia nuevas éticas de vida y convivencia.

UNA SALIDA AL LABERINTO CAPITALISTA DESDE LO LOCAL: EL POSTEXTRACTIVISMO MÁS ALLÁ DEL DISCURSO

Carlos Larrea*

El libro *Salidas al laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, de Alberto Acosta y Ulrich Brand, parte del hecho de que el mundo actual, sobre todo después del colapso financiero de 2008, se encuentra inmerso en una crisis de larga duración que ellos denominan como sistémica o “crisis del capitalismo global”. Esta tiene dos características: es una crisis prolongada, estructural, que no puede resolverse con medidas monetarias, por ejemplo fiscales, o con pequeñas reformas. Por otro lado, es una crisis multidimensional. Esto es muy importante, pues no se trata de una crisis económica o financiera, como la de 2008, sino que tiene un aspecto social, lo que quiere decir -y es muy importante entender-, que nuestra sociedad mundial capitalista se vuelve cada vez más excluyente. Las diferencias entre ricos y pobres, lejos de disminuir, tienden a profundizarse y devienen en un capitalismo depredador, en el sentido de que hay también una crisis ambiental cada vez más profunda.

Frente a esa crisis, Acosta y Brand plantean que la única solución es un cambio sistémico, por eso el libro se llama *Salidas del laberinto capitalista*. Los autores son hasta cierto punto pesimistas, y reconocen que es muy difícil superar el capitalismo -yo diría casi imposible-. Sin embargo, salir de este laberinto es una tarea indispensable porque si no salimos nos hundimos, este es el dilema. En este contexto, los autores plantean que hay dos espacios teóricos en construcción: uno nacido en el Norte, que se llama decrecimiento, y al cual me voy a referir, y otro más bien originado en América Latina -y en general

* Carlos Larrea es máster en Ciencias Sociales, Fundación Bariloche; PhD en Economía Política, York University, Toronto; posdoctorado en Salud y Desarrollo, Harvard University-OPS, Boston. Se desempeña como profesor-investigador en la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Sus temas de docencia e investigación son la economía política del desarrollo económico y social; sustentabilidad y medio ambiente; historia socioeconómica y ambiental; pobreza, inequidad y empleo, y métodos cuantitativos de investigación.

en lo que podría llamarse el Sur global, de los países dependientes-, que es el postextractivismo.

Se debe considerar que el capitalismo no puede vivir sin crecimiento, y generalmente en las facultades de Economía del mundo se enseña cómo los economistas pueden contribuir a maximizarlo. Las instituciones internacionales, como el Fondo Monetario y el Banco Mundial, así como los ministerios de Economía, siempre tratan de recuperar y aumentar el crecimiento, como una tarea permanente y prioritaria. Sin embargo, desgraciadamente el planeta no puede seguir creciendo indefinidamente; sus recursos, su biodiversidad, las reservas de minerales, el petróleo, etc., son finitos, por consiguiente, este crecimiento en el largo plazo es imposible.

Además, la sociedad y la economía globales generan una gran cantidad de desechos que están conduciendo a destruir la capacidad de recuperación del planeta. Por estas razones, en el largo plazo, el crecimiento es imposible y se necesita un decrecimiento, que significa llegar a una sociedad cuyo objetivo no sea crecer más y que, de alguna manera, recupere lo dañado. Esta es una idea muy general; no es una teoría acabada, es una corriente, por consiguiente hay muchas tendencias, muchas formas de decirlo, y el libro mantiene cierta ambigüedad en ese sentido. La búsqueda de una sociedad estacionaria y sustentable es la idea central, y esta idea se ha discutido mucho en los países industrializados, básicamente en el escenario europeo del Norte.

La segunda idea viene del Sur. El problema es que en los últimos diez años, de 2004 a 2014, los precios de los minerales como el cobre, del petróleo, y de alimentos como la soya, aumentaron espectacularmente por el crecimiento de la China. Esto devino en la profundización de actividades extractivas, como la del petróleo, no solamente en el Ecuador sino en toda América Latina, y a la minería de cielo abierto, en general la minería en gran escala en Perú, Chile, Bolivia, etc. Esto, posteriormente, condujo a una crisis muy fuerte, cuando los precios volvieron a caer desde 2014.

En un primer momento, tuvimos una expansión del extractivismo con ciertos enfoques neoextractivistas, como los de los presidentes Rafael Correa, Evo Morales, Hugo Chávez, etc. Esta expansión, a la larga, según Acosta y Brand, profundizó el extractivismo y creó

nuevas relaciones de dependencia, constituyéndose en una falsa solución. Como alternativa se generó una respuesta que pretende superar la dependencia de estas materias primas, y todas las desventajas ambientales y sociales que traen, como exclusión y destrucción de la naturaleza, que se ha concretado en una corriente denominada postextractivista. Frente a esto, la tesis de los autores es que para superar el capitalismo se necesita una acción global; no basta con soluciones parciales o locales, que son necesarias pero insuficientes. Ellos pretenden abrir un diálogo entre estas corrientes nuevas, el decrecimiento del Norte y el postextractivismo en el Sur, partiendo de una pregunta obvia: ¿cómo vamos a decrecer? La respuesta es reducir la dependencia de materias primas. La idea central de este libro es mirar a la economía mundial desde las dos caras que tiene esta medalla. Este texto es un llamado al diálogo, a la complementariedad dentro de una estrategia global alimentada por esas dos ideas.

Aquí hay dos elementos adicionales. Primero, no solamente deben estar en diálogo las dos corrientes que dan título al libro, sino que se plantea la necesidad de integrar otros aportes. Estos aportes proceden del Ecuador y de su Constitución, así como de Bolivia, como en el caso de la noción del *Sumak Kawsay* o bien vivir, que contiene elementos importantes como multiculturalidad, respeto y armonía con la naturaleza, y una forma diferente de privilegiar la calidad de la vida sobre el tener. Por otro lado, se encuentra el tema de los derechos de la naturaleza, según los cuales no debemos tener una visión solamente antropocéntrica, sino que debemos ir más allá y entender a la naturaleza como parte de una totalidad y entendernos a nosotros mismos como integrantes de un ecosistema en evolución.

Los autores enfatizan también que este debate no es teórico, o sea, no se puede superar el capitalismo, entendido como un discurso, con otro discurso anticapitalista, porque es quedarse en una discusión especializada entre expertos y el mundo, desgraciadamente, no va a cambiar. Acosta y Brand reconocen que el cambio tiene que darse a través de los movimientos sociales, e implica el nacimiento de una nueva cultura, de una cultura alternativa anticapitalista. Plantean que, en realidad, el cambio tiene que darse desde la sociedad civil, no basta con cambiar el Estado, y como ejemplo muestran

justamente lo que se llamó el neoextractivismo, en gobiernos como el de Correa, Lula, Morales, etc. Este modelo neoextractivista no ha logrado cambios estructurales, simplemente cambia algunas reglas de juego, pero profundiza el extractivismo y la dependencia; esta es una tesis central de este libro.

Me detendré en proporcionar elementos para una crítica constructiva, con el deseo de aportar más hacia las ideas centrales de este libro, con las que en general estoy de acuerdo. Una primera debilidad que encuentro en la presentación del texto -no en las tesis, con las que estoy de acuerdo- es que hay muy pocas referencias concretas a esta sociedad que se critica. Esto quiere decir que no se analiza (tal vez está en otros textos, porque la bibliografía es muy amplia) por qué la sociedad capitalista está en crisis. Se habla -como un sobreentendido- de una crisis multidimensional, pero no se enfoca claramente lo que ha pasado, por ejemplo, con la crisis de 2008, con la crisis financiera (me parece que hay una sola referencia en el texto); no se analiza por qué la economía global es insustentable, por qué es excluyente, etc. Creo que, desde un punto de vista de la lógica de la exposición, un lector que no está familiarizado con el tema requeriría al menos un capítulo introductorio en este sentido.

La segunda crítica se refiere a una cierta ambigüedad en el tratamiento del tema y esto, como lo aclaran los autores, es inherente al discurso. No hay una definición precisa de decrecimiento o de postextractivismo. Estos conceptos centrales permanecen ambiguos, son asumidos como ideas iniciales en un proceso en formación y, por consiguiente, escapan a una definición. Me parece que hubiera sido más interesante que los autores contribuyeran un poco más a aclarar estos conceptos; hacen un esfuerzo, pero no logran del todo sus objetivos.

El tercer punto que me preocupa se vincula con la idea de superar el capitalismo. Desde la visión de los autores, quienes están encargados de hacerlo son los movimientos sociales. Desafortunadamente, yo no veo este momento un análisis de la capacidad de estos movimientos alternativos para superar el capitalismo y tampoco creo que estén en condiciones de hacerlo, por lo menos en un periodo razonable, como un par de décadas. Acosta y Brand reconocen

que los movimientos cumplen una tarea muy difícil, pero no hay una evaluación del poder de estos movimientos que se denominan anticapitalistas. Este elemento es importante, porque si queremos superar el capitalismo, primero tenemos que evaluar los recursos para esta tarea. Creo que los movimientos anticapitalistas, los movimientos alternativos, si bien existen, han crecido y se han fortalecido, todavía son relativamente marginales al mundo político actual, por su poder electoral, por su poder de movilización, etc. Es necesaria una evaluación acerca de las metas y los medios de la lucha antisistema, y analizar si es posible superar esta crisis estructural del sistema, o, si es muy difícil de superar en el corto y mediano plazo, cuáles son los objetivos de corto plazo. Si definimos las metas antisistema como una utopía, es necesario reconstruir esa utopía; pero si hablamos de decrecimiento y posdesarrollo, no se trata solo de una utopía, porque hay elementos instrumentales que necesitan mayor elaboración.

No obstante, no quiero detenerme en recomendaciones sobre cómo mejorar el discurso, porque no quiero quedarme en el discurso, aquí hay una tarea fundamental. En primer lugar, estamos en el Sur; en segundo lugar, hay una sociedad, la sociedad ecuatoriana, e incluso la sociedad latinoamericana, que está enfrentando una crisis estructural de larga duración como parte de la crisis mundial, que es la crisis posterior al superciclo de las materias primas. En esta crisis, los precios del petróleo se mantienen bajos; los precios del cobre, aunque se han recuperado algo, están bastante mal, y la rentabilidad que condujo a esta enorme repremarización de la economía ya no está presente; por consiguiente, necesitamos respuestas a esta crisis sistémica y estas respuestas pueden provenir de dos fuentes, tanto a partir de las enseñanzas de experiencias concretas como de un amplio debate nacional y latinoamericano.

En este sentido, la experiencia de Cotacachi es un ejemplo ilustrativo de una comunidad que no solamente resiste al proyecto de minería en gran escala, sino que presenta alternativas específicas basadas en la agroecología, en la exportación de café de calidad, en una cohesión y en una respuesta de la comunidad, en usos alternativos del agua, etc. Es importante plantear maneras de construir desde lo local y lo nacional alternativas que no solamente se crean en la

crítica y la resistencia a la minería y al petróleo, sino que presenten modos de vida desde el Sur, particularmente desde Ecuador.

Me parece que plantear nuevos modos de vida es fundamental y, más allá de la discusión del libro en sí mismo, es importante que la idea del postextractivismo no se quede en un discurso, en un símbolo, en una palabra que a la larga pierda contenido y se desvanezca. Necesitamos experiencias concretas a partir de ciertas nociones que están claramente planteadas; por ejemplo, la equidad para combatir esta creciente tendencia exclusivista del sistema, la sustentabilidad, el respeto a la naturaleza, la multiculturalidad y la participación, retomar elementos del Buen Vivir, etc. En esto estamos claros. Lo que falta, y creo que es una tarea histórica muy difícil, es dotar a la propuesta postextractivista de un contenido nacional y latinoamericano, porque frente a eso tenemos que plantear cómo diversificar la economía si queremos sacarla de su concentración en actividades extractivas, tenemos que ver cómo hacemos esta diversificación, presentando opciones que ya se han planteado aquí, como el turismo ecológico -que se ha discutido mucho- o la agroecología que se practica en Cotacachi. Hay varios espacios posibles en los cuales esto puede darse, pero si no se concretan carecen de sentido, y el Ecuador necesita una respuesta, la delineación de un camino alternativo hacia una sociedad equitativa y sustentable.

Quiero terminar con una invitación a consolidar este debate, interpretando al libro como un desafío que, como ecuatorianos, debemos tomar y llevar adelante. Esta sería la propuesta fundamental, que, por otro lado, no es una respuesta exclusivamente ecuatoriana. Venezuela es un ejemplo mucho más profundo de la misma crisis, que requiere también respuestas, pero es América Latina en su conjunto la que enfrenta una crisis regional, en particular en países como Brasil o México. Este es el desafío de nuestra generación, este es un tema estructural de larga duración, pero debemos retomar el desafío del libro y comenzar seriamente este debate tan necesario para el futuro del país y la región.

Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo está lejos de ser un libro que plantee una crítica lineal a la Modernidad hegemónica o propicie nuevos dogmatismos; antes bien, nos conmina a pensar en la incomodidad, adentrándonos en las ambivalencias y la complejidad que nos proponen los dilemas aparentemente irresolubles de la sociedad actual.

Efectivamente, nada indica que será fácil salir del extractivismo y de la sociedad del crecimiento y del desperdicio sin un cambio cultural profundo de las estructuras mentales y cognitivas, asociadas con los patrones consumistas del modo de vida imperial, dominantes tanto en el Norte como en el Sur global.

ISBN: 978-9942-8539-3-6



9 789942 853936

